SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
3 1223 00978 8762

DATE DUE

JUN - 2 1996			
JUN 0 4 1997			

SPANISH
B F844sy

Book No.

ACCESSION
184549

SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
VITA SINE LITERIS MORS EST

Form 16 20M-2-14-25

INTERNATIONAL LANGUAGES
COLLECTIONS
SAN FRANCISCO PUBLIC LIBRARY
3 1223 00978 8762

LEYENDA

DE

SAN FRANCISCO DE ASIS

POR SUS TRES COMPAÑEROS

Manuscrito del siglo XIII

PUBLICADO POR LA PRIMERA VEZ

POR

EL ABATE SIMON DE LATREICHE

traducido del francés al español

POR

FRAY DOMINGO DE PARIS.

3.ª ORD. MIN. CAP.

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

23, CALLE VISCONTI, 23

—

1865

SPANISH
B
F844sy

184549

3 1223 00978 8762

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

No obstante muchos galicismos:

« Bendecid, pues, Hermanos mios, de-
» lante de todos, al Dios del Cielo y de
» la tierra, alabadle por su misericordia,
» al tener en memoria á nuestro hermano
» y padre Francisco, por la alabanza y
» gloria de Aquel que lo ha exaltado en-
» tre los hombres y glorificado delante de
» los angeles. »

FRAY D. DE P.

3.ª Ord. Min, Cap.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR.

Para conservar mejor la sencillez y el candor piadoso del original:

Se procurará traducir al Español esta LEYENDA, lo mas literalmente posible, conservando hasta las expresiones familiares y giros anticuados, de que los mas principales se señalarán con *letras cursivas*.

Algunas pocas notas se han agregado, con el distintivo.

INTRODUCCION.

Hay hombres que dejan de sí mismos una traza tan luminosa que, lejos de borrarse con el tiempo, el tiempo no hace al desaparecer sino añadirles un brillo siempre nuevo. Los pueblos, despertados y arrebatados á su aparicion, parecen elevarse y engrandecerse con estos colosos del género humano, y, celosos de aumentar su gloria como una heredad paternal, la realzan á porfía por ficciones de una imaginacion crédula y de una admiracion sin igual. La historia, demasiado fria por su entusiasmo, llega á vestirse en sus labios con todas las gracias y todos los atrevimientos de la poesía.

Por tanto, si los empresas de los conquistadores, si los fundadores de las naciones y los

eminentes poetas, que son su alma y su voz, ejercen sobre los hombres este incomparable ascendiente, la Santidad no tiene menor prestigio tanto por sus prodigios como por el heroismo de la virtud, en que se mueve y se revela el mundo Sobrenatural con sus misterios y sorpresas. Y, tan depreciadora como sea de la gloria, se impone la gloria á la Santidad, ó mas bien se da como una deuda sagrada que está encargada de pagar, y, de buena ó de mala gana, se hace su compañera al traves de los siglos.

Si se enumeran los Santos que han gozado de un renombre popular en la Iglesia, San Francisco no es inferior á ninguno de ellos. Este pobre, este amante apasionado de la pobreza, su vida y sus delicias, simple y candoroso, y dotado á la vez de un ingenio singularmente vivo y original, tan estraño en sus humillaciones como encantador en sus sublimidades; este hombre, por el vigor de su fé y lo atrevido de sus designios, hirió á los hombres de estupor y cautivó el corazon del pueblo pobre que se sintió vivir en él, como en su mejor amigo. Por tanto, el pueblo le rindió en amor, en sacrificios, en constantes afectos, todo lo que él le pudiese rendir. La memoria de la pobreza, amada y altamente honrada por San Francisco, él la tomó bajó su guardia con veneracion y solicitud, igualmente como

si fuese su honor y su propia gloria; y, esta fisonomia, ya tan expresiva, tan acentuada y extraordinaria, él la exageró aun por las facciones y lo maravilloso que le prestó. La verdad histórica ha debido necesariamente sufrir de tal parcialidad, oscurecida ó aun alterada bajo colores demasiado subidos, de tal manera que los biógrafos del Santo, no discerniendo ya con gusto y juicio la pureza y sencillez del dibujo primitivo, de los lineamentos prestados por los encantos de los tiempos, no han podido descubrir ni reproducir el original, y por consiguiente su obra vinó á estrellarse contra las observaciones de una justa é inexorable crítica. Otros, al contrario, amantes de la exactitud y verdad hicieron de la vida del Santo una disertacion fria y seca, sin gracia ni color. En una palabra, la vida, la verdadera vida de San Francisco se deja desear aun.

Un dia, hacia parte de estas reflexiones al P. Estanislao Melchor, religioso de San Francisco, versado de ánte mano en todas las historias franciscanas, sabio infatigable, alimentado en las fuentes, y crítico severo, que ha emprendido continuar los anales de la Orden, empezadas por Luco Wadding y conducidas hasta el fin del signo XV°. Me confesó que, en efecto, una biografia del santo Fundador, redactada segun los documentos históricos irreprochables, no existia, y me dijo que, en el

curso de sus investigaciones en los archivos y bibliotecas públicas y particulares, él habia descubierto una *leyenda* manuscrita italiana, cuyo estilo y manera remontaba evidentemente hasta las orígenes de la Orden. Ha publicado esta *leyenda*. Dejémosle describirnos él mismo su descubrimiento y su valor. « Esta *leyenda* italiana me fué graciosamente comunicada por un personage eminente en dignidad y no ménos eminente en virtud y doctrina. La recibí con alegria y me puse desde luego en busca de su autor, sin conseguir, á pesar de mis esfuerzos, otra luz, sino que un cierto Mutius Achillei, del Oratorio de la ciudad de San-Severino, en la Marca de Ancona, la copió en 1577, sobre un manuscrito antiquísimo. Habiendo leido este opúsculo y reconocido la ingenuidad y candor del estilo, y, lo creo tambien, de la verdad : me resolví á publicarlo, atendiendo que me parece digno de consideracion. Empecé por confrontarlo con la obra latina de los frailes Leon, Rufino y Angel, compañeros del Santo, obra que ví en Roma en la biblioteca del Vaticano, conforme á la copia de los PP. Bolandistas y reproducido en Pesaro por el impresor Nobili en 1831. Encontré, pues, la traduccion fiel, exceptuando que el italiano se aleja un poco del latin y que omite del todo lo que se refiere á la canonizacion solemne de San Francisco y la translacion de su

cuerpo. Además, como las acciones del santo Fundador no son referidas todas por sus tres compañeros, el antiguo traductor, habiendo, como una industriosa abeja, percurrido buen número de otros documentos, publicados hasta el tiempo en que vivia, pudo, sino en todo, à lo ménos en parte, recojer en su *leyenda* las particularidades de una vida tan ilustre. Se me fué demostrado que habia estudiado de una manera muy especial los escritos de F. Tomas de Celano, de F. Bartolomé de Pisa y del autor del *Speculum vitæ B. Francisci*, y leí y colacioné estas obras, á fin de asegurarme que la traduccion estaba verídica en todas sus partes, lo que prueban los pasages que cito al fin de cada capitulo. »

Es verdad que se siente no encontrar en la leyenda mas pormenores sobre la muerte de San Francisco. Su viage en Siria y el prodigio de sus llagas son igualmente omitidos. Hemos llenado este vacío acudiendo á las fuentes las mas puras de las tradiciones franciscanas, reproduciendo al concluir esta obra, la narracion que hace San Buenaventura de estos dos acontecimientos. En fin, hemos pensado no poder coronar mejor una vida tan admirable sino traduciendo los cánticos de amor Divino, atribuidos á San Francisco. Aunque el profesor Montanari haya demostrado por pruebas sin réplica que estos son la obra de uno de sus

mas ardientes discípulos, el B. Gracopone, siempre se queda en que ellos resumen y expresan perfectamente esta existencia del todo seráfica. El lenguage humano no hizo resaltar jamás con mas gracia, pasion y energia; la vehemencia, las alegrias y angustias del Divino amor en el corazon fragil y limitado de la criatura! Por tanto, á pesar de las dificultades que hemos encontrado, nos hemos esforzado en traducirlos palabra por palabra, para conservar su fuerza y candor, y facilitar á nuestro lector juzgar de la vida y movimiento que animan esta prodigiosa poesia, que nada iguala entre los antiguos ni modernos.

No será inutil tocar aqui algo de los primeros biógrafos de San Francisco. Tomás de Celano, pequeña ciudad de los Abruzos, se habia entregado primero al estudio de las bellas letras. Inspirado por Dios, entró en la Orden naciente de los Frailes Menores, probablemente en el año 1213. El S. Patriarca le amó tiernamente, de tal manera que llegó á ser el confidente de sus secretos y el testigo de sus maravillosas acciones. En 1229, por orden del Papa Gregorio IX, redactó las actas de la vida del Santo, dividida en tres partes. Pero, F. Crescencio de Josi, Ministro General de la Orden, poco satisfecho de este ensayo y de su compendio, en que acciones y palabras notables del Santo Fundador estaban omitidas,

mandó á los mas antiguos frailes y á Tomás de Celano mismo de recoger con cuidado todos los recuerdos vivos aun, y formar con ellos un volúmen que pudiese facilmente difundirse. Los B. B. Rufino, Angel y Leon, antiguos compañeros de San Francisco, obedeciendo á este mandato, agregaron un apéndice, comunmente llamado la *Vida de los tres Compañeros*; mas propio para ordenar y corregir las nociones anteriores que enriquecerlas con mas amplios detalles. Por su lado, Tomas de Celano compuso una nueva *Vida* con documentos enteramente nuevos, que forman la cuarta parte de su primer trabajo, intitulada : *Memoriale S. Francisci in desiderio anima.* Estas dos Vidas, reunidas, recibieron el nombre de *Leyenda antigua*, para distinguirla de la *Leyenda nueva*, compuesta por S Buenaventura, á consecuencia de las instancias del Capitulo General, que tuvo lugar en Narbona, en 1260, y publicada tres años despues, en el Capitulo de Pisa. Tan bella, tan sólida, tan edificante como sea, ella no es con todo eso, sino un extracto de las precedentes leyendas, y un compendio demasiado corto, en que no se encuentran mencionadas ánécdotas y particularidades del mas vivo interés, como por ejemplo, el *Sueño de Inocencio III*, cuando vió la iglesia de San Juan de Letran á punto de arruinarse, y sostenida por un pobre desconocido.

Por tanto, la *Leyenda antigua*, no obstante el decreto del Capítulo de Paris (1266) en favor de la *Leyenda* de S. Buenaventura, ha siempre obtenido un crédito mas grande en la familia franciscana, de tal suerte que se la estaba leyendo, en los refectorios, por órden del Ministro General Gerardo de Oddo, asi como nos lo ha transmitido el autor de la crónica de los veinticuatro primeros Generales. ¿Cómo no contar entre los mas verídicos historiadores de San Francisco á F. Bartolomé de Pisa, de la noble familiá de los vizcondes Albiai, ilustre en la Orden por su ciencia y la pureza de su vida? Entre otras obras, compuso la que lleva por título: *De las conformidades de San Francisco con Jesus-Cristo*, altamente aprobada y alabada por los Padres del Capitulo General de 1399. F. Bartolomé murió casi centenario.

Digamos una palabra de los tres compañeros del Santo, pues que su *Leyenda* sirve de fundamento á la narracion que damos al público. Viterbo fué la patria de F. Leon; segun otros escritores, seria la aldea de Colona, en el mismo territorio. Otros lo hacen nacer en Asis. Sus virtudes eran tan admirables que el padre Seráfico lo eligió por su confesor y á la vez su secretario. Celoso por la muy alta pobreza, rompió la urna de porfirio, que fray Elias habia colocado cerca de la puerta, para recoger las oblaciones de los fieles en favor de la

iglesia nueva, que se construia en el honor del Santo. Su vida está escrita en la crónica de los veinticuatro Generales de la Orden.

Fray Rufino de Asis y de la familia de los Cipi ó Cifi, señores de la tierra de Bastia, situada á la orilla de la ruta que conduce de Asis á Perusa, era pariente de la ilustre virgen Santa Clara. En él relucia una pureza tan perfecta, que San Francisco llamaba al santo religioso; una de las mas bellas almas que florecian entónces!

Fray Angel, segun la crónica de los veinticuatro Generales, habia nacido en Rieti, capital de la Sabina, de la familia Tancredi, el primero Caballero segun el siglo, que entró en la Orden; *Fr. Angelus Tancredus, qui fuit primus miles, qui ordinem est ingressus.* En 1253 asistió á la gloriosa muerte de Santa Clara. Sus restos mortales reposan con los otros compañeros del santo Fundador, en la basílica de Asis.

Es bien cierto que, desde el año 1228 hasta 1288, por instigacion de los superiores y con el concurso de personages de una santidad y doctrina probadas, nada se ha omitido para reunir todo lo que concierne á San Francisco. El resultado de estas investigaciones fué consignado en las obras arriba enumeradas. San Buenaventura, por su parte, desplegó la mas escrupulosa diligencia y se transportó á Asis,

para asegurarse mejor de ciertos hechos de mayor importancia, exigiendo aun el juramento de los primeros sujetos de la Orden, por sus virtudes y luces. Despues de esto ¿no será una empresa vana y engañadora, el pretender investigar mas, para mas descubrir? ¡Qué certeza y creencia fundar en escritores posteriores al Santo de setenta años y hasta un siglo, como F. Hubertin de Casale, F. Angel Clarene, F. Alvaro Pelage, Santiago de Tondo, Hugolino del Monte San Jorge, Fabiano el Húngaro, todos de 1300, Santiago Oddi, de 1480, Marsan el Florentino, de 1523, Marco de Lisboa, de 1540, Gonzaga, Ridolphi, etc., sin contar los opúsculos anónimos *de Inceptione ordinis, de Inventione montis Alvernæ, sæculum perfetionis status*, y la piádosa novela *Fzoretti, (Las Florecillas)* obra maestra de la lengua y literatura italiana?... Si algun resto precioso ha podido escapar á la diligencia de los primeros cronistas, ha sido recogido por Fray Leon, y mezclado en la Vida del B. Egidio, tal como nos la han conservado Fray Bernardo de Besa, secretario de S. Buenaventura, la Biblioteca franciscana, Fray Salimbene de Parma y Pellegrini de Boloña, que vivian hácia 1240.

San Francisco está pintado al natural en la *Leyenda* que damos al público. Se le ve, se le sigue, se conversa con él. ¿Quién no reconoceria desde luego esta alma tierna y amante,

deseosa de darse todo entera, en este joven marchante, *muy ancho para gastar, entregado á los juegos y cantos, y paseándose dia y noche en compañía de sus amigos?* Vedle, ¡como se reprocha el haber desechado á un pobre mendicante, y *deliberar en sí mismo de no* denegar *mas en adelante la caridad!* Pródigo, vano con exceso, sin cuidado del presente, *deseoso de gloria y renombre*, va soñando grandes cosas, grandes estocadas, grandes honores, grandes riquezas, grandes señoríos. Lo que codicia, lo cree con confianza, y con todo candor se regocija de ello como si ya lo poseia. ¡Singular mescolanza de ambicion y de sencillez! Dios le llama hácia sí por voces misteriosas, y él no comprende, tan poseido y encantado está por sus sueños de aventuras y caballerescas empresas. Pero, llega el momento en que el Señor lo visita *en maravillosa dulzura*. Despues de una cena alegre con sus compañeros de placer y miéntras que se va cantando y riendo en las calles de Asis; es entónces que está sorprendido y substraido á los enagenamientos del siglo; y es entónces, bajo este encanto victorioso, que él se decide á « *tomar la mas noble, la mas rica y agraciada esposa que haya visto jamás*, » á saber, la pobreza. El fin que ha de conseguir le está marcado desde sus primeros pasos: elevará, entre el cielo y la tierra, una sociedad sin funda-

mentos visibles, y no obstante cuya consistencia y duracion serán comparables á la fuerza y duracion de los mas florecientes imperios. Humilde peregrino, se encaminará hácia Roma, en que, indignándose de las mezquinas ofrendas que se hacian al sepulcro de San Pedro, « *buscando en su bolsillo*, sacará dinero en abundancia y lo arrojará por las ventanas del altar, retumbará sobre la piedra, de tal manera que la gente presente se admiraba grandemente de tan bella liberalidad. » Luego despues, sobrepuja el horror natural que sentia para con los leprosos. Habiéndose encontrado con uno de ellos, era menester vencer ó huirse para siempre. Francisco resiste con energia á sí mismo : él, *lo besa muy devotamente á la mano derecha, y le dá en caridad mútua el abrazo de la paz.*

¿ Qué escena mas dramática y conmovedora que la del último desprendimiento, en que el Santo se despoja de todo hasta la mas completa desnudez? Las fisonomías y los caracteres de cada uno son trazados en ella con un vigor y estilo de verdad que podrian envidiar los mayores maestros. « Escuchad todos, exclama el Santo, sabeis que hasta ahora he llamado mi padre á Pedro Bernardon. Pero, porque he resuelto de servir al Señor Dios, devuelvo el dinero, causa para él de tanta inquietud, y asimismo todos los vestidos hechos con

sus haberes. Y, de hoy en adelante quiero decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, y no mas mi padre Pedro Bernardon. » Y, la leyenda agrega : « Por lo demás, Bernardon, lleno de hiel y de furor, tomó el dinero y los vestidos que llevó á su casa miéntras que los que estaban presentes se encolerizaban porque no le dejaba vestido ninguno para cubrirse, y afligidos del todo por el lastimoso caso de Francisco, se echaron á llorar á lágrimas vivas » Sigámosle á la corte del Señor Papa Inocencio II, este grande hombre, *provisto de exquisita prudencia*, *sabio y recto*. ¡Qué noble y venerable figura que el Cardinal Juan de San Pablo, *lleno de gracia Divina!* Él presiente, ama todo lo que hay de fuerza y porvenir bajo la apariencia de este pobre, y va derecho al Papa : « He encontrado, le dice, á un varon muy perfecto (¡feliz descubrimiento!), que se propone de vivir segun la forma y ejemplar del Santo Evangelio. » ¿Quién no admiraria la fé, el candor y celo del Señor Ilugolin, Cardenal de Ostia, que llega tambien á ser Papa? En los movimientos y discursos de esos personages se esparce no sé qué riqueza y amplitud de Gracia y naturaleza. La vida y el instinto de las grandes empresas fluyen como una savia fecunda al traves de esta corte Pontifical. Dice mas este solo capítulo, que largas historias.

La ingenuidad que reina en toda la narracion y el feliz talento de pintor con verdad por palabras sencillas, sin afectacion ni ambicion, es, como estilo, lo que son en materia de arte las figuras del Giotto y de Cimahue, tan tranquilas y puras, y no obstante de una expresion tan encantadora. Grandes efectos, con poca materia ¿no es este el colmo de la perfeccion? Y, pues que existen esos cuadros, ¿á qué fin pretender volver á hacerlos? Tomadlos por lo que son: vereis en ellos el reflejo de las costumbres y de los caracteres de estas edades de Fé, testimonio que conviene bien á la verdad del género histórico.

PROLOGO

Carta escrita por los tres compañeros de San Francisco al Padre General.

Al Reverendo Padre en Cristo, Fray Crescencio, por la gracia de Dios Ministro General, fray Leon, fray Rufino y fray Angel, recientemente compañeros aunque muy indignos, del bienaventuradísimo San Francisco, devota y debida reverencia en el Señor.

Aunque por el mandamiento del último Capítulo general (1), y por el vuestro, estan obligados los Frailes á dirigir á vuestra paternidad las acciones y milagros del muy bienaventurado San Francisco, que se puedan encontrar y conocer : no obstante, nos ha parecido útil á nosotros, que, aunque indignos,

(1) Reunido en Génova en 1244, y presidido por el Papa Alejandro VI.

hemos conversado y practicado todos los dias con él, de escribir con toda verdad á Vuestra Santidad algo de sus *gestos*, vistas por nosotros mismos, ó que supimos de los otros Santos y sobre todo de Fray Felipe, visitador de las *Pobres Mugeres* (1), de Fray Iluminato de Rieti, de Fray Maseo de Mariñan, de Fray Juan, compañero del venerable Fray Gil, y de Fray Bernardo de santa memoria, compañero del Bienaventurado Francisco. No contentos de narrar los milagros, que no constituyen, pero demuestran la santidad, deseamos además mencionar los actos y testimonios de su santa vida, y de su piadosa y suave voluntad, por alabanza y gloria del Dios Soberano y de nuestro muy santo Padre, como por la edificacion de los que tienen la buena voluntad de seguir sus huellas, lo que no escribimos á manera de leyenda (2), pues que de su vida y de los milagros, que por él ha obrado el Señor, varias leyendas han sido compuestas. Pero, como en un agradable prado, hemos cogido algunas de las mas bellas flores, sin seguir el hilo de la historia, y dejando á parte muchos detalles, referidos ya con extension en aquellas Leyendas, sea por amor á la verdad, sea como adorno del discurso, con que podreis mezclar

(1) Las Claras así llamadas al principio (*N.* del *T.*)
(2) De *leyenda* completa, cronológica (*N.* del *T.*)

lo poco que escribiremos, si lo juzgue conveniente vuestra discrecion. Estimamos con toda verdad que si las cosas que mencionarémos, hubiesen llegado al conocimiento de los hombres venerables que compilaron las susodichas Leyendas, lejos de omitirlas, las hubiesen en parte realzado con su bello estilo y transmitido á la posteridad. Que Vuestra Paternidad sea siempre sana y *entera* en Nuestro Señor Jesu-Cristo, en que nosotros, vuestros hijos adictos á Vuestra Santidad, nos encomendamos humildemente.

En el convento de Greccio, agosto, 11 de 1246.

LEYENDA

DE

S. FRANCISCO DE ASIS

CAPITULO I.

Nacimiento de San Francisco; de su vanidad y prodigalidad en el siglo,

Francisco, nacido en la ciudad de Asis, situada en el valle de la Ombria, fué primero llamado Juan por su madre Pzza (*nota* 1), muger honrable y devota, y despues Francisco *nota* 2) por su padre, Pedro Bernardon, marchante, cuando volvia de Francia, porque habia nacido el niño durante su viage en 1182, bajo el pontificado de Lucio III. Luego como

hubo llegado á la edad de adulto, en su cuarto décimo año, Francisco, dotado de un entendimiento vivo y sútil, se dedicó á la profesion de su padre y se puso á negociar y traficar, pero de un modo enteramente diferente, siendo tan amable y liberal como Bernardon era *cicatero* y escatimoso. En efecto, le gustaban los juegos y cantos : se paseaba dia y noche por la ciudad de Asis, en compañía de sus amigos, muy *ancho* en los gastos, de tal suerte que todo cuanto podia tener ó ganar, lo gastaba en banquetes y semejantes *holgorios;* por tanto, lo reconvenian con frecuencia su padre y su madre, representándole que al ver una comida tan espléndida, lo creerian mas bien haber nacido de un gran Señor que de ellos, gentes de negocio. No obstante, como ambos eran ricos de los bienes de este mundo, y lo querian con ternura, lo soportaban en eso para no afligirle. Y su madre, al oir á los vecinos platicar de las larguezas y prodigalidades de su hijo, les contestaba : « ¿ Qué teneis, pues? Qué pensais de Francisco? No llegará á ser, él tambien, hijo de Dios por gracia?... »

Pero, lejos que se limitase á eso : se entregaba además á gastos excesivos de vestidos; compraba géneros de un precio mayor de lo que requeria su condicion, de tal manera vanitoso y caprichoso en su antojo, que hacia coser á veces en un mismo vestido el género

mas precioso con el mas ordinario. No obstante, agraciado y amable en sus modales, adornado de natural pudor y honestidad, no contestaba á nadie, conforme al firme propósito que habia hecho, palabra ninguna afrentosa ó mal parecida, y se preservaba de toda mancha, aunque fuese en la flor de su juventud, *de bel tiempo y alegre humor*. Por tanto, su renombre se habia esparcido por toda la provincia, y corria la voz que haria bellas cosas durante su vida. Por estas virtudes naturales, como por tantos grados de ascension (1), se elevó á tales y devotos pensamientos que iba rumiando en esta manera : « Puesto que tú eres liberal y gracioso para con los hombres, que no pueden darte sino un favor vano y transitorio, es justo y conveniente que por el amor de Dios, tanto mas liberal y generoso en sus recompensas, seas tú suave y benéfico para con los pobres. » Y por tanto les hacia grandes caridades. No obstante, aunque fuese verdaderamente limosnero, apreciaba mucho y con vehemencia las riquezas del siglo. Sucedió un dia que, estando muy afanado en su negocio, un pobre vino á pedirle limosna por el amor de Dios; lo desechó y reprehendió, distraido y encantado que estaba por la codicia de las riquezas. Pero, la Gracia divina ha-

(1) Y prevenido por la Divina gracia (*N. del T.*)

biéndole visitado de repente y ablandado su corazon, tuvo remordimiento de esta dureza, y se dijo á sí mismo : « Si, por ventura, este pobre te hubiese pedido algo por un gran Conde ó Baron, tú se lo hubieses dado sin ninguna resistencia. Pues, con muchísima mas razon, por el Rey de Gloria y Señor de todas las cosas, te convenia no rehusar la limosna. » Por tanto, tomó desde entónces la resolucion de no denegar jamás la caridad al nombre de un tan grande Señor.

CAPITULO II

Como Francisco fué llevado prisionero á Prusia, y de las dos visiones que tuvo.

Habiéndose encendido la guerra entre Perusa y Asis, Francisco fué hecho prisionero con gran número de sus conciudadanos, y llevado à Perusa. Pero, como era gracioso y de buena apariencia, le pusieron en la cárcel de los Caballeros, que se afligian abatidos de tristeza, miéntras que él, alegre y gracioso, se entregaba á transportes de regocijo y contento.

Lo que hizo que uno de sus compañeros le reprehendió como á un insensato, pues que estando en prision, tenia valor de saltar y bailar de alegria. Pero Francisco le replicó con viveza : « ¿Qué piensa usted de mí? No seré yo un dia en veneracion en el mundo entero? » Y como uno de los Caballeros hubiese ultrajado á un prisionero de esta compañía, y que los otros querrian separarle de ella, no cesó de tener relaciones con él, rogando á todos y á cada uno de perdonarle su falta. Concluido el año y celebrada la paz entre las gentes de Asis y de Perusa, volvió á su país. Pero, poco tiempo despues, un señor de Asis se empeñó en recoger soldados para ir en la Pulla en busca de gloria y riquezas. Habiéndolo sabido, Francisco se resolvió á juntarse á su compañía. « Mas, un Caballero, llamado Gentil, habiéndole representado que era forzoso para él llegar á ser hombre de armas, hizo amplia provision de géneros preciosos, mas pobre entónces de dinero á los ojos de sus conciudadanos, pero en compensacion, mas rico por su largueza y liberalidad. Miéntras que se engalanába y preparaba á esta empresa, hé aquí que lo visitó el Señor durante una noche y le trajo hacia sí, deseoso como estaba de gloria y renombre, *hinchando* maravillosamente *sus espíritus*, en una vision nocturna : Pues, como dormia, alguien se le apareció y llamándole

con voz clara, lo condujo á un palacio espléndido y espacioso, muy guarnecido de armaduras de caballeros, de escudos lucidos y de toda especie de armas de milicia y caballeria. Enteramente maravillado y fuera de sí por exceso de alegria, preguntó á qué señor pertenecian estas armas que brillaban de tal hermoso lustre, y este palacio tan deleitable. A que le fué contestado que él y sus caballeros eran dueños y señores de todas estas riquezas. Encantado, se levantó al rayar el alba, del todo satisfecho y glorioso como un hombre vano y mundano y por cuanto no habia probado aun el espiritu de Dios, creió firmemente que iba á subir á los mas magnificos honores. Y puesto que esta vision era par él un presagio de prosperidad, meditaba ir en Pulla, para ser armado Caballero por el susodicho Conde. A cualquiera persona que lo viese y le preguntase la causa de una alegria tan extraordinaria, él contestaba que bien pronto seria un alto y poderoso señor : de que le era una señal indudable la vision que habia tenido en sueño. Se cree que, por este motivo, dió en este mismo dia á un gentilhombre pobre los vestidos preciosos que habia hecho cortar para su uso.

Habiéndose puesto en camino, cuando hubo llegado á Spoleto para ir en Pulla, empezó á discurrir de su empresa. Miéntras que fluctuase suspendido entre varios pensamientos, vió en

medio sueño alguien que le preguntaba adondé queria ir. Francisco, habiendo declarado la intencion en que estaba, este personage le dijo: « Ea pues¿ quien te puede conceder mas bienes, el amo ó el servidor? — Tiene el amo el poder de hacerme mas bien, dijo él. — ¿Y porqué, entónces, dejas tú al amo por el servidor, y al principe por el rico? » — Y Francisco: « ¿Qué quiere que yo haga, Señor? — Vuelve á tu país, adonde te será indicado lo que has de hacer. En efecto, te es menester interpretar diversamente la vision que tuvistes. » Vuelto en sí, como loco y embriagado de alegria, no pensaba aun sino á las prosperidades temporales. No obstante, vuelto á entrar mejor en sí mismo y del todo maravillado, pensaba de nuevo como en esta noche no le habia sido posible dormir, tan despierto lo tenia la memoria é impresion de cosas tan estrañas. Desde el alba de la mañana, dió de espuelas en derechura hácia Asis, vivo y ligero, esperando de buena gana que fuese avisado tocante al querer Divino; y transformado ya en espíritu, no pensó mas en ir en Pulla, no teniendo en adelante otro cuidado ni deseo sino de obedecer á los órdenes del Señor Dios.

CAPITULO III

Como el Señor lo visitó en maravillosa dulzura.

Algunos dias despues de su vuelta á Asis, sus compañeros lo eligieron una noche, de podestá ó señor, encargado de hacer los gastos segun su humor y antojo. Cuando fueron satisfechos, regocijados y animados por la buena comida, salieron de casa en este órden: en adelante iban por la ciudad los compañeros, cantando mil canciones alegres, miéntras que

Francisco, la varilla en mano, en señal de mando, venia un poco hácia atras, sin decir palabra, ocupado y recogido en mil pensamientos diversos. Pues, hé aquí que de repente fué visitado por el Señor Dios y de golpe enteramente *confitado* y encantado en tanta dulzura, que no podia ni hablar, ni moverse, ni oir ó sentir cosa ninguna, sino esta dulzura celestial, que lo privaba tan completamente de toda impresion corporal, que sin duda ninguna no hubiese podido, como lo confesó en seguida, moverse de su lugar y sitio, no obstante que lo hubiesen azotado con varillas, y aun despedazado. Sus compañeros, habiéndole visto léjos tras de ellos, se dieron vuelta hácia él y lo vieron con temor y estupor, como transformado del todo en otro hombre. « ¡Ay! le dijeron ¿en qué estabas pensando, pues; porqué no has seguido nuestra compañia?

— Decís la verdad, respondió Francisco, sí, he pensado en tomar la mas noble y mas rica, y mas agraciada esposa que haya visto jamás en mi vida, lo que no obstante decia, no por su propio espíritu, pero por instinto del Espíritu Divino, pues que esta esposa ha sido la muy perfecta religion, desposada con él de lo Alto, á saber la pobreza, la mas noble y hermosa de todas las esposas.

Desde entónces, empezó á abajarse y humillarse, teniendo hastío de las cosas que

habia perseguido y aficionado ántes, aunque no fuese con entera plenitud de sentimiento, pues que no estaba aun perfectamente libre y limpio de toda vanidad mundana. Apesar de eso, se esforzaba poco á poco de retirarse del ruido de los seglares y recogerse en el hombre interior, en Jesucristo, y escondiendo á los ojos de los poseidos de este siglo, la perla preciosa que se resolvia á comprar por cualquiera precio que fuese, á menudo y casi cada dia practicaba en secreto la oracion, por que esta dulzura celeste lo atraia y tiraba con suavidad, en manera de encanto victorioso, fuera de la plaza pública y de las reuniones populares. Tan benéfico como hubiese sido para con los pobres del tiempo pasado, resolvió en lo de adelante no negar nunca la limosna por el amor de Dios. Y, por tanto, si un pobre recurria á él fuera de su casa, le daba monedas sueltas ó piezas de plata si las tuviese, ó su sombrero y cinturon, á fin de que no se retirase el pobre las manos vacias y afligido. Otras veces, no teniendo absolutamente nada que dar, se retiraba á un lugar apartado, en que se despojaba de su camisa, enviando enseguida al pobre necesitado recogerla por el dulcísimo amor del Salvador.

Además compraba útiles y géneros para el servicio y mantenimiento de las iglesias, mandándoles con gran secreto á los sacerdotes

pobres. Y, cuando se quedaba en casa, estando su padre en el campo, aunque comiese solo con su madre, no dejaba de cubrir la mesa de panes, como si la familia entera hubiese debido sentarse en ella. Preguntado por su madre á que fin obraba de esta suerte, confesaba con ingenuidad que era en vista de las limosnas que se proponia distribuir. Condescendia de buena gana su madre á tales voluntades, mas amorosamente aficionada á él que á sus otros hijos y tanto mas maravillada de su conducta cuanto mas viva memoria conservaba de las penas y angustias que habia sentido en el tiempo en que estraviado y entregado á los desórdenes de sus compañeros, se levantaba de la mesa casi en ayunas, dejando al padre y á la madre muy contristados de una vida tan desarreglada. Mas, ahora, cambiado por la eficacia de la Gracia Divina, no pensaba sino en ver y oir á los pobres de Dios, y no obstante que portase todavía las insignias del siglo, deseaba con ardor ser del todo desconocido en una ciudad en que le fuese posible despojarse de sus vestidos y cubrirse de los andrajos de un pobre, mendicados á la manera de un empréstito, para probarse en la práctica de la limosna. Poco tiempo despues, salió para Roma con intencion de conseguir el perdon de sus pecados; y habiendo entrado en la iglesia de San Pedro, vió que las ofrendas de los pere-

grinos eran muy mezquinas y se dijo á sí mismo : Siendo así que el heraldo y príncipe de los Apóstoles debe tenerse en tanta reverencia ¿porque ofrendas tan pobres en la iglesia en que reposan sus reliquias? Diciendo eso, metiendo con gran fervor la mano á su bolsillo y sacando mucho dinero, lo arrojó por la reja del altar, el que hizo grande ruido en la loza, de tal manera que la gente presente maravillóse de una ofrenda tan liberal. Y bien pronto él salió de la iglesia.

Entónces, un medicante bien miserable le cedió sus andrajos que ajustó á su cuerpo, y en semejante equipage Francisco habiéndose puesto entre los otros pobres en las gradas de la iglesia, pidió la caridad por el amor de Dios en lenguaje francés de que le gustaba usar, á pesar de que tuviese de él poca práctica y poco saber. En fin, habiéndose despojado de estos andrajos, volvió á Asis, rogando á Dios que se dignase conducir su vida por los senderos rectos. No descubria su secreto á ninguna alma viviente y no tomaba consejo sino de Dios solo y algunas veces del Obispo de Asis, porque nadie encontraba entónces que tuviese buena creencia acerca de la santa pobreza, que iba buscando sobre todas las cosas del mundo, estando firmemente resuelto de vivir y morir en su sociedad.

CAPITULO IV

Como empezó á sobrepujarse á sí mismo y á experimentar grandes dulzuras á las cosas contrarias á sus inclinaciones.

Estando un dia en oracion y rogando con fervor al Señor Dios, oyó las palabras siguientes : « Te es menester despreciar y aborrecer á todo cuanto has amado y codiciado carnalmente, si quieres llegar al conocimiento de la voluntad celestial ; y luego como hubieres emprendido este trabajo, lo que al principio te llenaba de dulzura y suavidad, te será amargo

y desagradable, como al contrario la repugnancia y el hastío que experimentabas, se cambiarán en dulzura y suavidad sin iguales. » Regocijado por estas palabras y confortado en Dios, como *cabalgaba* un dia en los alrededores de Asis, se encontró de repente á presencia de un leproso. Y porque sentia horror y abominacion á los leprosos, se resolvió con mucha repugnancia á apiarse, lo que hizo no obstante, besando muy devotamente la mano del leproso; y habiendo montado otra vez á caballo, siguió su camino. Se dedicó con cuidado en seguida á menospreciarse, hasta que en fin la gracia de Dios se quedase dueña y del todo victoriosa. Algunos dias despues, vino á una lepreria con una suma grande de dinero, que distribuyó á cada uno, besándole con benignidad la mano. Era, pues, muy verdadero que lo que consideraba ántes amargo é insoportable, como ver y tocar gentes de la lepreria, se habia cambiado en deleitable dulzura por una celestial operacion. En efecto, mientras que ántes, si le sucediese encontrarles ó pasearse cerca de su morada, aunque les hiciese limosna por mano de tercera persona, apartaba la cara y con las dos manos se tapaba las ventanas de la nariz: ahora habia llegado á ser amigo de ellos, como lo asegura en su testamento, viviendo en su compañía y sirviendo humildemente á todos y á cada uno. Confirmado así

por la virtud de asistir á los leprosos, llevaba á menudo consigo un compañero, á quien habia tenido en otros tiempos una singular aficion, bajo el pretexto de haber descubierto un hermoso y precioso tesoro. De lo que el otro rebozaba de satisfaccion y contento, y de buena gana lo acompañaba, cuando estaba solicitado. Mas, Francisco lo conducia hácia cierta gruta cerca de Asis, en que entraba solo y rezaba mientras que su compañero quedaba á la entrada de la gruta en comezon y concupiscencia del tesoro, le rogaba que ninguno en este mundo tuviese sospecha de lo que hacia adentro, Dios solo exceptuado, á quien su verdadero servidor no cesaba de consultar relativamente al hermoso y muy único tesoro, que busbaba con todos sus deseos. Lo que considerando el énemigo del género humano, no omitia nada para desbaratar y derribar su designio á fuerza de temor y espanto. Habia entónces en Asis una mujer corcobada y disforme, que el demonio llamaba vivamente á la memoria del varon de Dios, cuando se le aparecia, amenazándole hacerle caer encima una disformidad tan horrible, si no desistiese de su empresa. Pero, el valiente Caballero del Señor Jesus, sin temer ni titubear delante de la ira y venganza diabólica, rogaba con tanto mas ardor al Señor Dios, que se dignase dirigir su vida á buen término. No obstante tan hermoso valor, no

dejaba de padecer tormentos y angustias de espíritu, arrojado fuera de su estado ordinario y habitual serenidad, hasta que le fuese posible conducir á bien la empresa que habia determinado acabar al través de mil pensamientos que iban y venian en su alma y lo atormentaban sin tregua ni merced. Ardia en medio del fuego Divino, y él no podia ménos que manifestar un incendio tan patente. Cruel y lastimoso era su arrepentimiento por los pecados que habia cometido, á pesar de que no se congojase demasiado de los males pasados y presentes á causa de la bella y confortable seguridad que habia recibido de vivir en adelante puro de todo delito. Por tanto, al salir de la susodicha gruta, parecia á su compañero un hombre enteramente distinto de lo que era ántes.

CAPITULO V.

De las primeras palabras del Crucifijo y como, en seguida llevo en su corazon la viva pasion del Señor Jesus hasta la hora de su muerte.

Como implorase un dia la misericordia de Dios con mas fervor que de costumbre, el Señor le manifestó de un modo sensible que de aqui en adelante todo cuanto deberia hacer le seria sugerido. Entonces, no pudiendo mas contener su contento y alegria, dejaba como a pesar suyo escapar algunos secretos de sus revelaciones. Asi, decia con prudencia y mo-

deracion que ya no pensaba mas en ir en Gulla, pero que meditaba emprender bellas y nobles acciones en su própio país. Sus compañeros, viéndole estraño á sus pasatiempos, de que se tenia alejado en espiritu, aunque se mezclase á veces á su sociedad, le decian por manera de burla: Ay! ¿quieres tú pues, Francisco, tomar mujer? A lo que él contestaba con cierto embarazo. Algunos dias despues, pasando delante de la iglesia de San Damian le fué mandado por una voz interior que tuviese que entrar en ella. Habiéndolo hecho, se puso á rezar devotamente delante de la imágen del Crucifijo, que le habló con maravillosa compasion y benignidad: «¿Francisco, no ves tú que cae en ruina mi morada? vaya pues, y repárela por mi amor.» — « Asi haré de buena gana, Señor, dijo, sorprendido y confundido, imaginándose que se le hablaba de la presente iglesia, reducida por la fuerza del tiempo á tal lastimoso estado. Sea lo que fuese esta palabra lo llenó de luz y santa alegria, de tal manera que no podia dudar en el fondo de su alma que Jésus crucificado le hubiese hablado con su boca bendita. Habiendo salido de la iglesia, encontró á un sarerdote, muy cerca, á quien dió cierta plata diciéndole: « Yo te requiero y ruego, Señor, comprar aceite y hacerla quemar delante del Crucifijo, y cuando hubieses gastado este poco dinero, de nuevo te daré mas,

segun la necesidad. » Desde este momento su corazon fué de tal manera herido y enternecido al recordar las pasiones del Señor Jésus, que mientrás vivió, llevó en su cuerpo sus vestigios y señales, como poco despues apareció manifestamente en la renovacion de las señales efectivas, maravillosamente impresas en su carne y muy claramente demostradas. Por esta razon, afligió y castigó su cuerpo por duras maceraciones, aspero y sin lástima para con sí mismo en estado de salud así como de enfermedad, sin relajarse jamás: lo que confesó en el dia de su muerte, acusándose de haber faltado gravemente para con *su hermano el cuerpo*. Otra vez en que iba solo á la iglesia de Nuestra Señora de la Porciúncula, lloraba y se lamentaba á alta voz: lo que habiendo oido un hombre de grande devocion, que se imaginaba que resultase esto de un mal repentino, le preguntó, conmovido de piedad, porque lloraba tan amargamente: « Ay, dijo, lloro la pasion de mi Señor, y no deberia avergonzarme nunca de ir por el mundo entero llorar á alta voz. » Entonces, este se puso á llorar tambien con él. Al salir de la oracion, sus ojos parecian del todo manchados de sangre por las lágrimas que habia derramado. En efecto, se afligia en las lágrimas y gemidos, y además, en la abstinencia del beber y comer, en memoría de la pasion del Señor Jésus. Cada vez

como comia en compañía de sus religiosos, salpicaba con ceniza su escudilla y les decia por disculpa de su abstinencia que *hermana ceniza* es casta. Estando sentado un dia en la mesa, un religioso le hizo notar que la bendita Virgen María habia vivido en tal lastimosa pobreza que no tenia nada que dar á su caro hijo. Inmediatamente el varon de Dios echó grandes suspiros de dolor, y retirándose de la mesa, comió su pan en el suelo, ó bien hacía una pausa, sin moverse, ni beber, ni comer, tan detenido estaba en la contemplacion de las cosas celestiales. No queria entonces ser turbado ni interrumpido por palabra ninguna, y decia á los frailes, que lo oian suspirar de una manera tan dolorosa, que tuviesen que alabar á Dios y rogar fielmente por su necesidad. Finalmente, hemos seguido sin interrupcion ninguna lo que se refiere á sus lágrimas y abstinencia, para demostrar como, por efecto de la vision y de las palabras del Crucifijo, se quedó siempre conforme hasta su muerte, á la pasion del Señor Jésus.

CAPITULO VI

Como escapó á los seguimientos de su Padre y de los suyos.

Se levantó, pues, muy alegre de la vision y alocucion del Crucifijo, y signándose con la señal de la cruz, y montando á caballo con un paquete de géneros hermosos por sus varios colores, se dirigió hácia la ciudad de Foliño, adonde vendió caballo y mercaderias, y volvió inmediatamente á la iglesia de San Damian. Habiendo encontrado en ella á un sacerdote po-

bre, cuya mano besó con grande fé y devocion, le entregó la plata que tenia y dedujo por órden todo el hilo de su designio. Este buen sacerdote, maravillado de un cambiamiento tan repentino, no queria creerlo ni tampoco recibir su dinero en la creencia que eso era puro juego y burla, Francisco, al contrario, firme en su propósito, se esforzaba en dar buen crédito á sus palabras y le rogaba con instancia á que se le recogiese en su compañía, de tal manera que el sacerdote accedió á tan vivo ruego, sin dejar de protestar, por temor á los parientes, que no tomaria el dinero, el que como verdadero despreciador de las riquezas, el servidor de Dios arrojó por la ventana ni mas ni menos que un vil polvo. Mientras tanto, su padre teniendo dia y noche el ojo en acecho sobre la conducta que tenia, preguntó por el lugar en qué vivia. Y como conoció que Francisco se quedaba en San Damian, mudado del todo en sus costumbres y manera de vivir, se apoderó de él un dolor y furor tan violentos que habiendo llamado á sus amigos y vecinos corrió hácia él, por el sendero mas corto. Pero porque Francisco era novicio en la caballería de Cristo, luego como conoció la llegada de sus furiosos perseguidores, se retiró delante de la ira paternal y fué á esconderse, un mes entero, en una caverna secreta, preparada para semejante coyuntura. Un amigo suyo, solo tenia conocimiento de

esta caverna, el que le traia algun alimento que comia en secreto; rogando sin interrupcion ni descanso, con lágrimas y suspiros, al buen Señor que se dignase librarle de tal mal seguimiento y que con el ayuda de su benigno favor cumpliria los votos que habia hecho á su divina Magestad.

Rogando así en las lágrimas y ayunos, sin confianza en su industria ni virtud, toda su esperanza reposaba en Dios, quien en medio de desolaciones y tinieblas lo habia colmado no obstante de gozo inefable y brillante caridad. En seguida de que dejó la caverna y se encaminó hácia Asís, elevado en valor, proveido de las armas de santa confianza en Cristo Salvador; y reprehendiéndose á sí mismo de su cobardía y temor vano, se entregó francamente á las manos y malos tratamientos de sus perseguidores. Cuando sus parientes y amigos lo vieron tan flaco y debilitado por las maceraciones y penitencias, lo pensaron loco é insensato, mofándose de él, con oprobios y burlas sin número, y le arrojaron piedras y lodo. El Caballero de Cristo como ciego y sordo, tributaba gracias á Dios, no alterado ya, ni abatido por tantas villanías y ultrages. Vino hácia su padre en medio del ruido y alboroto, desplegados contra él en las plazas y encrucijadas de Asis, y corrió hácia él su padre no como libertador, pero como asesino, sin pie-

dad é implacable, tal como lobo para con ovejas. Y arrojando sobre su hijo una mirada oblicua é inflamada de acerbo furor, lo agarró del cuello, lo trajó á casa y lo encerró en una oscura prision, con golpes y palabras afrentosas, porque pretendia hacerlo caer otra vez en las vanidades del siglo. Pero, no dejándose desanimar ni por palabras y amenazas, ni crueles tratamientos, al contrario, en extremo satisfecho y paciente, Francisco se atiesaba y animaba á conducir á buen fin su santo propósito.

Sucedió, pues, que su padre habiendo ido al campo por negocios urgentes, su madre en extremo triste y contraria á los malos procederes de Bernardon, lo emprendió á solas con suaves y amistosos discursos. Y porque no lo pudo doblegar á otros sentimientos, conmovida á lástima y bañada en lágrimas, se puso á romper sus ataduras y lo dejó ir en libertad. Francisco volvió á su primer lugar con acciones de gracias al Dios todopoderoso; usando de mas ancha libertad como probado ya por los ensayos de los demonios, y formado en la escuela de las tentaciones, el alma mas fervorosa y purificada al fuego de los ultrajes, mas grande en su corazon, se encaminaba hácia grandes empresas. Su padre, vuelto del campo y no encontrándole mas en casa, agregando pecado á pecado, prorumpió en injurias contra su mujer: despues corrió al palacio municipal

á donde llevó su queja ánte los cónsules de Asis, á fin de que tuviesen que hacerle justicia acerca del dinero que su hijo se habia llevado de su casa. Estos á la vista de tan extraña turbacion, mandaron á Francisco la órden de comparecer ante ellos, él que respondió al mensagero que gracias á Dios, era libre y no tenia nada que ver con los cónsules, porque era simplemente servidor del Dios Altísimo. Como desagradase á los cónsules aprehenderle á viva fuerza, dijeron á su padre : « Como servidor de Dios, está fuera de nuestra autoridad. » Entónces Bernardon, no consiguiendo nada por este lado, recurrió al Obispo de Asis, quien como hombre prudente y discreto, requirió cortesmente á su hijo de comparecer ánte su tribunal. Y Francisco contestó al mensajero : « Sí, iré al Señor Obispo, porque es dueño y Señor de las almas; » él que lo acogió en cordial alegria y le habló en esta manera : » Tu padre está turbado á causa de tí, y gravemente escandalizado. Si quieres servir á Dios, devuelve tú el dinero que tienes. Pues que esta plata es el fruto de tráficos quizás injustos, no quiere Dios que la gastes en provecho de una iglesia con ocasion de los pecados de tu padre. « Devuélvele pues, y se apaciguará su furor. » Inmediatamente el varon de Dios se levantó el corazon alegre, y confortado de nuevo por las palabras del Obispo, trajo á su presencia la

plata diciendo : « Señor, quiero devolver con el dinero que le pertenece, aun todos los vestidos que llevo. » Y luego, entrando en el cuarto del Obispo, se despojó de su camisa misma, lo puso todo á sus pies y salió del cuarto enteramente desnudo.

« Escuchadme, exclamó, hasta ahora he llamado á Pedro Bernardon, mi padre. Mas, porque he resuelto servir al Señor Dios, le devuelvo la plata, que le causó tanta turbacion, y hasta todos los vestidos hechos con su haber. Y, de aquí en adelante, quiero decir : Padre nuestro, que estás en los Cielos, y no mas : Mi padre Pedro Bernardon. » Se vió entónces que el varon de Dios llevaba un cilicio sobre la carne. Entretanto Bernardon, habiéndose levantado furioso, tomó el dinero y los vestidos, que llevó á su casa, miéntras que la gente presente se encolerizaba de que no le hubiese dejado vestido ninguno para cubrirse, y afligida en extremo de la miseria de Francisco, empezaron á llorar á lágrimas vivas. Pero el Obispo, considerando tan hermoso fervor y constancia maravillosa, lo recibió en sus brazos bajo su manteo, porque comprendia por una luz de lo Alto la conducta del varon de Dios y sabia que escondia un misterioso secreto, de tal suerte que desde entónces llegó á ser su ayuda, su conforto y guia á las cosas interiores de la caridad.

CAPITULO VII

Del muy grande trabajo que soportó para volver á componer la iglesia de San Damian.

El servidor de Dios, Francisco, despojado de todo en el mundo (*nota* 3), ya no tenia miradas sino por la justicia divina, y despreciando el siglo presente, se dispuso por todos los medios al leal servicio de Su Magestad. Volvió á la iglesia de San Damian en grande alegria, se cubrió despues con un hábito de ermitaño y se esforzó en confortar al sacerdote de esta

iglesia por todas las palabras que le habia dicho el Obispo. Habiéndose encaminado hácia la ciudad, recitaba las alabanzas de Dios por las plazas y aldeas, como embriagado del Espíritu Santo. Despues de que, no pensó mas sino en recoger muchas piedras conforme á la necesidad de dicha iglesia. « Quien me diese una piedra, decia él, recibirá una recompensa; quien dos, dos recompensas; quien tres piedras, tres recompensas; y muchas otras palabras en fervor de espíritu, que salian de la boca de un hombre simple y sin letras, que tenia grande desprecio á la sabiduría humana. Casi todos se burlaban de él, mirándolo como loco. Otros, al contrario, lloraban de ternura y piedad, viéndolo elevado tan pronto de los holgorios y vanidades mundanas á tan hermosa embriaguez del divino amor. Narrar cuanto tuvo que sufrir en esta empresa, seria largo y difícil á describir. En efecto, habiendo llevado una vida cómoda y descansada en la casa paternal, no cesaba de cargar piedras sobre sus hombros. Lo que viendo el susodicho sacerdote y que se cargaba mas allá de sus fuerzas, se esforzaba, á pesar de su pobreza, en hacerle la mejor comida que pudiese, como mas conforme á la vida de Francisco en el siglo. Mas, este advirtiendo un dia los buenos oficios de semejante caridad, se dijo á sí mismo: « ¿Encontrarás siempre á un sacerdotes tan amable,

que te asiste y acaricie con tan noble cortesía? ¿Es esta la vida pobre que has hecho propósito elegir? A la manera de los pobres, andando de puerta en puerta, teniendo en la mano tu escudilla, recogiendo para tí toda clase de sobras, te es menester, y de buena gana, vivir al Señor, que pobre nació y muy pobre vivió en el siglo y se quedó pobre y desnudo en su pasion, sepultado aun en sepultura agena. » Y, por consiguiente tomó su escudilla, y andando por la ciudad, pidió la caridad de puerta en puerta. De lo que muchos se maravillaban, porque lo conocian en otro tiempo de boca tan delicada y lo veian ahora tan humilde y humillado, por el mas singular cambiamiento. Pero, cuando quiso comer los escamochos que habia ido mendicando, se estremeció en su corazon, puesto que, léjos de comerlas, ni acostumbraba mirar cosa tan asquerosas. No obstante, reanimando su valor, se esforzó en probarlos, y le pareció que pitanza ninguna hubiese tenido jamás un sabor mas fino, enteramente regocijado y glorioso en Dios, porque su carne, débil aun y deprimida estaba reconfortada en plenitud de gracia y placer para con las cosas ásperas y amargas. Finalmente, mandó á este buen sacerdote que no tuviese nunca que prepararle una alimentacion mas sabrosa.

Su padre, que lo veia en tan lastimosa abyeccion, se estremecia de rabia y de furor, y mas

vivamente lo habia amado, mas vergüenza y resentimiento sentia por su carne, extenuada por penitencias tan duras. Lo maldecia en cualquier lugar donde lo encontrase. Mas, el varon de Dios, al oir las invectivas de su padre, se eligió por padre á un pobre mendicante y le dijo : « Venga conmigo, te participaré de las caridades que se me hiciesen, y desde que oyeres á mi padre renegar y maldecirme, te diré : padre bendígame ; y me signarás con la señal de la cruz y me bendecirás en su vez y lugar. » Y así hacia el mendicante ; y el varon de Dios decia á su padre : « ¿No piense Usted que tenga Dios el poder de darme un padre que me bendiga al reves de sus maldiciones de Usted ? » Entre los que lo perseguian de sus injurias y ultrajes, se encontraban quienes no podian contener su sorpresa y admiracion por su paciencia del todo invencible. Sucedió que, en la estacion de invierno estaba en oracion, y entonces su hermano, pasando cerca de él, dijo á otro, en manera de burla : « Diga á Francisco que te venda una media pinta de sudor. » Lo que habiendo oido el varon de Dios, transportado de alegria, repartió con fervor de espíritu, en lenguaje frances : Sí, ciertamente, este sudor lo venderé á mi Señor. » Y como no tuviese ningun descanso relativamente á la susodicha iglesia, iba por la ciudad á buscar el aceite por las lámparas, que ha-

cia arder dia y noche. Vino una vez á cierta casa, en que individuos se entregaban á juegos y pasatiempos mutuos. Tuvo vergüenza de pedir la caridad y siguió su camino. Despues, predicándose y reprehendiéndose á sí mismo como habiendo faltado, volvió al mismo lugar y confesó su falta y vergüenza á pedir francamente la caridad, y solicitó aceite por el amor de Dios y las lámparas de la iglesia. En medio de las maniobras y trabajos, gritaba á alta voz en fervor de espíritu, á los habitantes que pasaban cerca de la iglesia : « Venid todos y ayudadme en la obra de la iglesia de San Damian, porque florecerá aquí un monasterio de mujeres, cuyo renombre y santa vida darán gloria al Padre celestial por la iglesia entera.» Y de esta suerte, todo lleno del espíritu de profecía, anunció con toda verdad las cosas futuras, pues que en este santo lugar la gloriosa religion y la órden excelentísima de *Pobres Mujeres* y sagradas Vírgenes (*nota* 4), amaestrada durante casi seis años por los buenos ejemplos y la direccion del Bienaventurado Francisco, sacó de allí su orígen, de tal manera que su vida maravillosa y su órden gloriosa fuesen plenamente reconocidas y confirmadas por la autoridad Apostólica del Papa Gregorio IX, de santa memoria, entónces obispo de Ostia.

CAPITULO VIII

Como habiendo oido los consejos evangélicos se vistió en otra manera.

Mientras que el Bienaventurado Francisco sufria mil trabajos para reparar la iglesia de San Damian, no llevaba otro vestido que la túnica de los ermitaños, con un baston en la mano, los pies descalzos y un cordon en la cintura. Pero, oyendo misa un dia, la de los Apóstoles, en que se lee en el Evangelio como Nuestro Señor mandó á sus discípulos predicar,

con defensa de tomar por viático oro, plata, alforjas, dos túnicas, baston y calzados, dijo entonces lleno de alegria y con la mejor inteligencia que le dió de este texto el sacerdote bendito: « ¿Y, no hé aquí lo que estoy buscando con todas mis fuerzas y deseos? » Y, acordándose de lo que acababa de oir, dejó inmediatamente la mitad de todo cuanto tenia y se vistió con una pobre y mezquina túnica y una cuerda en lugar de cintura. No pensando ya sino en las palabras de la gracia, y meditando de qué manera pudiese ajustarse á ellas, se resolvió mediante la operacion divina, á llegar á ser heraldo de perfeccion cristiana y predicar la santa penitencia. Sus palabras no eran ni vanas ni dignas de risa, pero penetrantes y pasando hasta la médula de los huesos, de suerte que los corazones se hacian perfectamente dóciles. Cuando principiaba su plática, acostumbraba saludar á cada uno como sigue: « Que el Señor Dios te dé la paz; » atestiguando en seguida que tan hermosa salutacion le fué enseñada por revelacion de Dios. Es igualmente maravilloso y muy digno de notarse que ántes de su conversion un mensagero misterioso iba á menudo por las calles de Asis y saludaba á la gente con estas palabras: « Paz y bien. » Por tanto se cree con firme creencia que, lo mismo como Juan, heraldo de Cristo, vino á faltar con la apari-

cion del Salvador, lo mismo este hombre previno el Bienaventurado Francisco como mensagero de paz, y no compareció mas despues de su llegada. Y, por consiguiente, el varon de Dios, conforme al uso de las profecías, anunciaba la paz y predicaba la salvacion inmediatamente despues de su heraldo y precursor, de tal suerte que á sus moniciones saludables, muchísimos hombres se volvian hácia la paz verdadera, aunque ántes en discordia con Cristo.

La verdad de pura y sencilla doctrina esparciéndose por todas partes con el buen olor de la Santa vida del Bienaventurado Francisco, ciertos hombres, dos años despues de su conversion, vinieron á someterse á la disciplina de la penitencia y juntarse con él en semejanza de vestido y conducta. Entre ellos fué fray Bernardo, de Santa memoria, que considerando su fervor y constancia á las cosas de Dios, hizo propósito en su corazon de distribuir todo su haber á los pobres y alistarse en su compañía; por tanto, viniendo un dia hácia el varon del Señor, le descubrió su designio, y aquel le dijo de venir á casa una noche que le indicó. El Bienaventurado Francisco dió gracias de que, no teniendo aun compañero ninguno, Bernardo le estaba enviado, varon de grande edificacion y singular virtud. Vino á su casa en toda alegria y se quedó con él la noche

entera. Entónces, D. Bernardo entre otras palabras, le preguntó ¿lo que pudiese hacer de mas conveniente un hombre que, habiendo recibido de su Señor pocas ó muchas riquezas, pensase despues no deber mas retenerlas? «Las ha de devolver á su Señor, replicó el Bienaventurado Francisco.» Y D. Bernardo: «Pues, hermano, quiero ahora dar por amor para con mi Señor, todos los bienes temporales que me ha dado, y de consiguiente que se haga segun lo juzgarás.» El Santo respondió: «Mañana muy temprano, iremos á la iglesia y conoceremos por el Santo Evangelio en qué manera el Señor enseñó á los discípulos.» Y, levantándose por la mañana con otro, llamado Pedro, que tenia gran deseo de ser fraile, vinieron á la iglesia de San Nicolás cerca de la plaza de Asis. Y, como eran gentes simples que no sabian á donde encontrar la enseñanza del Santo Evangelio acerca de la renunciacion al siglo, rogaban devotamente á Dios á que les manifestase su voluntad en la primera abertura del libro. Concluida la oracion el Bienaventurado Francisco abrió de rodillas delante del altar el libro cerrado, y de repente cayó sobre este consejo de Dios: *Si quieres ser perfecto, vé y vende todo cuanto tienes y lo repartes á los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos.* A este hallazgo, Francisco se alegró grandemente y dió gracias á Dios. Mas, como era verdadero

amante á la Santísima Trinidad, quiso ser asegurado por un triple testimonio, y por tanto abrió el libro una segunda y tercera vez. En la segunda abertura fué notable esta palabra : *No llevéis nada por el camino ;* y en la tercera : *Cualquiera que quisiese venir en pos de mí, se renuncie á sí mismo.*

El Bienaventurado Francisco, confirmado por cada abertura del libro en su propósito y deseo ya concebidos, dijo á Bernardo y á Pedro : « Hermanos, así sea nuestra vida y arreglo, y lo mismo de los que quisiesen juntarse á nuestra compañía. » En seguida de esto, se fué D. Bernardo; y habiendo vendido sus bienes y recogido una gruesa suma de plata, la repartió á las manos de los pobres de Asis. Lo mismo hizo Pedro segun sus facultades, y ambos tomaron el hábito, como el santo lo habia tomado ántes, y vivieron con él, segun la forma del Evangelio, manifestado á ellos por cierta señal del Señor, así como el Bienaventurado Francisco lo registró en su testamento : « El Señor me mostró que tuviese que vivir en la forma del Santo Evangelio. (1) »

(1) Saben muy bien todos los Cristianos que el susodicho modo de consultar á Dios no puede, sin supersticion, emplearse, sino por especial inspiracion Divina, (*N. del T.*

CAPITULO IX

De la vision de fray Silvestre ántes que de entrar en la órden.

Como se ha dicho, Don Bernardo habiendo dado todos sus bienes á los pobres, el B. Francisco, que estaba presente, glorificaba á Dios en su corazon por tan virtuosa operacion, cuando sobrevino cierto sacerdote llamado Silvestre, á quien el Santo habia comprado piedras por la iglesia de San Damian. Aquél encendido de codicia á vista de la plata que se distribuya á consecuencia de las amonesta-

ciones del varon de Dios : « Francisco, dijo, me has mal pagado por las piedras que comprastes. » Lo que oyendo el despreciador de avaricia, se dirigió hácia Don Bernardo y puso la mano en los pliegues de su manteo, á donde estaba la plata, sacó mucha, con gran fervor de espíritu, la dió al sacerdote, y volviendo á llenar otra vez las manos de este avariento : ¿No estás todavia bastante harto de plata, señor sacerdote? le dijo él. Aquel respondió : « Sí, pues, lo estoy, y aun plenamente, hermano; » y lleno de contento volvió á su casa con el dinero que poseia. Mas, de algunos dias acá volvió á pensar á todas estas cosas, y discurria en sí mismo : « ¿No soy yo un miserable de codiciar, viejo como estoy, bienes temporales, mientras que este mozalbete los desprecia y aborrece por el amor de Dios? » La noche siguiente vió en sueño una cruz de un tamaño desmedido, cuya cima tocaba al cielo y el pié estaba en boca de Francisco, miéntras sus brazos se ensanchaban de un extremo del mundo á otro. Lo que viendo, el sacerdote tuvo firme creencia que Francisco era verdadero amigo y servidor del Señor Jesus, y que su religion habia de estenderse y dilatar por el mundo entero; y desde entonces, temió á Dios é hizo penitencia en su casa. Finalmente, entró en la Orden ya empezada, en que vivió como hombre perfecto y acabó gloriosamente.

Entre tanto, Francisco, teniendo dos frailes en su compañía, pero sin abrigo, á donde conversasen juntos, se fué con ellos á una pobrecilla pequeña iglesia que se llamaba Santa María de Porciúncula (*nota* 5), y se hicieron muy cerca una casita, á fin de que alguna vez se reuniesen allí en comun. Algunos dias despues, un hombre de Asis, que se llamaba Gil, vino á ellos, y de rodillas y en gran reverencia y devocion rogó al Servidor de Dios se dignase recibirle en su sociedad. Lo en que le fué liberal, porque Gil era muy fiel y devoto, y que además podia impetrar de Dios grande abundancia de gracias, como lo demuestra el efecto. Los cuatro, unidos en regocijo maravilloso del Espíritu Santo y en santísima emulacion á una perfeccion mas excelente, se separaron de esta manera: El Bienaventurado Francisco tomó con él á Fray Gil y se encaminó hácia las Marcas de Ancona, y los dos otros fueron á diferentes paises. Durante el camino, el Santo cantaba las alabanzas de Dios en lenguaje francés, bendiciendo y celebrando la bondad del Altísimo, tan viva y estremada era la alegria de todos, como si hubiesen encontrado un tesoro precioso en el campo Evangélico de *Señora pobreza*, por cuyo amor consideraban de buena gana todas las cosas con desprecio, á manera de estiercol. Y el Santo dijo á fray Gil: « No será nuestra religion ni mas ni ménos que las

redes de los pescadores, arrojados al agua, y que entre la multitud de pescados deja á los menudos ir á donde quieren y pone los gruesos en reserva en vasos sellados; y por estas palabras profetizó que debia dilatarse la Orden. Aunque se abstuviese el varon de predicar formalmente al pueblo, no obstante en las ciudades y castillos por donde pasaban, rogaba calorosamente á todos y cada uno á que tuviesen el temor y amor de Dios, é hiciesen penitencia de todos sus pecados. Entónces, fray Gil avisaba á los oyentes que tuviesen creencia en su dicho, por cuanto les enseñaba con muy perfecta doctrina. Cualquiera que les oyese, decia: « ¿Qué son estos estranjeros, y qué palabras son estas? » En efecto, demasiado verdadero era que en aquellos tiempos el amor y el temor de Dios eran sin crédito en todo lugar, y olvidada del todo la via de la penitencia, considerada mas bien como una locura; las inmundicias de la carne, la codicia de las cosas mundanas y la soberbia de la vida estaban tan fuertemente arraigadas que todo el mundo parecia enligado en estas tres detestables malignidades. Corrian varios rumores tocante á estos varones evangélicos : unos les decian locos y aun borrachos; otros alegaban que sus palabras no denotaban sino pequeñez é insuficiencia de entendimiento. Uno, pues, de los oyentes se puso á raciocinar así : « Finalmente ¿debemos pen

sar que se hayan dado á Dios por el deseo de una excelentísima perfeccion, ó bien que esten locos é insensatos? pues que están de tal manera fuera de la regla comun, que viven casi de nada, que andan descalzos y se visten con los mas viles vestidos. » En medio de tales discursos en pro y en contra, aunque algunos se sintiesen cogidos del temor y duda por la impresion que recibian de su santa vida, no obstante nadie se encontraba que se declarase en su favor. Las jóvenes de lo mas léjos que los veian, se echaban á huir con gran espanto y enteramente turbadas, en la aprehension que por acaso fuesen hechizadas de una extravagante locura.

En fin, habiendo recorrido la provincia en todas direcciones, volvieron al lugar de Santa María, en que algunos dias despues se presentaron tres hombres de Asis, á saber Sabatino, Morico y Juan de Capello, suplicando al Bienaventurado Francisco los recibiese entre los frailes, de tal manera que los acogió con benigna humildad. Y cuando iban pidiendo limosna por la ciudad, con mucha dificultad se les daba algo : mas bien se les reconvenia é injuriaba á causa de que, bajo el pretexto de renunciar á sus bienes comian el bien ageno; lo que les hacia padecer grande necesidad y carestia. Padres, madres y parientes les deshechaban, asi como tambien los de las ciuda-

des se mofaban de ellos á guisa de locos é insensatos, por cuanto en aquellos tiempos nadie acostumbraba renunciar á su haber para mendicar la caridad de puerta en puerta. Entretanto, el Obispo de Asis, hácia quien iba frecuentemente el varon de Dios, le dijo un dia con mansedumbre: «No tener nada propio en este mundo, me parece una vida áspera y dura.» Le respondió el Santo: «Si tuviéramos posesiones propias, necesitariamos tambien armas para defendernos, porque de las posesiones resultan pleitos y querellas, por donde el amor de Dios y del prójimo está sufriendo en mil maneras diferentes: y, por esta causa, no queremos el dominio de ninguna cosa temporal.» Agradó muchísimo al Obispo la contestacion del varon de Dios, visto que Francisco tuvo un desprecio tan grande por los bienes transitorios y principalmente el dinero, que en todas y cada una de sus reglas encomienda soberanamente la pobreza, é hizo que sus frailes saliesen maravillosamente avisados acerca de la detestacion de las pecunias; y para inculcarles un desprecio mas profundo de ellas, les decia: «Guardémonos, habiendo ya despreciado todo, de perder el reino de los cielos por una bagatela tan fútil, y si por acaso encontramos plata en cualquier lugar, no tengamos mas cuidado de ella que del barro y del polvo de los campos.

CAPITULO X

Como profetizó á sus compañeros lo que debian de sufrir.

El Bienaventurado Francisco, estando desde entónces enteramente lleno de las gracias del Espíritu Santo, llamó hácia sí á sus seis compañeros y les declaró las cosas venideras: « Consideremos, hermanos carísimos, les dijo, nuestra vocacion, á la que el Señor nos ha convidado por grande misericordia, no tanto para nuestra salvacion á nosotros, cuanto para

la salvacion de otros muchos, andando como lo hacemos por el mundo, exhortar y conjurar á los pueblos por nuestros ejemplos y palabras á fin de que hagan penitencia de sus pecados y tengan presentes las ordenanzas de Dios. No temed en manera alguna mostraros pequeños é insuficientes; anunciad libre y sencillamente la penitencia, fiándoos en Dios, quien es victorioso del mundo, porque en vos y por vos hablará su espíritu, induciendo á los hombres á que se conviertan á él y observen sus mandamientos. Encontrareis á unos, mansos y benignos, fieles en recoger vuestras palabras con gozo y provecho, y á otros, por el contrario, soberbios, blasfemadores, enemigos y réprobos, contrarios á vos y á las cosas que dijereis. Y, por tanto, resolved en vuestros corazones soportarlo todo humilde y pacientemente. » A este propósito, entró el temor en los frailes, y á lo dicho agregó el Santo : « Guardaos de temer, porque no pasará largo tiempo sin que vengan hácia nos sabios y nobles con monarcas, príncipes y pueblos, y muchos se darán á Dios, quien multiplicará y acrecentará en el mundo á esta familia. » Los oyentes, bendecidos despues de este discurso, los servidores de Dios se separaron devotamente, conservando en memoria tan bellas amonestaciones. Si les ocurriese encontrar una iglesia ó una cruz, doblaban la rodilla, diciendo esta oracion :

« Adorámoste, Cristo Jesus. y bendecímostepor todas las iglesias de la tierra, porque redimistes al mundo por la virtud de tu Santa Cruz; » pensando con toda verdad haber encontrado siempre el lugar de Dios, á donde encontraban una cruz ó una iglesia. Cada vez como los hombres consideraban su modo de portarse, se maravillaban de un vestido y de una vida sin semejanza con los demás. Por tanto, les parecian estraños y salvajes. Empero, en cada ciudad, castillo, aldea y casa en que entrasen, anunciaban la paz, enfervorizando á todos y cada uno á que temiesen y amasen al Creador del cielo y de la tierra y guardasen sus preceptos. Unos les escuchaban con buena voluntad, otros se burlaban de ellos, otros los abrumaban de preguntas : « ¿Qué lugar y país es el vuestro? — ¿De qué manera es vuestra órden y milicia? »

Aunque fuese para ellos grande trabajo el arrostrar á todos estos ansiosos pretendientes á respuestas, confesaban con sencillez que eran hombres de penitencia, oriundos de la ciudad de Asis, y que su órden no se llamaba aun religion. Mucha gente los miraban como á embusteros y locos y se rehusaban á recibirlos en sus casas, por miedo que los frailes robasen lo suyo, de tal suerte que despues de muchos ultrajes y villanías, les era forzoso abrigarse, en los soportales de las iglesias y de las habi-

taciones. Dos de entre ellos, que estaban en Florencia, habiendo mendicado por la ciudad sin encontrar á donde alojarse, llegaron á una casa provista de un soportal algo espacioso, y se dijeron uno á otro: « ¿No podríamos alojarnos aquí? » de lo que suplicaron con ruegos á la mujer de dicha casa, quien les respondió que no lo querria de ningun modo. Y como la hubieron suplicado humildemente que los sufriese por esta noche no mas hasta el alba del dia, ella consintió á su pedimento, cuando finalmente sobrevino su marido, y encontró á los frailes debajo del soportal, y dijo á su mujer : « ¿Por qué has abrigado debajo de nuestro soportal á esta raza de licenciosos? » Y aquella respondió que de veras ella no los habia alojado en casa, pero les habia concedido simplemente de dormir debajo del soportal, á donde por lo mas podrian robar alguna leña; pero de ninguna manera quiso el marido que se les diese abrigo alguno á pesar del frio recio y vivo, porque los consideraba como ladrones y de mala vida. De esto sucedió que en la noche despues de haber reposado con un sueño ligero hasta los maitines, calentados únicamente por el calor divino y cubiertos del manteo de *señora pobreza*, fuéronse á la iglesia mas cercana á oir el oficio matutino. Pero, esta misma mujer se fué tambien á la iglesia, á donde viendo á los buenos frailes devotamente en

oracion, se dijo: « Si estos hombres fuesen malos y ladrones, como alegaba mi marido, no estarian aquí devotamente en oracion. » Mientras que estaba en tales pensamientos, entró un hombre llamado Guido, bienhechor acostumbrado de los pobres de dicha iglesia, y como quiso dar algun dinero á los frailes, segun lo que hacia con los otros, protestaron aquellos que no recibian jamás dinero. Entonces Guido les dijo: « Puesto que sois pobres ¿por qué no quereis dinero como los demás pobres? A lo que respondió fray Bernardo: « Es verdad que somos pobres, pero muy léjos que la pobreza sea para nosotros incómoda é humillante como para los demás, por cuanto gracias á Dios, cuyo consejo hemos cumplido, llegamos á ser pobres por nuestra eleccion y propia voluntad. » A estas palabras Guido, mirando á los frailes y preguntando si en otros tiempos hubiesen poseido bienes y substancias de este mundo, oyó de su boca como en verdad habian poseido riquezas, y ¡que despues las habian distribuido á los pobres por el amor de Dios. El que contestó de esta suerte, fué fray Bernardo, segundo hijo del Bienaventurado Francisco, verdaderamente considerado hoy por nosotros como un santísimo Padre de nuestra religion, porque primero abrazó la mision de paz y penitencia, y en seguida, se juntó con el santo de Dios despues de haber

vendido y entregado en manos de los pobres todo su haber, perseverando hasta la fin en santa pureza, conforme á las ordenanzas de la Evangélica perfeccion. Habiendo notado la susodicha mujer como los frailes reusaron las pecunias, les dijo que de muy buena gana los recibiria en su casa, si tal era el buen placer de ellos. A lo que contestaron humildemente. « El Señor te devolverá tu alquiler segun tu buena voluntad. » Y lo mismo el marido de esta mujer : « Hé aquí, les dijo, el alojamiento que os ha preparado el Señor, demoraos en él tanto tiempo como os agrade. » Ellos rindieron gracias á Dios y se pararon allí algunos dias, edificando á estas buenas gentes y disponiéndolos por ejemplos y palabras, á una santa vida, de manera que de aquí en adelante abundantes limosnas fueron repartidas por ellos á los pobres. A pesar del honor y reverencia que á todos rendian, los servidores de Dios estaban reputados como nada, rechazados por los grandes y pequeños y vilipendiados de tan ultrajosa manera, que á veces se les despojaba de sus vestidos por mas malos y miserables que fuesen. Y, quedándose desnudos porque segun la forma del Santo Evangelio no llevaban sino una sola túnica, no requerian que les fuesen restituidas las cosas robadas y las recuperabas con buena gracia si por acaso algunos, conmovidos á piedad, se les quisiesen

devolver. Uno les arrojaba lodo é inmundicias; otro les ponia en las manos dados y diferentes pasatiempos y los convidaban á divertirse; otros les tiraban los capuchos de encima de las espaldas y se los ajustaban á guisa de ahorcados. De tales y semejantes villanías usaban para con ellos, en cuanto que los consideraban como tan poca cosa que no hesitaban en molestarles y contristarles segun su antojo. Lo que los frailes firme y amablemente sufrian, así como se les habia enseñado el Bienaventurado Francisco, y en nada se abatian; pero, como nobles soldados de la muy perfecta ley Evangélica se regocijaban de semejantes tentaciones y tribulaciones, y las reputaban como delicias, rogando con fervor, segun la palabra del Evangelio, en provecho y bendicion de los perseguidores.

CAPITULO XI

De la entrada de cuatro Frailes en la Orden.

Era manifiesto á todos los hombres que los frailes se regocijaban entre las tribulaciones y permanecian firmes y perseverantes en la oracion, llenos de una mútua caridad. Y, por tanto, muchos venian hácia ellos con rubor y arrepentimiento, implorando merced y olvido de sus maliciosos procederes. Y perdonaban cordialmente los frailes : « Que Dios os perdo-

ne, » decian ellos; y las amonestaban con provecho en órden á la salvacion. Como les suplicaban algunos les admitiesen en su compañía, recibieron un corto número, puesto que aquellos seis tenian autoridad del Bienaventurado Francisco para recibir en la Orden; y, á su tiempo, se fueron con los recien llegados á Santa Maria de Porciúncula. Entonces, cuando se vieron congregados uno con otro, se conmovieron de alegria y complacencia no comun, á tal punto que se olvidaban de los ultrajes de los hombres malos é inícuos. Estaban aplicándose el dia entero á la oracion y al trabajo manual, para evitar todos los pasatiempos ociosos, enemigos tan grandes del alma. Levantábanse hácia la media noche y rezaban con abundantes lágrimas y suspiros. Ayudábanse entre sí con mútuo servicio y vasallage y se amaban con cordial afecto, que alimentaban como la madre alimenta á su único y caro hijo de leche, inflamados de tan hermosas llamas de caridad que consideraban como la nada el entregar su cuerpo á la muerte por el amor del Señor Jesus y aun por la salvacion del alma y del cuerpo de los hermanos. A consecuencia de esto, como un dia dos frailes caminasen juntos, encontraron á un loco, que se puso á echarles piedras; lo que viendo uno de los dos, se portó al instante al encuentro de los golpes y contusiones, prefi-

riendo estar golpeado y herido en lugar de su hermano, á causa de la grande caridad y unidad que reinaba entre ellos.

Por donde aparecia la inclinacion de su recíproco amor á darse mutuamente la vida. Por cuanto estaban tan profundamente arraigados y fondados en humildad y caridad, uno tenia para con otro una profunda reverencia como á su padre y señor, de tal manera que los de mayor dignidad á razon de oficio ó prelalacion se mantenian mas pequeños y abajados que todos los demás. Eran mas prontos y dispuestos á doblegarse de todas maneras al querer de quien mandaba, sin distincion ninguna al mandamiento justo ó injusto, porque se les era cosa suave y amable el cumplir todo trabajo mandado, en cuanto conforme á la voluntad de Dios. Se abstenian tambien de deseos carnales, juzgándose á sí mismos y guardándose de toda ofensa y deslealdad. Si, por acaso sucediese que uno de los frailes profiriese una palabra de que otro fuese turbado, la conciencia le remordia y atormentaba sin tregua ni descanso hasta que confesase su falta y que tendido humildemente en el suelo, se hiciese poner sobre la boca el pié del Fraile contristado. Cuando se denegaba este pedido, si el ofensor fuese prelado, mandaba al otro pusiese su pié sobre el suyo: pero, si fuese súbdito, el prelado se lo ordenaba. Y, mediante tales

prácticas y costumbres, se esforzaban en apagar todo odio y malicia, y mantener en su compañía el perfecto amor, oponiendo á los vicios las virtudes por el ayuda y gracia preveniente de N. S. J. C. Nada retenian en propio: los libros y lo demás eran comunes, segun la forma Apostólica. Por cuanto la pobreza reinaba verdaderamente en soberana entre ellos, distribuian con largueza y cordialidad todo cuanto hubiesen recibido, á cualquiera que pidiese y en particular á peticion de los débiles y mendicantes, de tal suerte que faltándoles otra providencia, daban alguna parte de sus vestidos, tan viles como fuesen, á las gentes pobres que encontraban por los caminos. Ora daban el capucho, separado de la túnica, ora la manga ú otro pedazo, á fin de que se averiguase esta palabra del evangelio, á saber « *á cualquiera que te pida, dé siempre.* » Vino un dia un pobre á la iglesia de Santa María de Porciúncula, donde moraban los frailes, y pidió la caridad. Cierto manteo habia sido dado ya á un hermano lego, á quien habiendo dicho el Bienaventurado Francisco que lo diese á este pobre, aquel obedeció inmediatamente y de buena gana, y á causa de su respeto y devocion fué vista esta caridad subir de repente al cielo, y el hermano se sintió transportado de nueva y particular alegria. En lo que los ricos del mundo venian á flaquear en sus vias, ellos los

recibian amorosamente y se esforzaban con destreza y benignidad de sacarles del mal y traerles á penitencia. Además no omitian cuidados ni súplicas á fin de que no se les enviase á las tierras y paises de su nacimiento, para huir la conversacion y comodidades de sus parientes y conformarse á esta palabra del profeta : « *He llegado á ser estraño á mis hermanos, y peregrino cerca de los hijos de mi madre.* « Jubilaban de contento en la pobreza, despreciadores de todas riquezas y cosas transitorias y particularmente de la plata, que pisaban como la polvorada de los caminos, no apreciándolas ni mas ni ménos que el estiercol del asno. Cuanto mas estaban separados del mundo, cuanto mas unidos y recogidos en Dios, marchaban en las vias de la Cruz y senderos de la justicia, de estricta penitencia y observanza Evangélica, guardándose de todo escándalo y ruina cualquiera, á fin de preparar á su linage en religion, la via recta y segura.

CAPITULO XII.

Siguen los nombres de los doce Frailes Menores, fundadores de la Orden.

Estos son los nombres (*nota* 6) de los doce primeros Frailes Menores, imitadores cumplidos y vasallos de Cristo, observantes de la perfeccion Evangélica *ad litteram*, hombres escogidos, sobre quienes, como sobre piedras firmísimas, fué sentada la Orden. El primero fué el Bienaventurado Francisco, General de la Orden de los Frailes Menores y primer ministro

dos años despues de su conversion. A él se agregó fray Bernardo de Quintavalle; despues, el tercero, fray Pedro; el cuarto, fray Gil ó Egidio; el quinto fray Sabatino; el sexto, fray Morico; el séptimo, fray Juan de Capello; el octavo, fray Felipe el Largo, primer visitador de las *Mugeres pobres*; el noveno, fray Juan de San Constancio; el décimo, fray Barberio; el undécimo, fray Bernardo de Vida; y. finalmente, fray Agnole ó Angel de Tancredo.

CAPITULO XIII.

Como el B. Francisco se fué con sus once compañeros á la corte del Señor Papa.

El Bienaventurado Francisco, viendo que Dios daba incremento á sus frailes, por número y mérito, puesto que estaban ya doce varones muy perfectos, dijo á estos once, el duodécimo, su padre y capitan. « Ved, hermanos, como Dios aumenta nuestra Congregacion, con grande misericordia. Pasando, pues, á nuestra Santa Madre Iglesia Romana, hagamos saber al

Pontífice lo que Dios ha observado para con nosotros pobrecillos, á fin de que podamos conducir á término Su voluntad y mandamiento como hemos empezado. » Y. estando este propósito agradable á los demás frailes, se fueron con él á la Córte del Papa. Mas, el Bienaventurado Francisco les dijo: « Hagamos á uno de entre vosotros gefe y capitan, y tengámosle como á vicario de Jesu-Cristo; que á donde él deliberare de bajar y posar, tengamos que obedecerle, y que á donde él pensare comer, comamos nosotros en su compañía. » Eligieron á fray Bernardo, el primero despues del Bienaventurado Francisco, y se colocaron como habia dicho el Padre. Entonces, caminaron alegres, no profiriendo sino palabras de Dios: no platicaban sino de su alabanza y gloria, y se dedicaban con frecuencia á la oracion. Y el Señor, en su gracia y bondad, preparaba la posada y cubierto, y proveia á que fuesen listas las cosas oportunas á las necesidades de sus servidores. Cuando hubieron llegado á la ciudad de Roma, encontraron al Obispo de Asis, quien les recogió en grande alegria, porque honraba y amaba á Francisco y á sus frailes con muy particular afecto. Como no adivinaba el Obispo el motivo de su llegada, se conmovió y afligió desde luego, creyendo que hubiesen resuelto dejar su patria, en que el Señor, por medio de ellos, habia obrado tantas maravillas.

Pero, luego como hubo oido la causa é intencion de su viage, se regocijó, y entonces les respondió: « Quiero yo emplearme á vuestro designio, en cuanto me fuere posible. » Pues, este mismo Obispo era amigo y familiar de cierto Cardenal, Obispo de Sabina, llamado Señor D. Juan de San Pablo, lleno en verdad de gracia Divina, del todo amistoso y cordial á los servidores de Dios (1). Conociendo ya por el susodicho Obispo los *hechos* y *gestos* del Bienaventurado Francisco, sintió un grande deseo de encontrarse con él, y luego como lo supo en Roma, lo mandó buscar él y los suyos, y los trató con singular reverencia. Durante los dias que demoraron á su lado, edificáronle y rconfortáronle por santas palabras y santos ejemplos, de tal modo que todo cuanto hubiese oido acerca de ellos estando verificado á sus ojos, se encomendó humilde y devotamente á su intercesion, y requirió en gracia y favor no comun el ser tenido y reputado como uno de los frailes de su compañía. Y finalmente, cuando hubo interrogado al Bienaventurado Francisco tocante á su llegada, y que este hubo deducido su propósito é intencion, se ofreció espontáncamente á ser su abogado y procurador en Córte de Roma,

(1) Nótese bien aquí, y una vez para todos, que en francés, se dice *servidor* de Dios, y no, como en español, *siervo* ó *esclavo* de Dios. (*N.* del *T.*)

Así pues, el susodicho Cardenal se vino hácia el Papa Inocencio tercero, y le dijo : « Hé encontrado á un varon muy perfecto, que se propone de vivir segun la forma y ejemplar del Santo Evangelio y observar sus perfecciones. Por tanto, estoy del parecer que Dios quiere enderezar y reanimar en el mundo á los fieles de la Santa Iglesia. » El Papa, á este discurso, se maravilló grandemente y mandó al Cardenal que tuviese que llevarle al Bienaventurado Francisco, de tal suerte, que el dia siguiente, el varon de Dios pareció ánte el Pontífice y le descubrió sus pensamientos y empresas. Entonces, el Santo Padre, provisto y adornado como estaba de varonil cordura y discrecion, asintió á los votos y deseos del Santo, y liberal para con él y sus frailes en muchas cosas, les bendijo : « Andad con Dios, hermanos, les dijo, y conforme á lo que Dios se digne inspiraros, predicad á todos la penitencia. Y cuando Dios Todopoderoso os haga crecer en número y gracia, os referireis de ello á nos, y entonces os otorgaremós nuevas comisiones. » El Señor Papa, deseoso de saber si las cosas ya otorgadas ó que pudiesen otorgarse en seguida, concordaban con el querer Divino, ántes que se despidiese el Santo, le dijo y tambien á sus compañeros : « Hijos nuestros, nos parece vuestra vida muy dura y áspera, y creemos tan bien en el ardor y verdad de vuestro fervor

que nos es imposible dudar de ello. A pesar de esto, nos es menester considerar respecto de los que viniesen despues de vos, que este camino no les parezca demasiado escabroso y espinoso mas allá del comun alcance. » Empero, al observar su constancia en la fé, y el ancora de la esperanza muy firmemente plantada en Cristo, de manera que no entendiesen ni poco ni mucho relajarse de su fervor, dijo al Bienaventurado Francisco : « Hijo mio, vé y ruega al Señor, á fin de que te manifieste que lo que tú quieres procede de su voluntad y agrado, y que á todas sabiendas consintamos á tus deseos. »

Entonces el Santo, rogando como el Señor Papa se lo habia mandado, Dios le habló en espíritu por manera de similitud : « Habia en un lugar desierto una niña muy hermosa y pobre, cuya belleza arrebató á un grande Rey y se le hizo desear de tomarla por su mujer, porque pensaba que ella le daria un hermoso y generoso linage. Contratado que fué el matrimonio nacieron numerosos hijos, á quienes la madre habló en esta suerte : « Hijos mios, no tengan Vds. venganza ninguna, sois hijos de un Rey : mas andad á su Córte, donde os proveerá de todas las cosas necesarias. « Se fueron hácia el Rey, y este viéndoles hermosos y amables, con su cara y semejanza en sus personas, empezó á decirles : « ¿De quien sois hijos? A que

respondieron « que eran hijos de una pobre mujer, habitando un lugar desierto. » Inmediatamente el Rey les besó con grande ternura, diciendo: « No tengan Vds. temor ninguno, porque sois mis hijos. Pues, si de mi mesa toman abundante alimento, con alegria, estraños que no son mis parientes, cuanto mas vosotros mis legítimos hijos. » Y ordenó el Rey á esta pobre mujer que mandase á la Córte á los hijos que habia concebido, á fin de que los hiciese educar. Todas estas cosas habiendo sido demostradas al Bienaventurado Francisco durante la oracion, comprendió el Santo varon que bajo la figura de esta mujer, él mismo estaba designado. Se presentó, en seguida, al Pontífice de Dios, dedujo por órden el ejemplo á él mostrado, y dijo: « ¡O Señor! yo soy esta pobre mujer, á quien Dios amando en misericordia, hizo hermosa y amable, cuyos hijos legítimos han conseguido su complacencia y dileccion. Y el Rey me notificó que dará alimento á estos hijos que he engendrado, cuanto mas que si él alimenta á los estraños, bien debe sustentar á los de buen linaje. En efecto, si Dios departe bienes temporales á los pecadores, por el amor que tienen á criar su propia prole, cuanto mas hará para con los hombres de los Santos Evangelios, á quienes se debe dignamente otorgar tales bienes. » Oido este propósito, el Señor Papa se maravilló grande-

mente, con cuanta mas razon que ántes de la venida del Bienaventurado Francisco habia visto en vision la iglesia de San Juan de Letran amenazando ruinas y aun varon religioso de miserable apariencia, apuntalándola y portándola á cuestas. Aturdido á esta vista, espantado aun, pensaba en sí mismo, como hombre sabio y discreto, á donde pudiese tender la significacion de una vision semejante. Algunos dias despues, cuando el Bienaventurado Francisco hubo llegado á su presencia y descubierto su designio con ruego de confirmar la regla que habia escrito con las palabras sencillas y claras del Santo Evangelio, el Señor Papa empezó á comparar su vision con el ejemplo demostrado al varon de Dios y con su fervor sin igual, y se puso á raciocinar en sí mismo : « Verdaderamente es este el varon religioso que apuntalaba é impedia caer la Iglesia de Dios. Por esto es que lo besó y aprobó la regla que habia escrito, con mandamiento espreso á los frailes que, relativamente á la predicacion, tuviesen que conseguir la licencia del Bienaventurado Francisco, y lo aprobaron de nuevo en consistorio. En seguida, dió gracias á Dios y prometió, de rodillas, al Señor Papa obediencia y reverencia con una devota humildad, y lo mismo los otros frailes conforme al mandamiento del Señor Papa, prometieron á su vez obediencia y reverencia al Bienaventurado Francisco. En fin, re-

cibida la bendicion del Padre de los Apóstoles, y cortados los cabellos del Bienaventurado Francisco y de los otros once frailes, á la manera de los religiosos : partió el varon de Dios acompañado de los suyos, para esparcirse en el mundo, enteramente maravillado que su mas caro deseo hubiese llegado á un fin tan dulce, y creciendo cada dia en esperanza y confianza al Salvador, que lo habia prevenido por santa revelacion de todo lo que debia suceder. Y, en realidad, ántes que obtuviese tantos favores, una cierta noche, cuando empezaba á dormirse, le pareció andar por un camino á la orilla de que estaba un árbol de mirífico empuje, hermoso y vigoroso. Y, habiéndose acercado y parado debajo de este árbol, levantando arriba los ojos, al instante el Santo creció tanto y se elevó á tal altura que tocaba su cima y con mucha facilidad lo encorvaba hasta el suelo. Y, de veras, sucedió así, por cuanto el Señor Papa, árbol mas alto, mas fuerte y hermoso, se doblegó con benignidad á su peticion y querer.

CAPITULO XIV

De la eficacia y primeros lugares de su predicacion.

El Bienaventurado Francisco, lleno de firme confianza y de una fé sin par, anduvo por las ciudades y castillos á predicar el reino de Dios con mas entera libertad y perfeccion, no al modo de la humana sabiduría, pero en doctrina y virtud del Espíritu Santo. Verídico predicador, no usando jamás de palabras melosas, y desechando toda galanura y artificio,

porque lo que predicaba á otro, con palabras, lo habia ántes demostrado en sí mismo por la eficacia de las buenas obras, de manera que la verdad tenia por su boca una plena y sincera salida. Cada uno se admiraba de su decir tan verdadero y poderoso, por cuanto nadie le hubiese enseñado nunca, y los maestros en letras y ciencias creian verle y oirle como á un hombre vuelto de otro siglo. Entonces, varios de la multitud, nobles y villanos, clérigos y láicos, encantados por una inspiracion divina con ocasion de tan hermoso aliciente de doctrina, renunciaban á las conversaciones y pompas del mundo para someterse al yugo de la nueva disciplina. Entre tanto, se quedaba todavia Francisco con sus compañeros en un lugar muy cercano de Asis, llamado Rivotorto (*nota* F., c. IX), en una miserable choza, semejante á las cavernas de las montañas; y el espacio era tan estrecho que con mucho trabajo alcanzaban á sentarse, no teniendo además con frecuencia casi pan ninguno, comiendo entonces ciertas raices, mendicadas acá y acullá con mucho trabajo. El varon de Dios escribia, por su órden, los nombres de los frailes sobre las bigas de esta choza, á fin de que el que quisiese reposar ó rezar conociese su propio lugar en tan mezquino retrete y no tuviese que interrumpir el silencio nocturno. Un dia, pues, que estaban reunidos

los frailes, sobrevino un villano con su asno y se quiso abrigar él y su jumento en este mismo lugar; y, temiendo no ser recibido, entró repentinamente : ¡Sus! dijo al asno, empujándolo, alcanzaremos bien á estar todos aquí. » Pero, llegando el Bienaventurado Francisco, aunque conociese la mala intencion del villano, se conmovió de lástima para con él, á pesar del rumor que habia producido y de la perturbacion llevada entre los frailes, les dijo : « Es nuestro oficio el de saber, hermanos, que no nos ha instituido Dios para proveer alojamiento al asno, ni tener tampoco frecuentes conversaciones con los hombres, pero mas bien para predicar las vias de la salvacion y dispensar sabios consejos; y debemos de todos modos persistir en la oracion y operaciones de la gracia. » Dejaron, pues, esta choza, que pasó mas tarde al uso de los leprosos, y se fueron á Santa María de Porciúncula, á donde habia una casita, su morada ántes que consiguiesen Santa María. Y fué mas tarde que el Bienaventurado Francisco, mediante la gracia de Dios, recibió humildemente del Abad del monte Subaso dicha abadia, que con toda instancia y aficion encomendó al Ministro General y á los frailes como siendo mas que todos los otros lugares é iglesias del mundo, en singular dilección á la gloriosa Madre de Dios. Estaba tanto mas confirmado en esta creencia

por la vision de cierto fraile, mientras que vivia aun en el siglo, á quien Francisco amó con amor especial y lo admitió á su conversacion y doméstica familiaridad. Pues, este fraile, deseoso de servir á Dios en religion, oyó en esta vision á los hombres del mundo, reunidos en Nuestra Señora de Porciúncula, arrodillados en el suelo, las manos juntas y la cara dirigida hácia el cielo, llorar y rogar á alta voz al Señor de Misericordia á que se dignase iluminarles. Y, entonces, le pareció que una clara luz, bajada del cielo, vino á resplandecer maravillosamente sobre las caras de los que rezaban. Sacado bien pronto de su sueño, se dedicó al servicio de Dios, lejos de las vanidades y entró en religion, donde vivió en santa abyeccion y devocion.

CAPITULO XV

Del amor singular que tenia á la iglesia de Santa María de Porciúncula, y de las *Constituciones* que compuso.

Durante los dias de su carne mortal, el Bienaventurado Francisco aficionó de preferencia á los demás lugares de la Orden, el refugio de Santa María á los Angeles, lo que manifestó por su celo á adornarlo con todas suertes de devociones y perfecciones. En efecto, como este era la cuna y cabeza de toda la religion, entendia y queria que las costumbres y ejem-

plares de muy simple pobreza y excelencia evangélica que allí se practicaban, fuesen como tantos moldes y diseños á las demás cosas, y los frailes que en ello moraban, mas discretos y celosos á las cosas en que se encuentra la flor de la observancia. Y, siendo la ociosidad la raiz de todo mal, especialmente para los religiosos, mandó que se debiesen ejercer cada dia á trabajo cualquiera, á fin de no perder por palabras ociosas y vanas, el provecho adquirido en la oracion. Asi mismo ordenó por mandamiento expreso que si un fraile descansando ó trabajando soltase la lengua en palabras impertinentes y fútiles, fuese obligado en conciencia á confesar su falta y recitar un *Pater* por su alma, y que debiese además, despues de reprehendido por uno de los frailes, añadir otro *Pater* por el alma de este fraile.

CAPITULO XVI

Como amonestó á los Frailes que no abandonasen jamás el susodicho lugar.

Aunque el Bienaventurado Francisco conociese que en todos los lugares de la tierra no falta jamás á nadie, y mucho menos á los escogidos de Dios, la divina gracia : no obstante, habia probado por experiencia que abundaba en favores espirituales Santa María de Porciúncula, estando santamente visitada por las apariciones de celestiales espíritus. Por tanto,

decia á menudo á sus frailes : Guardaos hijos mios, de abandonar jamás este lugar. Si, por acaso, os echan afuera por una puerta, volved inmediatamente por otra, porque él es verdaderamente santo y la morada de Dios. La prueba de ello es que, siendo tan pequeños nos hizo crecer y multiplicar, iluminando por los relámpagos de su sabiduría las almas de sus pobres, é inflamando nuestras voluntades con el fuego de su divino amor.

Por el Señor muy bueno, todo ruego devoto será escuchado y toda prevaricacion recibirá su castigo. Tengan, pues, hermanos mios, este lugar en reverencia y honor, y confiésense á Dios con todo corazon en voz alta, con arrepentimiento y alegria.

CAPITULO XVII

Como quiso que sus frailes fuesen llamados Menores.

Una vez el Bienaventurado Francisco dijo á sus frailes : « Vayan, hermanos mios, á la limosna, porque en esta última hora los Frailes Menores han sido dados al mundo, y que es este pueblo bendito el que ha designado el Hijo de Dios en el Evangelio, por estas palabras : *Lo que hareis á los mínimos (ó menores) de entre los hermanos, lo habreis hecho á mí mismo.* » En efecto, aunque el Señor Dios entendiese por

esto todos pobres en espíritu, no obstante anunció en manera especial la religion de los Frailes Menores, que debia nacer en la iglesia. Y, por consiguiente, el Santo quiso que fuese llamada la Confradería de los Frailes Menores, y como tal la inscribió en su regla.

CAPITULO XVIII

Como exhortó y enseñó á los Frailes á pedir la caridad

El Bienaventurado Francisco, habiendo reunido algunos frailes, advirtió que tenian vergüenza en pedir la caridad y por compasion á su debilidad, iba frecuentemente solo á mendicar. Mas, por cuanto tal empeño de que otros no participaban, lo cargaba mas allá de sus fuerzas, y que no obstante eran mendicantes, debiendo considerarse por tales, tanta como

fuese de ello la vergüenza que sintiesen, les habló en esta manera : « Muy amados hermanos é hijos, no tengan Vds. vergüenza ninguna en pedir limosna. Pues, Dios Nuestro Señor se hizo pobre por nosotros en el mundo, y segun su ejemplo, hemos elegido nosotros el camino de la verdadera pobreza, que muy cordialmente acogimos como una herencia dejada á nosotros y á cualquiera que con firme propósito le quisiese imitar. Yo os lo digo en verdad que los mas nobles y sabios del siglo se juntarán á nuestra regla y tendrán á honor y gracia pedir limosna. Y, partiendo con la bendicion de Dios, pedid la caridad, y tanto mas libremente que si debieseis recibir la renta de cien dineros, puesto que por el amor de Dios recogeis la limosna corporal diciendo : Por el amor de Dios, no denegais la limosna, en cuya comparacion nada debe ser contado en el cielo y en la tierra. »

CAPITULO XIX

Como vino con fervor al encuentro de un Fraile que traia las limosnas, alabando á Dios.

Otra vez, el Bienaventurado Francisco, estando en Santa María de Porciúncula, un fraile muy espiritual volvia del pais de Asis con la limosna, cantando en voz alta y alegre la alabanza de Dios. Lo que habiendo oido el Bienaventurado, salió lleno de fervor á su encuentro, le besó la espalda, de donde pendia la alforja, la tomó y la llevó entre los frailes. « Que sea bendecido mi hermano, exclamó, el que va y pide la caridad, y vuelve alegre con la limosna. »

CAPITULO XX

Del capítulo reunido dos veces al año en Nuestra Señora de Porciúncula.

El lugar de Santa María habiendo sido otorgado por el Abad nombrado mas arriba, el servidor de Dios ordenó que dos veces al año se reuniese un capítulo, á saber: en las solemnidades de la Pentecostes y el dia de S. Miguel. Los frailes reunidos deliberaban de la mejor observancia de la regla; repartian por las provincias los predicadores del pobre pueblo y

mandaban á cada uno á donde hubiese necesidad. El servidor de Dios dirigia admonestaciones, exhortaciones y mandatos como le parecia segun el espíritu de Dios, con grande celo y aficion, demostrando su decir por sus obras y ejemplos. Aunque honrase á los prelados y sacerdotes de la Santa Iglesia, y tambien á los personages nobles y ricos, no obstante se dirigia su amor hácia los pobres, á quienes se entregaba todo entero con una tierna compasion. A pesar de que fuese el primero entre los frailes, establecia á otro fraile su guardian y gefe, le rendia humilde y devota obediencia, para acortar así de una vez toda ocasion de soberbia. Humillaba su propio cuerpo hasta la tierra entre los hombres, en la esperanza de merecer á los ojos de Dios ser exaltado un dia en la asamblea de los santos y escogidos. Amonestaba á los frailes que observasen estrictamente la regla del Santo Evangelio, que habian prometido, y que tuviesen particular devocion y reverencia á los Oficios divinos y preceptos eclesiásticos, que asistiesen á las Misas y adorasen con fervor el Cuerpo del Señor Jesus. Por tanto, queria que tuviesen en singular honor á los sacerdotes, encargados de las cosas sagradas y de los santísimos sacramentos; y, por consiguiente, en cualquier lugar en que les sucediese encontrarlos, tuviesen que inclinarse ante ellos y besarles no solo la mano.

pero aun los piés de su cabalgadura, por reverencia á su potestad. Les avisaba que se guardasen de todo juicio y no despreciasen la vida espléndida y delicada de los ricos, ni tampoco sus suntuosas vestiduras, porque Dios es el amo de ellos y de nosotros, pudiéndolos traer hácia sí y justificarlos. Mandó, además, que se les respetasen como á hermanos y señores, siendo hermanos creados por el mismo Creador, y tambien, señores que suministran á los buenos lo necesario para hacer penitencia. Y, diciendo estas cosas, agregaba que tal debia ser el modo de portarse de los frailes entre las gentes del siglo, á fin de que cualquiera que los oyese ó viese, tuviese ocasion de glorificar devotamente al Padre celestial, por cuanto no tenia otro deseo ni pensamiento, sino que Dios estuviese alabado por sus obras y las obras de los frailes : « Como anunciais, decia, la paz con la boca, igualmente debeis tenerla en el corazon. Que ninguno esté provocado por vos, á cólera ó escándalo, pero mas bien llamado de nuevo á la paz, buena voluntad y concordia, tomando en ejemplo vuestra humildad y mansedumbre, porque apaciguar los ánimos contrarios y sentidos, y volver á conducir á los estraviados hácia los senderos rectos, debe ser nuestro blanco, de tal manera que los que consideramos como á miembros del diablo, lleguen á ser un dia miembros de Cristo.»

El manso Padre reprehendia, además, á los frailes que sabia demasiado duros y ásperos á su propio cuerpo por maceraciones, ayunos, vigilias y disciplinas, habiendo algunos de entre ellos que usaban de todos estos medios y atormentaban su carne, teniéndola en odio y maldicion, lo que les prohibia por benignas y razonables admoniciones, y vendaba sus heridas bajo el encanto de saludables mandatos.

Entre los frailes que asistian al Capítulo, ninguno se atrevia á discurrir de los hechos del siglo; pero platicaban de las vidas de los padres antiguos y de los medios de ganar de mas en mas la gracia del Señor Dios; y si alguien estuviese sufriendo de tribulaciones ó tentaciones, las sentia desvanecerse á las palabras del Bienaventurado Francisco, que hablaba en tan hermosa dulzura y compuncion, como padre misericordioso y médico de los enfermos, y no como juez, sufriendo con los lacerados, gimiendo y afligido con los que lloraban y gemian. Acabado el Capítulo, bendecia á los frailes y les mandaba á sus provincias con licencia de predicar á los de entre ellos clérigos ó láicos, aptos á tal oficio, por espíritu de Dios y facundia suficiente.

Entónces, separábanse en grande alegria y esparcíanse por el mundo como peregrinos y estrangeros, sin otro viático que el libro de las Horas. Y, en todas partes donde encontra-

ban á sacerdotes pobres ó ricos, buenos ó malos, inclinábanse humildemente en señal de reverencia, alojándose en sus casas mas bien que en las de los seglares; y, á falta de sacerdotes, buscaban á los mas honestos y espirituales, hasta que Dios inspirase á alguno de sus servidores de prepararles la posada, en las ciudades y castillos que acostumbraban visitar. Y Dios les departia á tiempo oportuno el espíritu y palabras, al efecto de traspasar los corazones de los jóvenes y ancianos, que dejaban á padre, madre y toda posesion para vestir el hábito de los frailes, de tal manera que el espíritu de division fué enteramente enviado sobre la tierra, mientras que los hijos se retiraban en religion (*nota* 7), abandonando sus parientes á las manchas del pecado. Se conducian estos recien llegados al Bienaventurado Francisco para tomar de sus manos el hábito religioso, y no solamente los hombres, pero en las ciudades y castillos, vírgenes y viudas, conmovidas en vivo por las palabras de los frailes, se encerraban como penitentes en los monasterios preparados á este fin. Entonces, se les nombró un fraile visitador y corrector Igualmente, hombres y mujeres, unidos por los lazos del matrimonio, se dedicaban á una severa penitencia en el interior de sus casas. Y, de esta suerte, por las operaciones del Bienaventurado Francisco, perfecto amante de la

Santísima Trinidad, así como lo figuraba la compostura de las tres iglesias, fué renovada y reflorecida la Iglesia de Dios en tres Ordenes cada una confirmada á su tiempo por el Vicario de Cristo en la tierra.

CAPITULO XXI

Como enseñaba á los frailes á tratar su cuerpo.

El muy santo Padre decia á sus frailes: El servidor de Dios, que coma ó beba, duerma ó haga cosa cualquiera, debe usar de discrecion á su cuerpo, á fin de que *el hermano el cuerpo* no pueda lamentarse, diciendo: Yo no puedo mantenerme derecho, ni durar en oracion, ni regocijarme en las tribulaciones, ni obrar bien alguno, por cuanto tú no satisfaces á mi ne-

cesidad. Al contrario, si acaso el servidor de Dios satisface al cuerpo en buena y honesta manera y que no obstante *hermano el cuerpo* se quisiese rebelar y no cuidarse de nada, ansioso del sueño durante la oracion, vigilias y otros santos ejercicios, su fuerza consiste en apretar la rienda al cuerpo, como á un caballo malo, que quisiese comer, sin llevar carga. Pero si, en estado de salud ó enfermedad, *hermano el cuerpo*, á causa de miseria ó pobreza, no puede tener su necesario y que habiéndolo pedido discretamente á su prelado por amor de Dios, sin haberlo conseguido, que paciente humildemente por el amor de Dios, porque esperar con paciencia lo que lo ha de consolar y no tenerlo, le será imputado á guisa de martirio. Habiendo, pues, cumplido su deber por humilde peticion, será del todo excusado de pecado, aunque en seguida llegase á enfermarse con mas gravedad.

CAPITULO XXII

Tocante la delectacion y el abandono de la pecunia.

El verdadero amigo é imitador de Jesucristo, despreciaba sobre todo el dinero; indujo siempre á sus frailes por ejemplos y palabras á huirse de él no menos que del diablo, siendo su parecer que tuviesen que apreciarlo como á estiercol, oponiéndole un peso igual de amor celeste. A propósito de que sucedió un dia que un secular, entrando para rezar en la iglesia

de Santa Maria de Porciúncula, puso una ofrenda de plata cerca de la cruz. Y este habiendo salido, un fraile tocó esta pecunia con la mano y la arrojó en una ventana. Lo que habiendo sido referido al Bienaventurado Francisco, este fraile amarrido del todo pidió inmediatamente á gritos merced á piedad, y puesto de rodillas, se ofreció á recibir azotes. Francisco lo reprehendió con dureza y le ordenó que tomase con la boca esta pecunia en la ventana, é igualmente con su boca la pusiese sobre el cagajon de un asno. El fraile habiendo obedecido con graciosidad á este mandato, todos los que lo vieron é oyeron se espantaron en extremo y aborrecieron mas la pecunia, con tal desprecio comparado al cagajon del asno.

CAPITULO XXIII

De la observancia de la pobreza.

El Bienaventurado Padre mostraba á los frailes como debian buscar en los libros la palabra y testimonio de Dios, y no su valor y rareza, la edificacion y no una vana belleza. Por tanto queria que tuviesen pocos y todavía de comun uso á la necesidad de los frailes. Las camas bajas y tocando al suelo, relucian de tan bella y rica pobreza, que un poco de

paja, cubierta de andrajos medio consumidoc, se consideraba como un lecho. Les instruia á fabricar mezquinas habitaciones y casitas de madera, y no de piedra, sin ornamento ninguno. No solamente despreciaba y repelia la estructura soberbia de las casas; aun las cosas brillantes y pulidas y demasiado agradables al tacto le causaban disgusto, no apreciando en las mesas y otros utensilios, nada que pareciese mundano y no espresase la mas perfecta pobreza, el destierro y peregrinacion de esta vida, debida y claramente significados.

CAPITULO XXIV

Como quiso que los Frailes se ejercitasen al trabajo manual.

« Los libros, que se emplean en un trabajo cualquiera con humildad y simplicidad, decia el Bienaventurado Francisco, son indudablemente arrojados de la boca de Dios. Y, por tanto, si un fraile ocioso viniese á parecer ánte él, lo reprehendia y reconvenia con todo rigor. El Bienaventurado, ejemplar en toda perfeccion, trabajaba de sus manos y aprove

chaba el excelente don del tiempo. « Quiero, decia él, que mis frailes trabajen y se dediquen humildemente á las buenas operaciones, á fin de que no lleguen á hacerse pesados á los hombres, ni expuestos á su mal querer, y que ni el corazon, ni la lengua rumien entre sí alguna maldad. Y, si es cierto que algunos no sepan trabajar, que aprendan. La ganancia y recompensa no se deben confiar al arbitrio del trabajador, pero, sí, del guardian ó de la familia.

CAPITULO XXV

Como anunció que la ciencia seria una ocasion de ruina,

El Bienaventurado Francisco se lamentaba si, con detrimento de la virtud, se buscaba con afán la ciencia, causa entonces de hinchazon y soberbia, por donde cada uno estaba en peligro de tropezar en su primera vocacion; acostumbraba decir: « En verdad, hermanos mios, quien desea ansioso los honores de la ciencia, al dia de la tribulacion se encontrará las ma-

nos vacias. Y, por tanto, os querria expertos en la virtud, para que, al momento de los dolores, Dios fuese con vosotros en las angustias. En efecto, sobrevendrá ciertamente la tribulacion, en la que los libros, de ningun valor entonces, serán arrojados por las ventanas y relegados en los lugares obscuros. Lo que alegaba, no porque le desagradase que se leyesen las Escrituras; pero, deseaba que sus frailes fuesen mas versados en la ciencia práctica del divino amor que en las sutilidades de la ciencia de la escuela, presintiendo avecinarse los tiempos en que la ciencia, sin la virtud, llegaria á ser una ocasion de ruina. En confirmacion de que, se apareció despues de su muerte á uno de sus compañeros, aficionado con demasía al estudio de sus predicaciones, reconviniéndole y ordenándole que se estudiase á marchar por la via de la simplicidad y humildad.

CAPITULO XXVI

En que consiste la perfecta obediencia.

Decia el Padre Santo á sus fieles : « A la primera palabra hagan Vds. el mandato y no esperen una segunda, quedándose bien avisados que os parecerán imposibles muchas cosas si pasais y juzgais lo que se os manda, y aunque lo que se os mande fuese superior á lo que podeis, os vendrá en ayuda la santa obediencia.

CAPITULO XXVI

Como comparaba el perfecto obediente, á un cuerpo muerto.

Estando un dia sentado entre sus compañeros, el Bienaventurado Francisco suspiró y dijo en este suspiro : « Hay apénas en el mundo entero un solo religioso debidamente obediente á su prelado. » Y luego, luego, dijeron los frailes : « Padre, háganos conocer la perfecta y soberana obediencia. » Y él, contestando, figuró al verdadero y perfecto obediente bajo la semejanza de un cuerpo muerto.

« Tómese un cuerpo sin alma y póngalo á donde quieres, no lo verás contradecir al movimiento, ni murmurar del lugar en que se lo pone, ni reclamar en manera alguna. Si está colocado en lugar alto, mirará hácia la tierra, y no por arriba; si está vestido de púrpura, se empalecerá doblemente. Pues, tal y semejante es el verdadero obediente. Cuando lo mueven de un lugar, no tiene cuidado del punto en que lo alojan; en nada murmura, ni insiste si lo cambian. Pronto á los oficios de cada dia, se mantiene en humildad, y tanto mas lo honran, cuanto mas se reputa indigno.» (1)

Otra vez, llamaba permision ó justicia, lo que estaba otorgado despues de la peticion, y propiamente obediencia, las cosas mandadas y no solicitadas; estimando que la flor de obediencia se desplegaba á donde ni la carne, ni la sangre tuviesen parte alguna, mediante la que, y con el favor de la divina inspiracion uno va entre los infieles para ganar á los prójimos ó aspirar al martirio. Pensaba que solicitar eso era muy agradable al Señor.

(1) En ocasion semejante, y siempre en los límites de lo que manda la ley de Dios habia usado ya San Benito de la comparacion del CUERPO MUERTO, ó *cadáver*, empleada aquí por Nuestro Seráfico Padre; ¿A qué vienen á parar entonces las tan ponderadas declamaciones del *Perinde ac cadaver*, de LA REGLA de San Ignacio?... Aun tratàndose *de Jesuitas*, no confundan, pues, el *uso* con el *abúso*, si lo hay. (*N.* del T.)

CAPITULO XXVIII

Como se rehusaba á alojarse en una celda honrosa, y no queria que su celda fuese llamada suya.

En el ermita de Sarziana, un fraile dijo á otro fraile : « ¿De donde vienes, hermano? Este respondió : « Vuelvo de la celda de Francisco. » Entónces Francisco, oyéndole, le dijo : « ¿Porqué llamarla mia? de aquí en adelante será de otro y no mas mia; » añadiendo : « Nuestro Señor estaba al desierto donde quedó rezando y ayunando cuarenta dias y cuarenta noches, no edificó ni celda, ni casa, y permaneció en la roca de la montaña. »

CAPITULO XXIX

De un fraile que no rezaba, ni trabajaba, pero comia bien.

Al principio de la religion, habia entre ellos un fraile que rezaba poco, no trabajaba nada, comia mucho y no se cuidaba en nada de buscar la caridad. El Bienaventurado Francisco, pensando por inspiracion del Espíritu Santo, que este fraile era un hombre carnal, le dijo: Vé por tu camino, fraile mosca, por que tú quieres comer el cansancio de tus hermanos y

quedarte ocioso en la obra de Dios ni mas ni ménos que el avispon parásito, desidioso de por sí y comilon roedor del trabajo de las abejas. » Y este, como hombre carnal, se fué por su via, afuera de la religion.

CAPITULO XXX

De la penitencia que dió á cierto fraile por un mal juicio que hizo tocante á un pobre,

Como el Bienaventurado Francisco hubiese ido á predicar á un lugar, encontró en su camino á un pobre desgraciado, y teniéndole lástima, empezó á platicar con su compañero de la miseria y enfermedad de este pobre. « Bien verdadero es, replicó el compañero, que parece en lastimoso estado. ¿Quien sabe, no obstante, si no es rico y no finge la pobreza? »

Entonces el Bienaventurado Francisco reprehendiéndole con fuerza : « Vé, dijo, saque tus vestidos, échate de rodillas ante ese pobre y confiésele como has pecado contra él por tu murmuracion y detraccion mala. Pues, al pecar contra él, has pecado contra el Señor Jesus. Cada vez como estás viendo á este pobre, considere al Nombre que antepone á su peticion, á saber el de Cristo, quien portó la pobreza en su carne.

CAPITULO XXXI

Como las recreaciones que tomaba á veces se acababan en gozo.

Arrebatado de amor y pasion para con Cristo, el Bienaventurado Francisco, por cuanto una melodia muy suave empujaba su espíritu, encendido como una hornaza, se le escapaban palabras francesas, de tal manera que la vena de sus divinos acentos, blandamente insinuados en sus oidos, exhalábase en cánticos, formados en el lenguaje de Francia. Otras veces,

tomaba y levantaba del suelo una varilla, que tenia en la mano izquierda, y por encima ajustaba otra en manera de arco, mientras que con la derecha fingiese sacar sonidos como de un laud, con gestos y movimientos en cadencia, cantando en francés al Señor Jesucristo. Este canto y danza estaban seguidos de lágrimas de compasion al Salvador, y en tal transporte de gozo, olvidadizo de lo que tuviese en mano, estaba atraido y arrebatado hácia el Cielo.

CAPITULO XXXII

Como reprehendió á un compañero triste y melancólico.

Una vez el Bienaventurado Francisco reprehendió á uno de sus compañeros á la cara triste y afligida, y le dijo : ¿Porqué eres triste? Contristete de tus pecados, cuando estás conversando á solas con Dios y le ruegue que te haga misericordia; despues, vuelve á tu alma el gozo de la salud, de que está privada por tus iniquidades. Delante de mí y de los demás frailes, tenga tú una cara alegre; no conviene pues, al servidor de Dios, mostrar una cara melancólica y ceñuda.

CAPITULO XXXIII

Cómo condescendió á uno de sus frailes, que se moria de hambre, comiendo con él.

Sucedió que, una noche, mientras que los frailes dormian, empezó uno de ellos á gemir lastimosamente, y dijo: « Yo me muero de hambre. » Luego el Bienaventurado levantándose, hizo preparar la mesa, y, como varon de caridad y discrecion, comió con él, á fin de que no tuviese vergüenza en comer solo y por capricho. É igualmente comieron los demás.

En seguida, Francisco dijo : « Hermanos mios, os digo en verdad que cada uno tenga cuenta de sus fuerzas. En efecto, aunque puedan algunos sustentarse con poco alimento, no quiero que quien experimenta mayor necesidad se conforme con pena y esfuerzo á tal observancia; pero, que dé cada uno al cuerpo, segun su condicion y necesidad, á fin de que el cuerpo preste bueno y leal servicio al espíritu. Guardémonos, no obstante, de comer demasiado, para no dañar ni al cuerpo, ni al alma, y, lo mismo, guardémonos de abstinencia exagerada, porque el Señor requiere misericordia y no sacrificio. Hermanos amadísimos, es por caridad para con nuestro hermano que hemos comido con él, y no por capricho ni necesidad.

CAPITULO XXXIV

Como compadeció á un Fraile enfermo, comiendo uvas con él.

Otra vez el Bienaventurado Francisco, sabiendo que un fraile enfermo sentía un vivísimo deseo de uvas y que lo callaba por vergüenza : con un corazon paternal lo condujo á la viña, á donde sentándose con el fraile, empezó á comer uvas, para que aquel no tuviese vergüenza en comer solo de ellas.

CAPITULO XXXV

Como iba á buscar humildemente la carne por los Frailes enfermos, y al mismo tiempo los convidaba á penitencia.

El Bienaventurado Francisco no tenia vergüenza de ir á buscar la carne en los lugares públicos para subvenir á la necesidad de los frailes enfermos, recordándoles de no turbarse en nada, aunque no fuesen satisfechos. En seguida de que hizo escribir en cierta regla: « Ruego á mis frailes enfermos que no tengan que turbarse ni encogerse, ni que re-

quieran á los médicos con extremo apresuramiento, reprimiendo el deseo de librar la carne, que de seguro ha de perecer, siendo enemiga del alma : mas que den gracias de todo y no quieran sino lo que á Dios agrada, por que todos son preordinados á la vida. Pues, Él doma é instruye por golpes, plagas y enfermedades, como lo dice Él mismo : « A los á quienes amo, los reprehendo y los trato con rigor y aspereza. »

CAPITULO XXXVI

Como sentia vergüenza en ver á otro mas pobre que él.

Sucedió aun un dia que el Bienaventurado Francisco encontró á un hombre pobre en extremo, y considerando su pobreza, dijo á su compañero : « La pobreza de este hombre es para nosotros una vergüenza y un reproche. Y, en verdad, es para mí una viva reprehension la vista de uno mas pobre que yo, por cuanto he elegido á la santa pobreza por mi señora, mis delicias y riquezas espirituales y que por el mundo corre la fama que hice profesion, de pobreza delante de Dios y de los hombres. »

CAPITULO XXXVII

Como reputaba por latrocinio no dar su manteo al mas menesteroso.

Como volviese de Siena, el Bienaventurado Francisco encontró á un pobre, y dijo á su compañero : « Es nuestro oficio restituir á este pobre el manteo, que es suyo, por cuanto nos ha sido prestado hasta que encontremos á uno mas pobre que nosotros. « El compañero, considerando entonces la necesidad del padre compasivo, se oponia á que proveyese á otro con su propio detrimento. Pero el Santo repartió : « ¿Querrias tú ser ladron? Y no seria un latrocinio que de denegar al mas menesteroso? Dicho esto, el piadoso padre dió su manteo al pobre.

CAPITULO XXXVIII

Como un pobre, en virtud de la limosna del Bienaventurado Francisco, perdona á su señor el daño que habia recibido de él.

Muy cerca de Colle, en el condado de Perusa, el Bienaventurado Francisco encontró á un hombre pobre que habia conocido en el siglo, y le dijo : « Hermano, como estás lleno de ira y de hiel? » Este hombre se soltó en duras é injuriosas palabras contra su señor. « Por la gracia de mi Señor, que Dios lo maldiga, esclamó; no puedo estar sino muy mal, porque él

me ha robado todo mi haber. « El Bienaventurado, viéndole perseverar en tal odio mortal, por compasion á su alma le dijo con buena manera : « Hermano, perdone á tu señor por el amor de Dios, á fin de que se salve tu alma. Posible todavia que te devuelva tu haber. De otro modo perderias y tu haber, y tu alma tambien. » — « Me es imposible perdonar, repitió el otro, si él no me devuelve lo que me ha robado. » A que el Bienaventurado agregó : « Vaya, te doy este manteo y te ruego á que perdones á tu señor por el amor de Dios. » Y, de repente, humillado en su corazon y como incitado á bien, por tal beneficio, perdonó la injuria á su señor.

CAPITULO XXXIX

Como llevaba en sí mismo el retrato de la verdadera humildad.

Estando próximo el tiempo del Capítulo, el Bienaventurado Francisco dijo á su compañero: « Es tal mi parecer que no estaria yo jamás Fraile Menor, sino en el estado que sigue: Prelado de los frailes, como lo soy, voy al Capítulo predico y admonesto. Pues, acabada la predicacion, gritan en contra de mí: No queremos

que tú estés nuestro gefe, porque eres un mal hablador, abyecto é idiota. Despues de que, me echan á fuera, con injurías y deshonor; me parece, pues, que no seré jamás Fraile Menor. si no me alegrase de ser vilipendiado y vergonzosamente expulsado, repudiándome los frailes como su prelado.

CAPITULO XL

Como enseñó á los Frailes á juzgar cuando estuviesen verdaderamente servidores de Dios.

El Bienaventurado Francisco, reuniendo un dia buen número de frailes, les dijo: « He rogado á Dios manifestarme cuando estoy su servidor y cuando no lo estoy, no teniendo otro cuidado que el de servirle siempre. Pues, el muy benigno Señor me contestó segun su gracia : « Sepa que tú eres verdaderamente » mi servidor, cuando vas pensando, hablan- » do y obrando en cosas santas. » Por tanto, os he convidado, hermanos mios, para humillarme delante de vos, cuando me vereis defallecer en todos ó en alguno de estos puntos. »

CAPITULO XLI

De su amor y devota oracion, y cuan devotamente rezaba el Oficio.

No obstante que durante muchos años fuese afligido de graves enfermedades á los ojos, al estómago y al vaso, estaba con todo eso respetuoso y devoto á las oraciones, y, cuando rezaba las horas canónicas, no se apoyaba jamás á la pared ó al pilar, pero se quedaba parado, la cabeza descubierta y muchas veces de rodillas, empleando la mayor parte del dia y de la

noche en meditacion. Cuando caminaba por el mundo, acostumbraba pararse para decir las Horas, y se apeaba, si iba cabalgando por razon de enfermedad. Un dia que por esta misma causa, estaba á caballo, llovia muy recio, y aunque todo remojado de agua, bajo de su montura, queriendo decir el Oficio, que acabó á pesar de tan mala estacion, con un fervor sin igual, ni mas ni menos que si se hubiese recogido y abrigado en la iglesia ó en su celda. Dijo entonces á su compañero : « Si en paz y descanso quiere el cuerpo comer el alimento, que llega á ser con él comida de los gusanos, con cuanta mayor paz y tranquilidad, reverencia y recoleccion, debe el alma tomar su alimento, que es Dios mismo. »

CAPITULO XLII

Alabanzas del Señor Altísimo.

Tú eres Santo, Señor Dios, el Dios de los dioses, y tú haces cosas maravillosas. Tú eres fuerte, tú eres grande, tú eres Altísimo, tú eres Todepoderoso. Padre Santo, Rey del Cielo y de la tierra, tú eres trino y uno, Rey de los reyes. Tú eres bueno, tú eres todo bien y el bien soberano, Señor, Dios verdadero y único. Tú eres Amor y Caridad, tú eres sapiencia, tú eres humildad y paciencia. Tú eres belleza,

seguridad, reposo y alegria Tú eres nuestra esperanza y felicidad. Tú eres justicia y templanza. Tú eres fuerza y prudencia. Tú eres riqueza y suficiencia, mansedumbre y nuestra defensa, guardian y protector, asilo y virtud. Tú eres nuestra esperanza y caridad. Tú eres nuestra inefable dulzura, la bondad admirable é infinita, mi Señor Dios Todopoderoso, piadoso, misericordioso y Salvador.

ORACION.

Dios Todopoderoso, justo y misericordioso, dé á nuestra miseria, por tu gracia, de saber desearte y no querer jamás sino lo que te agrada; y, por consiguiente, purifíquenos al interior, ilumine é inflámenos del fuego del Espíritu Santo á fin de que nos sea posible marchar sobre las huellas de tu Hijo bien amado, Nuestro Señor Jesu-Cristo, y de ascender hasta Tí, Altísimo, mediante tu sola gracia, viviendo reinando y glorioso en Trinidad perfecta y simple Unidad, Dios Omnipotente, en los siglos de los siglos. *Amen.* (1)

(1) N. B. — *Mediante tu sola gracia...* se entiende en este sentido Católico que LA GRACIA *es el solo medio* que, en todo caso y estado, nos puede hacer capaces de *la Gloria*, incluida, para el adulto, la obligacion de *cooperar*, como lo demuestra á cada paso en su vida, la activa y heróica generosidad de Nuestro Seráfico Padre. (*N.* del T.

CAPITULO XLIII

Tocante su amor á la Regla y Religion.

Amaba de ardiente amor á todo perfecto amante de la observancia del Santo Evangelio y tambien de nuestra religion, que no es otra sino la perfecta observancia evangélica; y á todos sus verdaderos amantes, presentes y futuros, departió una muy especial bendicion. De veras, decia él, á sus perfectos celadores, nuestra profesion es el libro de Vida, esperan-

za de Salvacion, arras de Gloria, melodia de Evangelio, camino de la Cruz, estado de perfeccion, llave del Paraiso, y pacto de Eterna Paz. » Queria que no fuesen jamás hartos, que conferenciasen frecuentemente de ella por coloquios mutuos á manera de remedio á la tibieza, y que á menudo recordasen en su conciencia el juramento dado, mandándoles á todos morir en la religion y observancia del Santo Evangelio.

CAPITULO XLIV

De un Santo Hermano lego, muerto mártir la Regla en mano,

De tan santa doctrina y religion, instituida por el Bienaventurado Padre, acordándose cierto hermano lego, que, como creencia cierta, pensamos haber ascendido al coro de los mártires, deseoso de padecer entre los infieles, quienes, por una dicha singular, lo obligaron al martirio, tomó de las dos manos la Regla con estraño fervor é humildemente arrodillado

dijo á su compañero : « Me confieso culpapable, hermano carísimo, á presencia de la divina Magestad y de tí, de todas faltas cometidas contra esta Regla. » A esta breve confesion sobrevino el golpe mortal, por donde habiendo muerto á la vida, fué coronado de las palmas del martirio. Habia entrado, pues, en religion este hermano, de *tan fresca* juventud que apénas podia soportar el ayuno mandado; y, no obstante, tan jóven y niño, acostumbraba llevar la canasta de la carne. ¡Hay! cuánto mas feliz niño, que tan felizmente empezó y mas felizmente acabó!....

CAPITULO XLV

En qué manera los Frailes hacian su reconciliacion.

Alegaba el Bienaventurado Francisco que los Frailes Menores estaban mandados de Dios en estos últimos tiempos para hacer lucir ejemplos de luz á los hombres, extraviados en las tinieblas del pecado; y, por tanto, él se sentia perfumado de suaves olores y del todo regocijado de precioso olor, cuando oía exaltar las maravillas y hazañas de los santos frailes, es-

parcidos por el mundo. Sucedió una vez que fray Bárbaro, á presencia de un personage noble de la isla de Chipre, soltóse en vehemencia injuriosa contra otro fraile, á quien vió algo desconcertado por este arranque. Y, luego, irritado contra sí mismo, en manera de venganza tomó en su boca estiércol de asno, y empezando á mascar activamente esta inmundicia: « La lengua, dijo, masca el estiércol, porque vomitó contra mi hermano el veneno de la ira y malignidad. » A lo que este personage, maravillado de estupor, partió muy en devocion, y de aquí en adelante dió alma y bienes á discrecion de los frailes. Tal era, pues, entre ellos la costumbre y práctica, que si alguien hubiese proferido una palabra de injuria ó enojo contra los demás, inmediatamente arrojándose en el suelo, besaba al pié al hermano ofendido é humildemente le pedia merced. Se regocijaba el Santo Padre en tales y semejantes pasos, por donde sus hijos daban ejemplos de santidad. Les persuadia y exhortaba, mediante una bendicion muy digna de toda reverencia, á que indujesen por obras y palabras, de cualquier modo que fuese, á los pecadores al amor de Cristo, por cuanto queria que en amor de las almas, de que él mismo rebosaba, debiesen concordar con él, por naturaleza y semejanza.

CAPITULO XLVI

De las Bienaventuranzas declaradas por nuestro padre San Francisco. (1)

DE LOS POBRES DE ESPIRITU.

Bienaventurados los pobres de espíritu los humildes, porque de ellos es el reino del Cielo.

(1) N. B. que, cuanto es posible *en esta especie de vida:* la Felicidad, la Beatitud, las Bienaventuranzas, tienen para el *Fiel*, su principio, fundamento y substancia, en el *Estado de Gracia* en las tres virtudes Sobrenaturales y Divinas Fé, Esperanza y Caridad, conservadas y cultivadas cuidadosamente. En efecto, en *la otra vida*, — la sola verdadera, — la Gracia Santificante *consumada*, es la Beatitud, la Bienaventuranza por excelencia ¡la Gloria!..... (*N.* del T.)

Muchos hay que practican las Oraciones y Oficios, y hacen en su cuerpo numerosas abstinencias y aflicciones, pero que se contristan y fruncen las cejas al menor ruido de palabras que reputan injuriosas á su cuerpo ó en cualquiera manera posible. Estos no son pobres de espíritu, por cuanto los verdaderos pobres de espíritu se odian á sí mismos, benévolos para quien les ofende y hiere en cara.

DE LOS VERDADEROS PACIFICOS.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán dichos Hijos de Dios. Aquellos son verdaderamente pacíficos, cuando en este mundo lo soportan todo por amor de Nuestro Señor Jesu-Cristo, teniendo paz en el alma y cuerpo.

DE LA PUREZA DE CORAZON.

Bienaventurados los corazones puros, porque ellos verán á Dios. Son puros de corazon los menospreciadores de las cosas terrestres, que aspiran á las celestiales, no desfallecen nunca en la oracion, y asisten al sacrificio del Señor Dios vivo y verdadero, con un alma y corazon puros.

DE LA HUMILDAD EN LOS BIENES Y BENEFICIOS.

Bienaventurado el servidor que no se hincha ni se engrandece del bien á él dicho ó conce-

dido por Dios, ni mas ni ménos que del bien dicho ó concedido á otro. Viene, pues, á fallecer el hombre cuando quiere tomar mas al prójimo que otorgar del suyo al Señor.

DEL AGUANTE DEL PROJIMO.

Bienaventurado quien es amable á su prójimo, segun su debilidad y fragilidad, en que requiere el prójimo aguante y compasion.

QUE TODO BIEN SE HA DE REFERIR A DIOS.

Bienaventurado el servidor, si refiere á Dios todos sus bienes, por cuanto quien retiene en sí cosa alguna, en sí oculta los caudales de su Señor; y lo que estima poseer, le será quitado con razon.

DE LA HUMILDAD QUE SE DEBE GUARDAR EN LAS ALABANZAS HUMANAS.

Bienaventurado el servidor que en nada se aprecia mejor, alabado, ensalzado y exaltado que sea por los hombres, ni mas ni ménos que tratado como vil, pequeño y de ningun valor, porque tanto es el hombre delante de Dios, cuanto es en verdad, y nada mas. Desgraciado del religioso, puesto por los otros en elevacion y dignidad, cuya voluntad vana y gloriosa no sabe humillarse y bajar; como, al contrario

Bienaventurado el hombre, elevado á la cumbre sin eleccion de su voluntad, y, no obstante, siempre deseoso de quedarse debajo de los piés de los demás.

DEL SANTO GOZO Y VANA GLORIA DEL RELIGIOSO.

Bienaventurado el religioso cuyo gozo y contento se reposan á las muy santas palabras y operaciones de Dios, y de esta suerte gana y atrae á los hombres á su amor, en gozo y jubilacion. Al contrario, miserable y digno de lástima el que se complace á las palabras de vana ociosidad, indujiendo y provocando á los hombres á las risas de burla.

DE LA MANERA DE ENTRETENERSE EN GRACIA Y SILENCIO.

Bienaventurado el servidor de Dios, si no acostumbra hablar por el incentivo de humana retribucion, ni de descubrir sus mas particulares secretos, como igualmente de no ser precipitado en sus discursos, disponiendo con sabiduría lo que debe decir y responder. Desgraciado del religioso que no esconde en su corazon los bienes de Dios, que ha de hacer manifiestos únicamente por obras y santas operaciones, mientras que al contrario desea

descubrirlas á todos y cada uno, en la expectacion de alabanza y favor. Pues, haciendo así, él ha recibido su retribucion, y pocos frutos llevarán sus oyentes.

DEL AGUANTE DE LAS CORRECCIONES.

Bienaventurado quien estando reprehendido y acusado, sufra esta reprehension departe del prójimo, como de la de sí mismo. Bienaventurado quien estando reconvenido, desístese con benignidad, obedece con timidez, confiesa simplemente su malhecho, y de buen grado da satisfaccion. Bienaventurado quien no está apresurado de cubrirse de pretextos, y lleva en toda humildad la vergüenza y reprehension, aunque no haya faltado en la culpa. Bienaventurado quien se encuentra tan humilde para con sus inferiores que con sus prelados y señores. Fiel y sabio el servidor que va al encuentro del castigo, por la confesion y satisfaccion del pecado.

DEL AMOR FRATERNAL.

Bienaventurado el servidor lleno de amor y benevolencia hácia su hermano, tanto enfermo y miserable como sano y de bella apariencia. Bienaventurado es aquel que tuviese tan cordial é igual afecto á su hermano, sea que estu-

viese cerca ó lejano de él, y no dijese á escondidas palabra ninguna que no pudiese decir igualmente á su presencia.

DE LA FE Y REVERENCIA PARA CON LOS CLÉRIGOS

Bienaventurado el servidor si tiene fé á los clérigos que viven segun la forma y manera de la Santa Iglesia romana, y desgraciado del que les tiene desprecio. Y, aunque fuesen pecadores, nadie se debe ingerir en juzgar y condenarles, porque Dios se reserva á sí solo hacer de ellos el juicio final. En efecto, mas maravillosa es la admiracion que merecen ellos por el Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo Jesus Nuestro Señor, que reciben y van despues departiendo á los demás, mas tambien tienen en sí grave y pesado pecado que los demás hombres de este mundo.

CAPITULO XLVII

Del provecho de las virtudes.

Donde está la verdadera caridad y sabiduría, no hay ni temor ni ignorancia. En pobreza alegre no se alojan ni concupiscencia, ni avaricia. Donde está el temor de Dios haciendo buena guarda en su palacio y casa, el enemigo no tiene lugar de entremeterse. Al reposo y recuerdo, ningun cuidado ni vagancia. Misericordia y discrecion cierran la puerta á todo fraude y sorpresa.

CAPITULO XLVIII

Como se hizo fraile un campesino.

Como el Bienaventurado Francisco hubiese ido á cierta aldea de la ciudad de Asis, la fama lo esparció inmediatamente. Le veian, pues, y oian de buena gana los hombres de este lugar. Habiéndolo sabido un campesino de maravillosa sencillez llamado Juan, que estaba orando en su campo, vino de repente hácia él y dijo : « Yo quiero que tú me hagas

fraile, por cuanto mucho tiempo há que tengo gran deseo de servir á Dios. » El Bienaventurado Francisco, admirando su buen propósito, se recogió al Señor, y respondió : « Sepa, pues, que si quieres participar de nuestra vida y compañía, te es preciso ánte todo despojarte de todos bienes y darlos á los pobres. » Entonces, se fué inmediatamente al campo en que habia dejado sus bueyes, y trajo uno delante del Bienaventurado, solicitándole que lo pusiese á las manos de los pobres como porcion de su herencia, y Francisco empezó á sonreirse. Mas, los padres de Juan y sus hermanos de tierna edad, acudieron á este lugar y pidieron el buey, con lágrimas y lastimosos gritos, á quienes el Santo replicó : « Yo os devuelvo el buey, y tomó á aquel por hermano. » Y, habiéndole vestido segun el órden de la religion, lo llevaba consigo como su compañero. Estaba, pues, de tanta sencillez, que se creia obligado á todas las cosas que iba haciendo el Bienaventurado. Y, por tanto, cuando estaba Francisco en una iglesia ú otro lugar, aquel no lo perdia de vista, para conformarse con él en todos actos y movimientos, de tal suerte, que cuando el Bienaventurado doblaba las rodillas, ó levantaba las manos al cielo, ó aun escúpia, él repetia idénticamente los mismos gestos y movimientos. Lo que viendo el Bienaventurado Francisco, empezó á reprehender-

e por tal y tan singular memoria. « Hermano, e dijo el otro, he prometido de hacer todo lo que tú mismo hiciese, y, de consiguiente, me conviene de acordarme contigo, de cualquier modo que fuese. » De lo que se sorprendia en gran alegria de corazon el Bienaventurado Padre, viendo las maravillas de tanta inocencia y simplicidad. Finalmente, empezó á adelantarse tan hermosa y perfectamente en todas virtudes y prácticas buenas, que de aquí á poco tiempo, en esta santa é incomparable simplicidad, entregó á Dios el alma. Con esta ocasion, acostumbraba el Bienaventurado Francisco citar á los frailes su vida, y lo llamaba no fray Juan sino San Juan.

CAPITULO XLIX

De la indulgencia que consiguió de Jesu-Cristo y del Papa por la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles

Como el Bienaventurado Francisco (*nota* 8 estaba cerca de Santa María de Porciúncula se le fué revelado una cierta noche por el Señor Dios que tuviese que ir al Pontífice Señor Honorio, que estaba entónces á Perusa, para conseguir la indulgencia en esta misma iglesia de Porciúncula, que habia restaurado poco há. Habiéndose levantado de alba, tomó consi

go á fray Maseo de Mariñan, se fué hácia el Señor Honorio, y le dijo : « Santo Padre, muy recientemente he restaurado una iglesia en honor de la Santísima Virgen, á vos gloriosa, y suplico á Vuestra Santidad que le conceda la indulgencia y extienda su mano benéfica á la ganancia y provecho que de ella se hiciese. Y el Santo Padre replicó : « Bien ; pero, deme á entender la medida de años que requieres y del perdon que debo otorgar á esta iglesia. A quien San Francisco : « Santo Padre, pluguiese á Vuestra Santidad otorgar no los años, pero, sí, las almas. « Y el Señor Papa dijo : « ¿Tú quieres las almas? » El Bienaventurado Francisco : « Quiero, finalmente, si agrada así á Vuestra Santidad, que cualquiera que frecuentase esta iglesia contrito y confesado, como de razon se requiere para ser debidamente absuelto, sea igualmente absuelto de culpa y de pena, en el cielo y en la tierra, desde el dia de su bautismo, hasta el dia y hora de su entrada en dicha iglesia. » Y el Señor Papa respondió : « Hé aquí un asunto grave y estraño del todo el que pide Francisco, no teniendo costumbre la corte de Roma de otorgar tal y semejante indulgencia. » Entonces, el Bienaventurado Francisco dijo : « Señor, lo que requiero no procede de mi particular voluntad, pero del mandato de Aquel que me envió, á saber de Nuestro Señor Jesu-Cristo. »

A lo que el Señor Papa añadió inmediatamente por tres veces: « Nos place que tengas una tal indulgencia. » No obstante esto, los señores Cardenales representaron lo que sigue: « Cuidado, Señor, al otorgar esta indulgencia, de no abolir la indulgencia de Ultramar. » Mas, alegó el Papa: « Puesto que se la hemos departido y concedido, no podemos ni debemos destruir ni descomponer lo que hemos hecho: no obstante esto, entendemos ordenarla y reducirla de manera que iguale sin mas, la duracion de un dia natural. » Y dijo despues á Francisco: « Hé aquí que en adelante otorgamos á cualquiera que viniese en su susodicha iglesia, debidamente contrito y confesado en la tierra, que esté absuelto de culpa y pena, y queremos que valga por todos y cada año, durable *in perpetuum*, conforme á la medida de un dia natural, desde las primeras vísperas hasta las vísperas del dia siguiente. » Y el Bienaventurado Francisco, despues de una grande salutacion, se despidió del palacio. Pero, el Señor Papa viendo como se iba, lo volvió á llamar: « ¡Oh! buen y simple hombre, le dijo ¿á dónde vas? ¿Qué estás llevando contigo en testimonio de esta indulgencia? — « Basta sin mas, vuestra palabra, replicó Francisco; á Dios pertenece ahora descubrir su divina obra.

CAPITULO L

De la humilde respuesta de los BB. Francisco y Domingo al Cardenal.

Estando en la ciudad de Roma estas dos lumbreras del mundo, á saber el Bienaventurado Francisco y el Bienaventurado Domingo con el Señor Cardenal de Ostia, que fué Papa mas tarde, empezaron á platicar de Dios con palabras dulces y suaves, y les dijo al fin el Señor de Ostia : « En la Iglesia primitiva, Pastores y Prelados eran pobres, inflamados de

caridad y no de codicia. ¿Porqué no haríamos de vuestros frailes Obispos ó Prelados, puesto que aventajan á todos los demás en ejemplo y doctrina? » Se hizo entre los Santos una humilde y devota contienda, ambos exhortándose á responder, con honor y deferencia mútua. De donde sucedió que se quedó victoriosa la humildad de Francisco, porque no respondió el primero, é igualmente victorioso Domingo pues que antes de responder, tuvo buena voluntad de obedecer. El Bienaventurado Domingo dijo : « Señor, mis frailes están debidamente honrados y exaltados, cuando se excitan mutuamente en saber y sapiencia; por tanto, no consentiré jamás en que tengan otro espejo de dignidad y prelatura, » Entonces, el Bienaventurado Francisco, inclinado ante el Señor de Ostia : « Señor, dijo, con muchísima razon mis frailes se llaman Menores, á fin de que en nada presuman crecer en altura, educados segun su vocacion á quedarse en los lugares de llanura y bajas regiones, y á seguir las huellas de Jesu-Cristo; y, de esta suerte, estarán tanto mas exaltados á vista de los Santos. Si quiere Vd. que hagan frutos en la iglesia de Dios, es menester tener y mantenerlos en su primer estado. Si, por ventura, han subido arriba, tírenlos abajo con violencia y viva fuerza, y no permitan que aspiren á las preladuras y grandezas. » Así contestaron los Santos, con

edificacion del Señor de Ostia, que dió á Dios infinitas gracias.

Como ambos se despidiesen, Domingo suplicó al Bienaventurado Francisco que tuviese á bien concederle la cintura que llevaba á su cuerpo, lo que le denegó el servidor de Dios, por humildad, así como por caridad el otro lo habia pedido. No obstante, se quedó dueña la bien avisada devocion del pedidor, y la violencia de la caridad robó, por decirlo así, la cuerda del Bienaventurado Francisco, que Domingo se ajustó debajo de su túnica, y desde entonces la llevó al rededor suyo. Finalmente, se dieron la mano con muy suayes y mútuas cortesías y recomendaciones. Y Domingo dijo á Francisco: «De veras, desearia yo, hermano mio, que tu religion y la mia fuese simplemente una misma, y de igual forma en la Iglesia, nuestra vida y estado.» Cuando se separaron, el Bienaventurado Domingo empezó á decir á varios hombres de la concurrencia. «En verdad, confieso que todos los religiosos deberian seguir á este santo varon Francisco, tan maravillosa es la perfeccion de su santidad.

CAPITULO LI

Como se fué á pedir limosna ántes de sentarse á la mesa.

Un dia que el Bienaventurado Francisco visitaba al Señor de Ostia, hácia la hora de la refeccion, se fué en escondidas, por decirlo así, á la limosna, y puso sobre la mesa de dicho Obispo los bocados de pan moreno pedidos por caridad. De lo que tuvo alguna vergüenza el Cardenal, á causa de los otros Cardenales y Señores que estaban con él á la me-

sa. El Bienaventurado Francisco tomaba de sus limosnas y las distribuia á cada caballero y capellan del Señor Cardenal, con cara alegre, y algunos comian de ellas, mientras que otros las reservaban por su particular devocion. Acabada la refeccion, el Señor de Ostia entró en su pieza, donde llevó al Bienaventurado Francisco, y levantando los brazos, lo abrazó con grande gusto y dileccion. « ¿Por qué, le dijo, me has hecho en este dia tal vergüenza que, viniendo á mi casa, que es la casa de tus frailes, fuistes sin decir palabra, á pedir limosna? » El Bienaventurado Francisco repli có : « Señor, en manera ninguna os he hecho yo vergüenza ni ultraje, pero al contrario mucho honor, porque honré á mi Señor á quien agrada amistosamente la pobreza, y en particular aquella de voluntaria y libre eleccion. Quiero, pues, haber y tener como grande nobleza y dignidad de seguir al Señor, cuyo querer le hizo pobre, de rico que era. Y por tanto, me es mas dulce y deleitable de sentarme á una mesa pobre, apareada con pobres limosnas, que no á los banquetes, donde cunden todas clases de viandas y golosinas, » El Señor Cardenal, admirablemente edificado po tan hermosa perfeccion de pobreza, le dijo « Haz lo que te parezca bueno, porque Dios es contigo. »

CAPITULO LII

Como por los golpes y maltratamientos de los demonios conocio que mas agradable á Dios que fuese á los lugares de los pobres Frailes que no entre los Cardenales.

El Señor Leon, Cardenal de Santa Cruz, convidó una vez al Bienaventurado Francisco á que se quedase algunos dias con él, y le dió cierta habitacion en un lugar bien apartado, para alojarse allí como en una hermita. Habiendo ido allá con su compañero, la primera noche despues de la oracion, como queria

dormir, vinieron los demonios y duramente lo golpearon y maltrataron, dejándolo como muerto. Vuelto en sí, llamó á su compañero, que estaba alojado en otra hermita, y le dijo : « Quédese aquí cerca de mí, porque temo estando solo, por cuanto me han golpeado los demonios. » Al decir esto, temblaba como un hombre atacado de una fiebre muy cruel. En seguida, añadió : « En fin, los demonios son alcaides, siervos y espias de Dios Nuestro Señor, quien les manda para castigar á cualquiera que haya faltado, y esto en demostracion de abundante gracia. No deja, pues, nada manchado ni inmundo en su servidor que no lo limpie en esta vida. Pero, por lo que á mí toca, no me siento culpable, gracias á Dios, de falta alguna que no haya debidamente enmendado por penitencia y satisfaccion. No obstante, aunque mediante su misericordia, me dé en la oracion claro conocimiento de todo lo que se le puede agradar ó desagradar, seria posible que me hubiese reconvenido y asperamente tratado por el ministerio de sus alcaides, puesto que conversar entre los grandes no es ejemplo confortativo para los frailes. Mientras que ellos viven en pobres casas, buena razon tendrán de murmurar en contra de mí, cuando sepan que estoy habitando entre Cardenales y me complazco á los consuelos y delicias. Soy verdaderamente deudor de virtuoso ejemplo,

y por esto debo huir de las cortes y llevar la carga de santa pobreza. » Descendió, pues, por la mañana á casa del Señor Cardenal y le expuso todas las cosas platicadas con su compañero.

CAPITULO LIII

Como quiso derribar la casa edificada por el pueblo de Asis.

Hácia el tiempo del Capítulo que, segun la costumbre, se reunia cerca de Santa María de Porciúncula, viendo el pueblo de Asis que cada dia iban aumentándose en número los frailes, puso en pié, por deliberacion comun, con grande celo y presteza, una casa, sin noticia y en ausencia del Bienaventurado Francisco. Habiendo vuelto, el Santo se sorprendió de

encontrar esta casa enteramente preparada y trabajada. Y, por cuanto tenia recelo que los frailes, en los lugares en que moraban, fuesen inducidos á fabricar tales y semejantes casas, subió en el techo y mandó á los frailes que subiesen con él, y se dedicó con ellos á arrojar en el suelo las tejas y bigas, con el designio de descomponer y derribarlo todo hasta los cimientos. Mas, ciertos caballeros de Asis, encargados de guardar el lugar, considerando al Bienaventurado Francisco y á los suyos tan vivamente empeñados en esta ruina de disipacion, se acercaron á él. « Hermano, dijeron, esta casa es de la municipalidad de Asis. » Lo que habiendo oido el Bienaventurado Francisco, replicó : « Puesto que vuestra es la casa, no la quiero echar á perder.

CAPITULO LIV

De la eleccion de los primeros Ministros y como están enviados por el mundo.

Pero, pasados once años desde el principio de la religion, y los frailes multiplicados en número, fué á propósito (*nota* 11) de elegir los Ministros y enviarles por todas las provincias del mundo, donde reinan la observancia y reverencia en la fé Católica. Si, en algunas provincias, recibian buena acogida, aunque se les negase tener allí habitaciones duraderas :

en otras, al contrario, estaban desechados y tenidos por hombres infieles. Y, á pesar de que el susodicho Señor Papa Inocencio III, hubiese aprobado su Orden y reglamento, no obstante no habiéndolo confirmado por *letras patentes*, fué eso para ellos ocasion de infinitas tribulaciones por parte de los clérigos y seglares. Estaban precisados los frailes á huirse de varias provincias, afligidos de mil sufrimientos, golpeados y despojados por los ladrones, tan bien que se volvieron hácia el Bienaventurado Francisco, en dolorosa amargura. Cuando fueron conocidas estas noticias del Señor Cardenal, convidó al servidor de Dios y lo llevó al Papa Honorio, sucesor de Inocencio, quien confirmó la Regla del Bienaventurado Francisco, que le habia enseñado Nuestro Señor Jesu-Cristo, prolongando el término del Capítulo á este fin de disminuir la fatiga á los frailes que moraban á las lejanas regiones.

El Bienaventurado Francisco solicitó además del Señor Papa Honorio un Cardenal de la Iglesia Romana, en manera de Padre de su Orden, á saber el Cardenal de Ostia á quien fuese permitido que recurriesen los frailes en sus necesidades. En efecto, habia tenido una vision mediante la cual habia resuelto de poner su Orden entera á la merced y favor de la Iglesia Romana. Le pareció, pues, en esta ocasion ver una gallina pequeña y negra, con

patas emplumadas y con los piés de una paloma doméstica, que tenia polluelos tan numerosos que no los podia recoger debajo de sus alas, de manera que iban agitándose gustosos al rededor de la gallina, quedándose afuera de sus alas. Despertado que fué, y discurriendo en esta vision, de repente por iluminacion del Espíritu Santo, conoció que él mismo estaba figurativamente designado por esta gallina. « De veras, soy yo esta gallina, siendo como lo estoy pequeño de estatura, negro por naturaleza, y debo tambien ser simple como una paloma, y por mis afecciones, con los piés emplumados de virtud para volar á los Cielos. Y el Señor, por su misericordia, me dará numerosos hijos que no podré defender por mi virtud propia; y, por tanto, los debo encomendar á la Santa Iglesia, á fin de que ella los defienda y abrigue debajo de sus alas. » A causa de esto, pocos años despues de esta vision, vino á Roma y visitó al Señor de Ostia, quien le mandó por la mañana siguiente fuese con él á la Corte, porque queria que hablase á la presencia del Papa y de los Cardenales, y á todos y cada uno humilde y cordialmente encomendase su reglamento. Aunque el Bienaventurado Francisco se excusase de ello, alegando que era un simple idiota : no obstante, le fué preciso de ir con el Señor de Ostia á la Corte, donde pareció con grande soltura á presencia

del Papa y de los Cardenales; y poniéndose de pié, empezó á arengar sin otro instinto ni plan que la mocion del Espíritu Santo. Concluida la arenga, recordó su religion al Papa y á los Cardenales, que de ello se quedaron muy confortados y consolados, de tal manera que su aficion recalentada y fomentada por tan santas palabras, llegó por eso tanto mas vehemente para con la religion de los Frailes Menores. Entonces, el Bienaventurado Francisco dijo al Santo Padre : « Señor, siento una viva compasion relativamente á los cuidados y trabajos contínuos que os tomais en el asunto de la Iglesia de Dios, y yo me siento enteramente vergonzoso y confuso por la benévola caridad que teneis para con nosotros pobres Frailes. Y tanto mas, que muchos nobles y ricos, y muchos religiosos no tienen la facultad de llegar hasta vos, que temor y vergüenza debemos sentir, nosotros mas pobres y abyectos que todos los otros religiosos, de comparecer á vuestra presencia y de quedarnos solamente á la puerta de vuestra habitacion, lejos de presumir tocar con el dedo y golpear el tabernáculo de las virtudes cristianas. Por tanto, suplico humildemente á Vuestra Santidad se digne otorgarnos al Señor de Ostia como padre, á fin de que en sus necesidades los frailes recorran á él, salva toda reserva conforme á la dignidad y primato apostólico.

Pareció muy bueno al Señor Papa este propósito. Concedió al Bienaventurado Francisco al susodicho Señor de Ostia como un dignísimo defensor, quien resuelto á tomar la tutela de los frailes, escribió cartas á los prelados, ántes sus perseguidores manifiestos, para que tuviesen que ayudarles por efectos y consejos, á establecerse y predicar en sus provincias como siendo buenos y santos religiosos, verdaderamente aprobados por la autoridad de la sede de Roma. En el Capítulo siguiente, el Bienaventurado Francisco habiendo dado licencia á los Ministros de recoger frailes en la órden, los mandó por las provincias con las cartas comendaticias de los Cardenales y el *reglamento* confirmado por Bula Apostólica. Teniendo los susodichos prelados verídico testimonio de todas estas cosas, concedieron con buena voluntad á los frailes edificar, habitar y predicar en sus provincias. De donde sucedió que muchos edificados por su santa manera de vivir é igualmente conmovidos y encantados á sus muy suaves y ardientes palabras de admonestacion y amor de Dios, vinieron á ellos y tomaron con fervor el hábito de religion. Por lo que el Bienaventurado Francisco conocia la fé y aficion que dicho Señor de Ostia tenia á los frailes, lo amaba muy tiernamente de lo mas intimo de su alma. Y como supiese por revelacion divina que un dia el Señor de Ostia seria

hecho Sumo Pontifice, le denunciaba esta eleccion futura en sus cartas, como quien diria: Al venerable Padre en Cristo del orbe entero. Pero tiempo despues, habiendo muerto el Señor Honorio Papa, fué elegido en su lugar el Señor de Ostia, bajo el nombre de Gregorio IX, quien se portó hasta el fin de sú vida como especial bienhechor y protector de los frailes y otros religiosos y propiamente de los pobres de Jesu-Cristo, á consecuencia de que es creencia y sana opinion que fué colocado en la compañía de los Santos.

CAPITULO LV

De la muerte del Señor D. Juan, primer protector de la Orden, y de la eleccion del segundo.

El venerable padre Señor D. Juan de San Pablo, Cardenal, tan á menudo liberal al Bienaventurado Francisco por consejo y defensa, encomendaba la vida y los actos del Santo y de sus Frailes á los otros Cardenales, cuyas almas fueron excitadas con tanta fuerza al amor de Dios por sus buenos ejemplos, que cada uno de ellos se esforzaba en tener algu-

no en su corte, no á causa de un servicio cualquiera, pero por el provecho de santidad y devocion que sacaba de él. Pues, habiendo dejado la vida presente el Señor D. Juan de San Pablo, inspiró el Señor á uno de los Cardenales llamado Ugolin, entonces Obispo de Ostia, de amar cordialmente, defender y socorrer al Bienaventurado Francisco y á los suyos, lo que practicó para con ellos con extrema pasion, ni mas ni ménos que un verdadero padre, y aun mas allá de lo á que se extienden comunmente el amor y vigilancia de un padre segun la carne para con sus propios hijos. El varon de Dios, oyendo su renombre entre los demás Cardenales, se fué con sus Frailes hácia él. Y aquel habiéndoles acogido con satisfaccion y benevolencia, les dijo: Héme aquí pronto á daros ayuda, consejo y defensa segun vuestro buen placer.» Y el Bienaventurado Francisco, dando gracias á Dios, respondió «Yo os quiero tener por padre y protector de nuestra religion, y quiero tambien que los Frailes os tuviesen siempre en memoria en sus oraciones.» Despues, le suplicó se dignase asistir al Capítulo durante las fiestas de Pentecostes, á lo que consintió inmediatamente con benignidad, y desde entónces no lo omitió jamás, cada año. Cuando venia al Capítulo de los Frailes, todos salian juntos á su encuentro caminando como en procesion. Y tan luego

como él los veia, bajaba de su montura é iba con ellos á la iglesia d Nuestra Señora, predicaba en seguida y d ia la Misa, en que el Santo varon Francisco costumb ba cantar el Santo Evangelio (1).

(1) Cantaba el Evangelio, en calidad de Diácono. Sabido es, pues, que Nuestro Padre S. Francisco, por humildad, no quiso jamás recibir el Sacerdocio. (*N.* del *T.*)

CAPITULO LVI.

Como lloró el Señor de Ostia al ver la pobreza de los Frailes al tiempo del Capítulo.

Cuando el Señor de Ostia vino á visitar á los Frailes al Capítulo de Nuestra Señora de Porciúncula, con gran estádo de clérigos y caballeros, viendo que los Frailes se sentaban en el suelo, como tambien que tenian camas á guisa de litera para animales, y con tan poca paja, empezó á llorar á presencia de todos, y dijo: « ¡Ay qué, aquí duermen los Frailes! » Añadió en seguida: ¿Qué será pues, de nosotros, miserables, que usamos de tantas cosas supérfluas? » Y el Señor de Ostia y todos los demás, movidos á compuncion, fueron muy edificados.

CAPITULO LVII

Como el Bienaventurado Francisco rehusó un convento en Boloña.

Al volver de Verona y pasando por Boloña, vino á saber el Bienaventurado Francisco, que se habia edificado recientemente en esta ciudad una casa para los frailes. Habiéndolo conocido como cierto, se volvió hácia atrás y ordenó estrictamente á los Frailes que tuviesen que huir luego luego de este lugar. Salieron todos; los enfermos mismos salieron con los

demás, hasta que el Señor Hugues de Hostia, legato en Lombardia, declarase abiertamente que al Bienaventurado pertenecia de veras esta casa. De lo que ha dado testimonio por escritura cierta el Fraile enfermo que fué precisado á salir de esta casa.

CAPITULO LVIII

Como habló el Señor al Bienaventurado Francisco.

Como hubiese sabido el Bienaventurado Francisco que ciertos Frailes daban mal ejemplo, se quedó afligido en extremo y traspasado de dolor en el fondo de su alma; y, entonces, le hizo este reproche el Señor: « ¡Ea pues! hombrecillo, dígame ¿por qué tan extremada desolacion? Yo, te he elegido, hombre simple, á fin de que lo que obro en ti llegue á ser

imitable á cualquiera que lo quisiese imitar. ¿Te habré colocado, pues, de pastor y rector en mi religion, para no recordarme que Yo soy su principal dueño y Señor? Por tanto, vigilaré sobre mi rebaño, á que te he puesto á guisa de sello y marca. Conservaré, mantendré á todos los que he atraido. Sepa bien que tanto es mi amor que no obstante la felonia é infidelidad de ciertos Frailes, suscitaré á otros en su lugar y puesto, y que si no hubiese nacido esta religion, de nuevo la haria nacer. Y aun cuando, por ventura, no se quedarian en ella sino tres Frailes, no obstante se quedará siempre mia, y nunca la abandonaré. » Oidas tan bellas palabras, quedó del todo consolada su alma.

CAPITULO LIX

Como resignó su oficio de prelacion é instituyó su vicario á Pedro de Catania.

Por cuanto queria conformarse á la santa humildad, pocos años despues de su conversion, en un Capítulo, todos los Frailes presentes, resignó el oficio de prelacion. Ya estoy muerto para vosotros, dijo; pero, he aquí á fray Pedro de Catania, á quien yo y vosotros todos debemos obedecer. » Y, prostrado inmediatamente en tierra, le prometió obediencia

y reverencia. Entónces, empezaron á llorar todos los Frailes, echando altos y dolorosos gemidos, porque se veian quedarse huérfanos de un tan santo y tierno padre. Mas, el Bienaventurado Francisco levantándose, los ojos al cielo y las manos juntas, dijo : « Yo te encomiendo, Señor, la familia que poco tiempo há tú me encomendastes y ahora que por los achaques á tí conocidos, muy dulce Señor, no puedo mas tomar el cargo de ella, la encomiendo á los Ministros, por tanto que serán obligados en el dia final del juicio de dar razon á tí, Señor, si por negligencia, mal ejemplo ó demasiado dura correccion, un Fraile haya perecido. » Y, desde entonces hasta el dia de su muerte, se quedó sumiso, portándose humildemente en todas circunstancias, como el menor de los Frailes.

CAPITULO LX

Del nuevo Testamento que hizo dar en limosna.

Una muger anciana y pobre, que tenia dos hijos en religion, vino al lugar de la Porciúncula, pidiendo limosna al Bienaventurado Francisco. Y de repente, el Bienaventurado dijo á fray Pedro de Catania, su vicario: ¿No tendríamos nada que dar á nuestra madre? Nuestra, en verdad, puesto que ella es madre de dos hermanos nuestros. » Y fray Pedro res-

pondió : « En casa, nada hay que le podamos dar. » Y despues agregó : « No tenemos sino un Testamento en que leemos las lecciones en los Maitines. » Y el Bienaventurado Francisco dió á nuestra madre el Nuevo Testamento, atendido que á Dios agradará mas que si leyesemos en él. Así, el primero Testamento al uso de la órden fué dado en limosna.

CAPITULO LXI

Como se hizo arrastrar por las calles de Asis.

Enun tiempo en que el Bienaventurado Francisco, á causa de grande enfermedad, habia comido un poco de carne de ave, no obstante que no hubiese vuelto todavía al estado de salud, se fué á Asis, donde, habiendo entrado, mandó á su compañero que con una cuerda atada á su cuello, lo arrastrase por las calles, como un ladron, gritando : « Ved aquí al glo-

ton, lleno y saciado de la carne de las gallinas, y no lo habeis conocido. » A tal espectáculo acudió el pueblo y empezó á llorar por la grande lástima y compasion que le tenia, acusándose á sí mismo en voz alta : « ¡Qué haremos nosotros, miserables! ¡hay! hemos vivido durante nuestra vida y no cesamos de vivir segun los deseos de la carne! » Y el alma traspasada de arrepentimiento, estaban por el ejemplo del Bienaventurado Francisco atraidos á una vida mejor.

CAPITULO LXII

Como anunció la fin desgraciada de un Fraile.

Hubo un Fraile de vida honesta y santa, á lo menos en apariencia. Dia y noche parecia diligente á la oracion y silencio, y se confesaba al sacerdote por señas y no por palabras, y cuando oía la Sagrada Escritura, se complacia maravillosamente en sentimientos interiores y exteriores, tan bien que excitaba á devocion y á sí mismo, y á los otros frailes.

Pues, vino casualmente al convento de este fraile el Bienaventurado Francisco, y como hubiese oido las ponderaciones de su santa vida : « Dejad, hermanos, dijo, y no alabad mas á mi presencia este fraude diabólico. Sepad que, en verdad, se esconde aquí una tentacion y engaño del diablo. Tengo firme creencia que este fraile no se quiere confesar. » Mala impresion hicieron estas palabras en el oido de los demás y en particular de su vicario, quien empezó á exaltarlo á la presencia del Bienaventurado Francisco, alegando que, por imposible, tal no podia ser quien tenia tan bella muestra de santidad. Respondió el Bienaventurado : « Ensayadle, y mandadle que se confiese una ó dos veces ; si él rehusa de obedecer, sepan Vd. que digo la verdad. » Entonces, lo llamó con familiaridad el vicario, y le mandó que se confesase. Pero aquel, poniendo su dedo sobre su boca y meneando la cabeza, demostró por señas que no lo haria por amor al silencio. Se quedaron quietos los frailes por temor de escandalizar al Bienaventurado Francisco. Y, de pocos dias acá, aquel salió de la Orden, volvió al siglo, y murió, privado de vida y penitencia.

CAPITULO LXIII

Como se acusó á sí mismo de vana gloria.

Yendo una vez el Bienaventurado por la ciudad de Asis, una pobre anciana le pidió limosna, y él le dió el manteo que llevaba. Y, al mismo momento, volviéndose hácia sus compañeros, confesó que habia sido punzado por la vana gloria. Tales y semejantes ejemplos de su humildad sin igual, hemos visto y oido, nosotros particularmente versados en su conversacion, que no podemos referir por menudo ni por escritura, ni por palabras; en efecto, el Bienaventurado Francisco tuvo en eso especial y extrema atencion de no usar en nada de simulacion á presencia de Dios.

CAPITULO LXIV

Del fraile que deseaba el salterio.

Una vez cierto hermano lego, deseoso de tener el salterio, lo pidió al Bienaventurado Francisco, quien le dió las cenizas en lugar de lo que solicitaba.

CAPITULO LXV

Como dió su túnica á dos frailes.

Se encontraron un dia con el Bienaventurado Francisco, dos frailes de Francia, de grande santidad, y despues de mutuos coloquios llenos de gozo y consolacion, de dulces palabras y tiernos sentimientos: finalmente, le pidieron su túnica, por ardiente devocion. Y, luego luego se despojó el Bienaventurado y se la dió quedándose desnudo; y uno de ellos se despojó igualmente de su túnica y la entregó al Bienaventurado.

CAPITULO LXVI

Como dió á cierto pobre una parte de su vestido.

Vino una vez en el lugar donde estaba el Bienaventurado, un pobre pidiendo limosna; porque no tenia nada que darle, tomó un cuchillo y sentándose á parte, empezó á cortar un pedazo de su túnica, que quiso dar á este pobre.

CAPITULO LXVII

Como hasta la hora de su muerte quiso tener un guardian y vivir en sujecion.

Deseoso el Bienaventurado Francisco de perseverar en perfecta humildad y sujecion, pidió un guardian especial para venerarlo como á su prelado particular, y dijo á fray Pedro de Catania, á quien habia prometido obediencia : « yo te ruego, por la caridad de Dios, á que transmitas tu autoridad para conmigo á uno de mis compañeros, á fin de que le vaya

tributando obediencia como á tí mismo. Conozco, pues, el beneficio de la obediencia y cuan provechosa la sujecion á otro. » Admitida que fué su peticion, desde entónces hasta su muerte, fué sujeto en todos lugares, y manifestaba á su propio guardian una singular reverencia. Dijo otra vez á sus compañeros : « Entre otras gracias, me departió esta el Señor, que yo obedeceria tan bien al novicio entrado de hoy en religion, como al primero y mas anciano en la vida religiosa, y con tanta mas razon que debe el inferior considerar á su prelado no como á un hombre, pero como á Dios mismo, cuyo amor nos reduce en sujecion.

CAPITULO LXVIII

Como queria ser conocido de todos y cada uno.

Cuando el Bienaventurado Francisco, en el ermita de Poggio, predicaba á una gran multitud de pueblo, empezó á decir ante todo: « Sí, es verdad, habeis venido hácia mí con grande devocion, porque me considerais como á un hombre santo; y, no obstante, á Dios y á vos, confieso que he comido en la cuaresma alimentos guisados con tocino gordo. » Y, de esta

suerte, atribuia á la sensualidad lo que habia concedido á sus achaques. A pesar de que, por el mal del baso y la languidez de su estómago, quiso uno de sus compañeros que era su guardian, coser á su túnica un pedazo de piel de zorra, en el punto mismo del baso y del estómago; le respondió el Bienaventurado: « Si entiendes que lleve yo debajo de la túnica una piel de zorra, haga poner igualmente una afuera, para que conozcan todos los hombres que la llevo adentro. » Y así fué hecho.

CAPITULO LXIX

Como arrojó á los demonios por palabras de humildad

Se fué una vez el Bienaventurado Francisco á una iglesia desierta, con su compañero. Dijo al fraile: « Vuelva tú á la ladreria, porque quiero esta noche quedarme solo aquí, y mañana temprano volverás hácia mi. » Habiéndose, pues, quedado solo en oraciones largas y muy devotas, quizo reposarse un poco, lo que no pudo hacer por la repentina emocion de su

espíritu espantado y el temblor de su cuerpo, por cuanto se sentia asaltado por varias sugestiones diabólicas, con grande tumulto de los demonios, en el techo. Al punto, salió de la iglesia, y signándose, dijo : « De parte de Dios Todopoderoso, os declaro á vos, demonios, que podeis hacer en mi cuerpo segun lo que os permitiese el Señor Jesu-Cristo, estando como lo estoy, enteramente dispuesto á soportarlo todo, y, con tanta mas razon, que al atormentar mi cuerpo, me vengareis del mas malicioso enemigo que tenga yo en esta vida. » Y desvanecièronse al punto aquellas sugestiones.

CAPITLO LXX

Como vió un Fraile, en vision, que un asiento grande estaba preparado al Bienaventurado Francisco.

Por la mañana, pues, muy de alba, vino un fraile hácia el Bienaventurado Francisco, que estaba en oracion delante del altar : lo esperó fuera del coro, y como se hubiese echado á rezar á presencia del Crucifijo, fué arrebatado á los cielos, donde entre numerosos asientos vió á uno mas notable, adornado de piedras preciosas y en extremo brillante de gloria sin

par. A la vista de tan grande hermosura, preguntábase á sí mismo á quien tocaria un tal asiento. Entonces, oyó una voz que le dijo: «El que ocupaba este asiento, ha caido, y se sentará en su lugar el humilde Francisco.» Vuelto en sí, salió el fraile con el Bienaventurado, y, al momento, se arrojó á sus piés, las manos en cruz, como si estuviese ya en el cielo, sentado sobre este trono: «Padre, le dijo, ruegue á Dios que me tenga á merced y me perdone mis pecados.» Entonces, extendiendo la mano, Francisco lo levantó, y conoció al mismo tiempo lo que habia visto en la oracion. Despues, caminando juntos, el fraile empezó á discurrir con él:

«¿Qué piensas, hermano, de tí mismo?» A que el Bienaventurado respondió: «Me parece ser el mayor pecador del mundo.» Y, de repente, fué dicho al fraile: «Por eso puedes juzgar por señal cierta cuan verdadero es lo que has visto; en efecto, así como perdió su asiento el que pecó por soberbia, así por humildad, Francisco merecerá ser exaltado.»

CAPITULO LXXI

Como queria inducir al Emperador á que hiciese una ley especial por la Natividad de Dios.

Inflamado de ardiente caridad hácia el dia de la Natividad del Señor (*nota* 13), decia á veces á sus frailes : « Si, por ventura. hablase yo con el emperador, le suplicaria y me esforzaria en persuadirle á que hiciese una ley especial para obligar á los hombres á esparcir trigo y otras semillas por los caminos, fuera de las ciudades y castillos, á fin de que las

aves, y en particular *nuestras hermanas las alondras*, tuviesen la *pecorea*, y esto por reverencia á tan hermosa solemnidad. Y se recordaba con lágrimas la pobreza de la Santísima Vírgen María, en esta noche, en que puso á su hijo en el pesebre entre el buey y el asno.

CAPITULO LXXII

Esta es carta (*nota* 14) mandada por el Bienaventurado Francisco al Padre General.

¡Dios te bendiga! Te declaro segun mi poder que todo cuanto parezca oponerse á que ames al Señor Dios, como cualquiera que se opusiese á tí, frailes ú otros, aunque te golpeasen: que todo esto lo debes tener como una gracia y voluntad divina, asi y no de otro modo. Ame á quien te trata de esta suerte; no exige de nadie sino lo que el Señor te diese;

ámelos queriendo que lleguen á ser mejores cristianos. Conoceré que ames á Dios, y á mi su servidor y el tuyo, si te arregles en esta manera, á saber : que no haya á este mundo ningun fraile quien habiendo faltado tanto cuanto pudiese faltar, y habiendo visto tus ojos no se separe jamás de tí sin la gracia de la misericordia. Y, si él no implorase misericordia, pídasela á él. Y, si viniese mil y mil veces á tu presencia, ámelo mas que á mí; y, por este medio, lo traerás otra vez al bien. A toda alma estraviada sea tú misericordioso : declare á los guardianes que has deliberado de no obrar en ello diferentemente. Si sucediese que los frailes sepan la falta de un fraile, que no lo avergüencen por esto, ni se lo reprochen mas, que tengan para con él grande mansedumbre y dejen cubierto su pecado, por cuanto el médico no tiene nada que hacer á los sanos y robustos, y mas bien á los débiles enfermos. Cuando un fraile, por instigacion del enemigo, viniese á caer en una culpa mortal, que esté obligado, en virtud de la santa obediencia, á recurrir al guardian ; y lo mismo por obediencia, lo enviará el guardian al custodio, quien lo asistirá como él mismo quisiese ser asistido, en el caso en que hubiese caido en semejante pecado. La única penitencia que les sea permitido dar, consiste en decir : « Vete y de aquí en adelante cúidete de no pecar. Haga esto, y estés bien salud. »

CAPITULO LXXIII

Como por vision fué asegurado del reino de Dios.

Como estuviese á Foliño el Bienaventurado (*nota* 15), fray Eliseo su vicario, le dijo que habia conocido, mediante una vision, que la duracion de su vida no era mas que de dos años. Inmediatamente se entregó á las manos y cuidados de ciertos frailes, sus mas familiares amigos, á quienes amaba por sus virtudes, y se hizo conducir al monte Alvernia.

CAPITULO LXXIV

De la Divina Providencia para con él.

Estando el Bienaventurado en el ermita ve
cina de Rieti á causa de la enfermedad de su
ojos, cada dia lo visitaba un médico oculista
por tanto, dijo un dia á uno de sus compañe
ros : « Id, y dad de comer muy bien al médic
para confortarlo. » El guardian respondió
« Padre, con grande pena debemos confesa
que somos tan pobres que no nos atrevemos

convidarle con nosotros. » Y el Santo : No me lo hagan repetir otra vez. » Y el médico, por su lado : « Sí, carísimos hermanos, una delicia será para mí vuestra pobreza. » Se fueron los frailes, y prepararon la mesa muy escasa y mezquina, á saber un poco de pan, vino y legumbres cocidas por su propia necesidad. Y, habiéndose dispuesto á comer, llamaron á la puerta del convento; habiéndose levantado entónces un fraile, se fué y abrió la puerta ; y he aquí una muger que llevaba una canasta con un pan muy blanco, pescado, pastelerías y uvas hermosas y frescas. A vista de tal abundancia, los Frailes y el médico se regocijaron y se maravillaron grandemente. Y el médico, suspirando dijo : « No hemos conocido todavía la santidad de este varon, ni aun vosotros mismos, hermanos mios. »

CAPITULO LXXV

De su humilde respuesta á cierto doctor del Orden de Predicadores relativamente á un texto de la Escritura.

El Bienaventurado Francisco, habitando cerca de Siena, vino hácia él cierto doctor en sagrada teologia, de la Orden de Predicadores, varon muy espiritual. Despues de largas y muy dulces pláticas sobre la palabra de Dios, dicho maestro alegó este texto de Ezequiel : « Si tú no declaras al mal creyente la malicia de su mala creencia, yo revendicaré de tu mano el

precio de su alma. » Y dijo al Bienaventurado: « Buen Padre, conozco numerosas gentes en pecado mortal, á quienes no denuncio su mala creencia y malignidad. ¡Eh qué! ¿se me pedirá un dia cuenta de sus almas? » El Bienaventurado representó que él era idiota y necesitaba mucho mas ser enseñado que de hacer el docto tocante á las Escrituras. Entonces, aquel humilde maestro insistiendo : « Hermano, dijo, no obstante que yo haya oido la exposicion de esta palabra de boca de hombres sabios y suficientes, á pesar de esto recibiré de buena gana la inteligencia que de ella tienes. » Pues, el Bienaventurado Francisco : « Si se ha de tomar en general la palabra, la entiendo en esta manera que obligatorio es al servidor de Dios relucir ardientemente en sí mismo, y, por tanto, responder por el efecto de una santa y buena vida, de suerte que reprehenda á todos los malos creyentes por la luz de sus ejemplos y la voz de una conducta santa; y entonces, mediante esplendor de vida celestial y perfume de un verdadero renombre, denunciará á todos y cada uno su iniquidad. » Y, este doctor despidiéndose en maravillosa edificacion, dijo á los compañeros del Bienaventurado Francisco : « Hermanos, la teologia de Francisco, por pureza y contemplacion, no es menos arrebatadora que el vuelo del águila, miéntras que nuestra ciencia enfermiza se arrastra sobre la tierra.

CAPITULO LXXVI.

Como quiso que lo transfiriesen á Asis.

El Bienaventurado estando enfermo en Siena oprimido y agobiado de dolores, mas que de costumbre, de tal suerte que pareciese que el Señor lo quisiese retirar hácia sí, acudió prontamente cerca de él fray Eliseo, su vicario, á causa de la vision en que su muerte próxima le habia sido manifestada en Foliño, y transfirió al Bienaventurado Padre á Asis.

CAPITULO LXXVII

Sigue la alabanza de las creaturas, la que profirió el B. Francisco poco ántes de su muerte.

«Altísimo, Todopoderoso y muy Buen Señor, á tí es la alabanza, la gloria, el honor y toda bendicion: Tú solo eres digno de ello, y ningun hombre es capaz de celebrarte.

«Alabado sea mi Señor, con todas sus creaturas, especialmente nuestro *señor hermano* el Sol, que nos da la luz é ilumina como su vicario, hermoso y radiante de vivo esplendor. De tí, Señor, él dá testimonio.

« Alabado sea mi Señor, por nuestra *hermana* la luna y por las estrellas, que El ha formado en el cielo, claras, preciosas y brillantes.

« Alabado sea mi Señor, por el *hermano viento* y el aire, la nube y el sereno de toda estacion, por donde entretienes á todas las creaturas.

« Alabado sea mi Señor, por el *hermano agua*, muy útil y humilde, piadosa y casta.

« Alabado sea mi Señor, por el *hermano fuego*, con que Tú iluminas la noche, bello, gracioso, muy fuerte y poderoso.

« Alabado sea mi Señor, por nuestra *madre la tierra*, que se deleita en soportarnos y sustentarnos, produciendo frutos diversos, yerba y flores de alegres colores.

« Alabado sea mi Señor, por los hombres fáciles á perdonar por Su amor y soportar las enfermedades y tribulaciones. Bienaventurado quien los soporte en dulce paz : él, será coronado por Tí, ¡O Altísimo!

« Alabado sea mi Señor, por *nuestra hermana* la muerte corporal, que ningun hombre viviente puede evitar.

« Desgraciado del que muere en pecado mortal. Bienaventurado quien se conforma á las santísimas voluntades de Dios, porque no le será nociva la segunda muerte.

« Alabad y bendecid á mi Señor, dadle gracias y servidle en grande humildad. »

CAPITULO LXXVIII

Como quiso avisar á Roma á una señora Jacoba (*nota* 16) de su muerte próxima.

Estando en el lugar de S. María de Porciúncula, en su última enfermedad, de que murió, el Bienaventurado Francisco llamó á su compañero y le dijo : « Sabes como una señora Jacoba de Soltesole fué y es actualmente fiel y devota á mí y á nuestra religion. Y, por consiguiente, pienso que considerará como gracia y soberano consuelo si le haces conocer el estado en que estoy, convidándola á que me

envie de este paño de color como la ceniza, y tambien de este manjar que en Roma se llama mortarola, amasado con almendras, miel y otras especies. » Era, en verdad, esta señora muy espiritual, y viuda de las mas nobles y ricas de Roma. Mediante los méritos y predicacion del Bienaventurado, habia conseguido del Señor Dios una gracia tan bella que estaba siempre doliente y llorosa por amor y devocion al dulcísimo Señor Jesus, y que lo mismo como á Magdalena, perdon entero de todos sus pecados le estaba otorgado. La carta fué escrita así como lo habia dicho el Santo. Y, mientras tanto que se buscaba á un Fraile por mensajero, de repente golpearon á la puerta, y ved aquí venir á mi señora D.ª Jacoba, acudiendo apresurada á visitar al Bienaventurado Francisco. Conocida ya por uno de los Frailes, este vino avisar con grande gozo al Bienaventurado que mi señora D.ª Jacoba habia llegado de Roma con su hijo, provista de muchas cosas. « ¿Padre, qué haremos? dijo él, ¿la dejaremos entrar y venir hácia tí? » En efecto, por una expresa voluntad del Bienaventurado Francisco estaba ordenado que á causa de la honestidad y devocion del lugar, ninguna mujer tuviese que entrar en este claustro. A lo que respondió el Bienaventurado: « No es posible observar esta constitucion para con una mujer semejante. Ved que fé y fervor le han atraido aquí de

paises tan lejanos. » Entró, pues, mi señora, sumerjida del todo en lágrimas y afliccion, á la presencia del Bienaventurado Francisco. Era esto una maravilla, puesto que le traia paño color de ceniza, para la túnica, y todas las cosas mencionadas en la carta, como si lo hubiese tenido en manos. Entonces, mi señora dijo á los Frailes : « Hermanos, como oraba, me fué significado en espíritu : Véte, y visita á tu hermano Francisco; véte pronto sin tardanza, porque si tardases, no lo encontrarias mas en vida. Llévale tal paño por la túnica, y tales especies por un cierto manjar, y tambien para los cirios cantidad de cera, y aun de inciensos. » Pues, todas estas provisiones, ménos el incienso, estaban descritas en la carta. Sucedió de esta suerte que aquel mismo que sopló y mandó al Espíritu Santo á los Reyes para que fuesen, con sus dones, á honrar al Hijo de Dios en el dia de su Natividad, mandó semejantemente á esta señora noble y santa, á honrar á su muy amado servidor, en el dia de su muerte; ¿qué dije? en el dia de muy verdadera natividad. Mi señora preparó, pues, los manjares que estaba deseoso de comer el Santo, aunque no comiese sino muy poco, á causa de sus continuos desfallecimientos y deliquios, indicio de muerte cierta. Aquella compuso además gran número de cirios para que luciesen delante de su santísimo cuerpo. Los Frailes

hicieron la túnica, en que fué sepultado, y el Bienaventurado les mandó que tuviesen que coser el saco encima de él, en señal y demostracion de santísima humildad y de *nuestra señora* la pobreza.

CAPITULO LXXIX.

Como cerca de morir, se hizo llevar en Santa María de Porciúncula.

Entre tanto, el Bienaventurado Francisco, asegurado como lo estaba por el Espíritu Santo de su muerte próxima, estando en el palacio del Obispo de Asis, se hizo llevar por los Frailes á Santa María de Porciúncula, para morir y acabar sus dias á donde habia probado primero la vida y la luz del alma. Cuando estuvo en este lugar en su última enfermedad,

convidaba con frecuencia á los Frailes á que cantasen las alabanzas de Dios. Habiendo cenado antes de su muerte con todos los Frailes, que muy amargamente lloraban, del todo inconsolables, el Bienaventurado Francisco, en muy bella devocion y reverencia, levantó las manos hácia Dios y dijo con extremo gozo: « Que sea la bienvenida mi *hermana muerte.* Cuando acabó la lectura del Evangelio y que hubo bendecido á sus hijos, se hizo despojar de su túnica y deponer desnudo en tierra. Hecho eso, un poco despues, pasó de la vida presente y se reunió á Dios, en el cielo, muy de mañana, el cuatro de Octubre de 1226. Acudió el pueblo con los clérigos de Asis á Santa María de Porciúncula, y levantaron el cuerpo del lugar en donde habia muerto, cantando himnos y cánticos, con ramos de árboles en las manos. Lo llevaron á San Damian por el consuelo de sus hijas y servidoras, y sacando la balsustrada al traves de que acostumbraban comulgar, los Frailes pusieron el santo cuerpo y lo mantuvieron en este punto hasta que mi señora D.ª Clara y sus hermanas se hubiesen consolado con la vista de sus llagas, aunque por lo demás tristes y dolientes y bañadas en lágrimas por ser privadas del sosten y de las admoniciones del Bienaventurado Francisco, su maestro y Padre.

I.

Siguen las adiciones hechas á la vida de S. Francisco, á fin de que sea completa en todo punto.

Cuando hubo acabado de recitar el Salmo CXLI y estas palabras : « *Me expectant justi, donec retribuas mihi*, (1) á la una de la noche, el 4 de Octubre, San Francisco cesó de vivir. En el mismo momento, gran número de alondras, que el Santo convidaba á cantar con él las alabanzas de Dios, se vinieron volando sobre el techo de la Porciúncula, y suavemente gorgearon como para celebrar su gloria en el

(1) Me esperan los justos, hasta que me dés la recompensa.

cielo (San Buenavent., leyenda, c. XIV). Fray Augustin, ministro provincial en la tierra de Labor, vió su alma subir al cielo bajo la figura de una estrella resplandeciente. En Benevento, apareció á Guido, Obispo de Asis, que se volvia al monte Gargan, y le dijo: « Que salia del mundo para unirse á Jesu-Cristo. » Se hizo presente á varios otros de sus hijos.

Sus Religiosos lavaron y embalsamaron su cuerpo, el que fué embalsamado, dice Celano, mas aun por los perfumes celestiales que por las esencias de la tierra. Segun Salimbene de Parma, fray Leon, compañero de San Francisco, que fué presente cuando se lavaba su cuerpo para enterrarlo, le dijo: « Que parecia como un crucifijado bajado de la cruz. » Su corazon y sus entrañas fueron depositados en la iglesia de Santa María de Porciúncula.

Pero, oigamos á Celano: « Por la mañana, el pueblo de Asis se reunió con todo el clero, y levantando el sagrado cuerpo del lugar en que habia muerto, con el canto de himnos y cánticos, con el sonido de las trompetas, lo llevaron á la ciudad con todo honor. Cada uno tomó ramos de olivos y de otros árboles, y celebraron con solemnidad sus sagradas exequias, á la luz de mil antorchas; y, en voz alta y sonora, le rendian el tributo de sus alabanzas (p. 96) Los hijos portaban á su padre y el rebaño seguia al pastor, que se habia ido al Pastor uni-

versal. Llegaron, pues, al lugar á donde el mismo habia fundado la religion y la Orden de las sagradas Vírgenes y Pobres Señoras. Lo depositaron en la iglesia de San Damian, asilo de las hijas que él habia conquistado al Señor Fué abierta la pequeña puerta por donde las servidoras del Cristo acostumbraban comulgar con el Santísimo Sacramento. Se descubrió el arca en que estaba encerrado el tesoro de las virtudes sobrecelestiales, y llevado por algunos hombres aquel que llevaba á tantos otros. Y he aquí que Clara, resplandeciente de méritos, la madre y la primera planta de esta santa Orden, vino con sus hijas á ver á su padre que no les hablaba mas y no debia mas volver hácia ellas, salido para otras regiones. Y, los ojos fijos sobre él, con mil suspiros, con profundos gemidos y torrentes de lágrimas, exclamaron ellas con voz sofocada : « Padre nuestro, padre nuestro, ¿qué haremos nosotros? ¿Qué llegaremos á ser?... » Así divididas entre la tristeza y el gozo, ellas besaban sus manos relucientes de perlas las mas preciosas y de rubíes brillantes (las santas llagas). Lo apartaron de allí, y se cerró la puerta para no abrirse mas á tan grandes dolores (p. 98).

Fray Elías, vicario de la Orden, se apresuró en anunciar su muerte á los superiores y frailes de las varias provincias. Su carta merece ser referida por entero.

A fray Gregorio, amado en el Cristo, ministro de los Frailes que están en Francia, así como á todos sus Hermanos y maestros, fray Elias pecador, salud.

« Antes de empezar, estoy supirando; como las aguas que desbordan, así mi corazon. ¡Hay! el temor que recelaba, ha caido sobre mí así como sobre vos, y lo que formidaba ha llegado hasta mí y hasta vos, porque está lejos de nosotros el consolador, y aquel que nos llevaba como corderos en sus brazos, ha salido á lo lejos en una region estranjera. Caro á Dios y á los hombres, ha sido recibido en la morada de la luz, despues de haber enseñado á Jacob la ley de vida y ciencia, y dado á Israel el testamento de paz. Regocijémonos á causa de él, y lloremos sobre nosotros mismos, que las tinieblas rodean en su ausencia y que cubre la sombra de la muerte. Comun es la pérdida, para mí solo el peligro, dejado como lo estoy al mas espeso de la obscuridad, apresurado de mil cuidados y oprimido de dolores sin número. Por tanto os suplico, hermanos mios, de

participar de mi dolor, que no tiene medida, como participo del vuestro, porque os habeis quedado huérfanos y privados de la luz de nuestros ojos. Sí, en verdad, era una luz la presencia de nuestro hermano y padre Francisco, tanto para nosotros sus amigos y familiares, como para los que sus costumbres y profesion alejaban de nosotros. Él era la luz, enviada por la Luz verdadera que ilumina á los hombres sentados en las tinieblas de la muerte, para dirigir sus piés en las vias de la paz. Como el sol en lo mas alto de su curso, él iluminaba sus corazones y encendia sus voluntades con el fuego de su amor, predicando el reino de Dios, y convirtiendo los corazones de los padres hácia sus hijos, y los insensatos á la prudencia de los justos: en el mundo entero ha preparado una generacion nueva. A lo lejas, en las islas, su nombre se ha esparcido, y todas las regiones han admirado las maravillas de sus obras. No os entristezcais, pues, desmedidamente, hijos mios y Hermanos mios. porque Dios, el Padre de los huérfanos, derramará sobre vosotros sus mas santas consolaciones. Y si llorais, llorad sobre vosotros mismos, y no sobre él; nosotros, pues, en medio de la vida, estamos en la muerte, mientras que él ha pasado de la muerte á la vida. Regocijaos, puesto que ántes de sernos arrebatado, como otro Jacob, ha bendecido á todos

sus hijos, y les ha perdonado todas las faltas que hubiesen cometido ó pensado en contra de él.

« Os anuncio un grande gozo y un prodigio enteramente nuevo. Desde el curso de los siglos, jamás fué oido, á excepcion del Hijo de Dios, quien es el Cristo-Dios. Largo tiempo ántes de su muerte, nuestro hermano y padre apareció crucifijado, llevando en su cuerpo cinco llagas, verdaderas señales de Cristo, por cuanto sus manos y sus piés estaban traspasados de parte en parte por los clavos, de que conservaban las cicatrices y manifestaban el color negro de estos mismos clavos. Su costado, que parecia abierto por una lanza, de repente arrojó sangre. Mientras que su alma vivia aun en su cuerpo, no poseia belleza ninguna; era descompuesto su rostro, todos sus miembros sufrian los mas crueles dolores, entorpecidos por la contraccion de los músculos, como suelen estar los hombres muertos. Mas, despues de su muerte, su semblante apareció con una belleza encantadora, brillando de un candor maravilloso y regocijando á quien lo miraba. Y sus miembros, tiesos ántes, se hicieron flexibles y prestándose á todas las posiciones, como el cuerpo de un niño tierno y delicado. Bendecid, pues, Hermanos mios, delante de todos, al Dios del Cielo y de la tierra, alabadle por su misericordia, al tener en me-

moria á nuestro hermano y padre Francisco, por la alabanza y gloria de Aquel que lo ha exaltado entre hombres y glorificado delante de los ángeles. Rogad por él, como nos lo ha pedido, y rogadle á él mismo, para que con él, Dios nos haga participar de su gracia. Amen.

» El 4 de las nonas de Octubre, dia domingo, á primera hora de la noche precedente, nuestro hermano y padre Francisco ha ido á Cristo. Vos, entonces, carísimos hermanos mios, en cuyas manos llegará esta carta, siguiendo el ejemplo del pueblo de Israel, cuando lloró á Moises y Aaron, dejad correr vuestras lágrimas, privados que sois de las consolaciones de un padre incomparable; aunque pues, sea un deber de piedad el de regocijarse con Francisco, no lo es menos el de llorar á Francisco. En efecto, la piedad se regocija con Francisco, porque léjos de morir, él ha pasado á las festividades del Cielo, llevando consigo el caudal de sus méritos para volver al plenilunio. La piedad llora tambien á Francisco, porque el que entraba y salia como Aaron, que nos departia de su tesoro las cosas nuevas y antiguas y nos consolaba en todas nuestras tribulaciones, ha sido arrebatado de entre nosotros, y he aquí que estamos huérfanos y sin padre. Pero, como escrito está : *A tí el pobre ha sido abandonado, tú serás al huérfano un ayuda y socorro,* orad todos, hermanos carísimos,

para que, habiendo sido hecho pedazos en el valle de los hijos de Adan el vaso de barro, se digne el Soberano Artífice sacar otro de ello con honor, que esté sobre la multitud de nuestra generacion y como un verdadero Macabeo, nos precede al combate. Y, puesto que orar por los muertos es cosa saludable, orad por su alma al Señor. Que cada sacerdote diga tres Misas, cada clérigo el Salterio, los hermanos legos cinco *Pater*, que los clérigos hagan en comun la vigilia de los muertos. Amen. »

Los restos mortales de San Francisco fueron transportados con grande aparato del monasterio de San Damian á la iglesia de San Jorge en Asis : una urna de mármol, colocada en el Santuario, los recibió. Gregorio IX, amigo sincero del Santo y protector celoso de su Orden, habiendo venido á Asis, decretó para él la gloria de los altares, el 16 de Julio de 1228, y colocó la primera piedra de la iglesia edificada á su culto sobre la colina de Infierno (*nota* 17). Y cuando fué acabada, quiso, el 15 de Mayo de 1230, que su santo cuerpo fuese trasladado de la iglesia de San Jorge á la iglesia recientemente fundada en su honor. Durante casi seis siglos, los hijos de San Francisco desearon, pero en vano, venerar su tumba conservada, segun una constante tradicion, debajo del altar mayor de la primera iglesia de esta basilica. Mas, Dios la mantuvo escondida hasta el

pontificado de Pio VII. La volvieron, en fin, á encontrar y la abrieron, y una vez reconocido por testigos jurídicos que encerraba los venerables restos del Seráfico Padre, el Pontífice aprobó el decreto de la Congregacion de Ritos del 1.º de Agosto de 1820, concebido en estos términos: *Constare de identitate corporis San Francisci.* (1)

(1) Que consta de la identidad del cuerpo de San Francisco.

II

Del fervor de su Caridad y de su deseo del martirio.

SAN BUENAVENT. LEYENDA, C. 9.

Abrasado del fuego de la Caridad, San Francisco deseaba con ardor el triunfo del martirio, en que la llama del amor no se puede apagar, ni la fuerza debilitarse. Por tanto aspiraba, impelido por esta caridad consumada, que expele el temor, á ofrecerse á Dios mediante la llama del martirio como una hostia viviente, para devolver á Cristo muerte por muerte, y provocar á los demás al divino amor.

Pues, en el sexto año de su conversion, con el designio de predicar la fé cristiana y la penitencia á los Moros y otros infieles, se dispuso á pasar á la Siria, y habiéndose embarcado en un navio, fué empujado por los vientos contrarios en las costas de la Esclavonia. Cuando se hubo quedado allí algun tiempo sin encontrar un medio de pasage, frustrado de sus deseos, rogó á marineros que iban á Ausona, para que lo tomasen con ellos por el amor de Dios, los que lo rechazaron obstinadamente á causa de la carestia de los víveres. Mas el santo varon animado de una confianza sin límites en la bondad del Señor, entró en el navío sin que lo supiesen, con su compañero. Entonces, se presentó un personage, enviado del Alto, segun la comun creencia, en favor de su pobre, el que llevaba víveres, y llamando hácia sí á un hombre del equipage que temia á Dios: « Conserve tú estas provisiones, le dijo, por los pobres frailes escondidos en el navío, y en el tiempo de la necesidad, les harás participar de ellas amigablemente. » Sucedió, pues, que los marineros, traqueados durante varios dias por los vientos sin poder abordar á ninguna parte, consumieron todo cuanto tenian y que no se quedó sino la limosna otorgada al pobre Francisco. Tan módica como fuese, multiplicóse por la virtud de Dios y satisfizo plenamente hasta el puerto de Ausona á las necesida-

dos de todos, detenidos en mar por la violencia de la tempestad. Los marineros, considerando que habian escapado á los peligros de la muerte en vista de los méritos del servidor de Dios, despues de haber sentido los horrores del mar, testigos de las maravillas del Señor sobre el abismo, rindieron gracias al Dios Omnipotente, siempre amable y admirable en sus amigos y servidores. Cuando hubo empezado á caminar en tierra, Francisco esparció la semilla de la salvacion de que recogia las abundantes gabillas.

No obstante, el aliciente del martirio habia seducido de tal manera su alma, que ningun mérito estimaba mas excelente que el de una preciosa muerte por Cristo. Se encaminó hácia el Marrueco para predicar el Evangelio al Miramolin y á su pueblo, y coger si fuera posible la palma del martirio, transportado de una pasion tan ardiente que á pesar de la debilidad de su cuerpo, precedia á su compañero de viage y parecia volar, enagenado de espíritu, al objeto de su deseo. Mas, cuando hubo llegado á España, por disposicion de Dios, quien le reservaba á otros designios, le sobrevino una grave enfermedad, y le fué forzoso detenerse. El varon de Dios, aunque apreciase la muerte como una ganancia, comprendió que su vida en la carne estaba necesaria aun á los hijos que habia engendrado. Volvió, pues, á apacentar las ovejas cometidas á su solicitud.

Empero, impelido sin cesar al martirio por un ardor siempre renaciente, por la tercera vez, en honor de la Santísima Trinidad, cuya fé queria esparcir á precio de su sangre, intentó de ir entre los infieles; y, el año décimo tercio de su conversion, partió de la Siria al través de mil peligros, para llegar á la presencia del Soldan de Babilonia. Entre los cristianos y los moros, una guerra implacable existia entonces: los dos acampamentos estaban colocados enfrente el uno del otro, de suerte que el pasage entre ambos no era practicable sino con peligro de la vida. Pues, el Soldan habia publicado un edicto terrible, en que prometia una pieza Bizantina de oro á cualquiera que le trajese la cabeza de un Cristiano. Pero, el intrépido soldado del Cristo, Francisco, resolvió conducir á buen término su empresa, no siguiendo sino su pasion, y no teniendo cuidado ninguno de la muerte. Armado de la oracion y reconfortado en el Señor, cantaba con confianza estas palabras del Profeta: *Aun cuando caminase en medio de las sombras de la muerte, nada temeria, porque estás conmigo.* Habiendo, pues, tomado consigo á su compañero fray Iluminato, varon ciertamente de luces y virtud, se puso en camino, y encontró desde luego dos ovejas. A esta vista, se regocijó el Santo varon y dijo á su compañero: «Ten confianza, hermano mio, al Señor; pues, esta palabra del

Evangelio se verifica : « *He aquí que yo os envio como ovejas en medio de los lobos.* » Habiéndose adelantado mas, acudieron hácia ellos los satélites moros, que como lobos precipitáronse sobre ovejas, agarraron á los servidores de Dios, los trataron con desprecio y crueldad, los colmaron de ultrajes y cargaron de golpes y cadenas. Magullados y atormentados de esta suerte, los arrastraron hasta el Soldan, favoreciendo así la Providencia el deseo de su servidor. Este príncipe preguntó por quien, para qué, en qué calidad estaban enviados, y por qué camino habian penetrado hasta él; y Francisco, con un corazon impasible : « No es un hombre, le dijo, es el Dios Altísimo que me ha enviado hácia tí, para mostrarte así como á tu pueblo el de la salvacion y anunciarte el Evangelio de verdad. »

Predicó al Soldan el Dios Trino y Uno, y el Salvador de todos, Jesu-Cristo, con una constancia, un fervor de espíritu tan sorprendentes que en él se cumplian con clara verdad esta promesa del Evangelio : *Yo os daré una palabra y sabiduria, á que no podrán resistir ni contradecir vuestros adversarios.* En efecto, el Soldan que admiraba en el varon de Dios esta virtud y este fervor, se complacia en escucharle y hacia instancias para que [se detuviese cerca de él. A lo que el servidor del Cristo, iluminado de una luz de lo Alto, respondió : si

quieres convertirte al Cristo,con tu pueblo, por Su amor demoraré de buena gana entre vosotros. Que si estás hesitando á repeler por la Ley del Evangelio, la ley de Mahoma, mande que se encienda un gran fuego, y entraré yo con tus sacerdotes en este fuego, y conocerás de esta suerte cual es la fé mas santa y segura que se ha de tener. » El Soldan: « No creo que mis sacerdotes estén dispuestos á exponerse al fuego por la defensa de su fé ó querrán arrostrar tormentos algunos. » Pues, habia notado á uno de ellos, hombre anciano y de autoridad, que se alejó de su presencia oida apénas la proposicion de Francisco. El servidor de Dios le repartió: « Prométeme para tí y tu pueblo de convertiros al culto del Cristo, si salgo bueno y sano del fuego; yo entraré en él solo; que si me devorare, imputadlo á mis pecados. Mas, si me protege el poder de Dios, reconoced que el Cristo es la virtud y sabiduría de Dios, Dios verdadero y Salvador de todos los hombres. » El Soldon alegó que no se atrevia á aceptar este desafio por temor de una sedicion popular. No obstante, le ofreció numerosos y preciosos presentes, que despreció como el barro el varon de Dios, poseido únicamente de la pasion de la salvacion de los hombres. Un desprecio tan entero por las riquezas de este mundo, lo arrebató de admiracion y le hizo conce-

bir una sincera devocion para con Francisco.

Aunque no quisieron ó quizás no se atreviese á adherir á la ley del Evangelio, suplicó al servidor de Cristo aceptase á los cristianos pobres ó á las iglesias, por su propia salvacion. Pero, Francisco rehusó, porque tenia horror al peso del dinero y no encontraba en el alma del Soldan la raiz de una sincera piedad. Como, pues, no adelantaba por la conversion de este pueblo y por el fin que se habia propuesto, volvió, en virtud de una revelacion, á las regiones de los fieles. Así, gracias á la clemencia de Dios y á los méritos del santo varon, sucedió por una disposicion á la vez misericordiosa y maravillosa, que el amigo de Cristo buscó para él la muerte con todas sus fuerzas, sin poder encontrarla, y que, al mismo tiempo que iba recogiendo las gracias del martirio, él fué preservado para ser algun dia decorado de un privilegio enteramente especial. Sucedió aun que este fuego divino ardiese con mayor fuerza en su corazon, para esparcirse mas tarde con mayor brillo en su carne. ¡O varon en verdad Bienaventurado! tu carne, sin ser despedazada por el fierro de un tirano, llevó no obstante la semejanza del Cordero inmolado. ¡O mil veces y plenamente Bienaventurado! pues que tu alma, aunque no sucumbiese á la espada del perseguidor, se enriqueció del trofeo de los mártires.

III

De las sagradas llagas.

S BONAVENT. LEYENDA C. 13

El angélico varon Francisco acostumbraba no reposarse jamás en la práctica del bien; y, como los espíritus celestiales sobre la escala de Jacob, ora subia hácia Dios, ora bajaba hácia su prójimo. Sabia distribuir con discrecion el tiempo concedido al hombre para merecer, de suerte que daba una parte de él al prójimo con laboriosa ganancia, y consagraba la otra

á los pacíficos vuelos de la contemplacion. Por tanto cuando, segun la exigencia de los lugares y tiempos, se habia empleado á procurar la salvacion de sus hermanos, huia del tumulto de la multitud y buscaba el secreto de la soledad y los lugares recogidos, para ocuparse con mas libertad de Dios, y sacudir el polvo que hubiese podido pegarse á él, en el comercio de los hombres.

Pues, dos años antes de dar el alma al Cielo, guiado por la Providencia, despues de haber sufrido muchos trabajos, fué conducido en un lugar elevado y solitario, llamado el monte Alvernia. Cuando, pues, segun su costumbre, hubo empezado á ayunar cuarenta dias en honor de San Miguel Arcangel, mas abundantemente embriagado de las dulzuras de la contemplacion y devorado por mas extraña llama de las aspiraciones celestiales, sintió abundar y acumularse en su alma el torrente de las aspiraciones supernas. Estaba arrebatado en lo alto, no por el movimiento de un corto escudriñador de la inefable Magestad, digno de ser oprimido por la gloria; pero, sí, por el celo del servidor fiel y prudente, celoso de inquirir la voluntad de su Dios, á la que, con un ardor soberano, deseaba conformarse de todo punto. Una voz de Dios le habia asegurado interiormente que al abrir el Libro de los Evangelios, Cristo le declararia lo que el Señor

agradaria mas en él, y tocante á su persona. Habiendo, entónces, hecho oracion con un fervor particular, y tomado del altar los Santos Evangelios, en nombre de la Santísima Trinidad, los hizo abrir por su compañero, varon santo y devoto. Mas, por cuanto en la triple abertura del Libro se ofrecia siempre la pasion del Señor comprendió el varon lleno de Dios que habiendo imitado á Cristo en sus acciones, tenia que imitarle tambien en las aflicciones y dolores de su pasion, antes de salir de este mundo. Y aunqne por las austeridades de su vida pasada y su constancia á llevar la cruz del Señor, su cuerpo fuese reducido á una extrema debilidad; no obstante, léjos de atemorizarse, animóse con un valor mas varonil al sufrimiento del martirio. Estaba llevado, pues, por un insuperable incendio de amor para con el buen Jesus, semejante á lámparas de fuego y llamas, caridad vehemente, mas poderosa que el poder de las grandes aguas.

Mientras que estaba sublevantado y arrebatado en Dios por los ardores de sus seráficos deseos, transformado mediante una dulzura de compasion, en Aquel que un exceso de caridad habia conducido al mas horrendo de los suplicios: una mañana, cerca la fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, haciendo oracion en el pendiente de la montaña, vió á un Serafin, que tenia seis alas muy resplandecientes

de fuego y de luz, bajar de la altura de los cielos. Y, con un vuelo rápido, habiendo llegado á un lugar vecino del varon de Dios, apareció entre sus alas la semejanza de un hombre crucificado, con los piés y manos extendidos en forma de cruz, y clavados á la misma cruz. Dos alas se elevaban por encima de su cabeza, dos se desplegaban para volar, y dos otras cubrian su cuerpo. A este espectáculo, él fué sobrecogido de estupor, y se estremeció su corazon de un gozo mezclado de dolor. Se regocijaba de lo que tenia de amable esta visita, viéndose mirado por el Cristo, bajo la forma de un Serafin, mientras que el sufrimiento de la cruz, como una espada, traspasaba su alma de un dolor compasivo. Era extrema su estupefaccion á presencia de tan misteriosa vision, sabiendo que la enfermedad de pasion no puede hermanarse con la inmortalidad de un espíritu Seráfico. En fin, con la luz del Señor, conoció su sentido oculto, á saber como el amigo de Cristo debia transformarse del todo en la similitud de Jesus crucificado, no por el martirio de la carne, pero sí, por un fuego enteramente espiritual.

Esta vision, al desaparecer, dejó en su corazon un ardor maravilloso y en su carne el vestigio no menos maravilloso de señales é impresiones. En efecto, se manifestó desde luego en sus piés y manos la señal de los clavos.

tales como las habia visto ántes en la semejanza de este hombre crucificado. Sus manos y sus piés parecian taladrados en el medio por los clavos, cuya cabeza era visible en la parte interior de las manos y en la parte superior de los piés, sus extremidades opuestas una á otra. La cabeza de los clavos era redonda y negra á las manos y piés, sus puntas largas, encorvadas, como remachadas; y, saliendo de la carne, sobresalian en el resto de las carnes. Su costado derecho, que se hubiese dicho abierto por una lanza, llevaba una cicatriz roja, de donde fluia frecuentemente una sangre sagrada, que mojaba su túnica y calzones.

Comprehendiendo el servidor de Dios que estas señales tan magnificamente impresas en su carne, no podrian quedarse ocultas á sus mas intimos compañeros, y temiendo por otra parte, de publicar el secreto del Señor, fué agitado de una grande duda, á saber si revelaria ó si callaria esta vision. Y, por tanto, llamó hácia sí á algunos de los frailes; en términos vagos y generales, propuso la materia de sus incertidumbres y pidió su consejo. Mas, un fraile, llamado Iluminato, y verdaderamente iluminado por la gracia, comprendió, á la estupefaccion en que estaba el Santo, que se trataba de alguna maravilla: «Hermano, le dijo, sepa que no es únicamente para tí solo, pero tambien para los demás, que los prodigios del cielo te

son descubiertos. Así, has de temer que, ocul
tando lo que tienes recibido por el provecho d
varios, tenga tú que dar cuenta del talento en
cubierto. A estas palabras, conmovido de todo
el santo varon, aunque no cesase de repetir
Secretum meum mihi (1), refirió los porme-
nores de su vision no sin mucho temor, agre
gando que aquel que se le habia aparecido l
habia revelado cosas que no descubriria á na
die tanto tiempo como viviese. Y se ha de cree
pue fueron tan sublimes los discursos de est
sagrado Serafin, en forma de crucificado, qu
sin duda no es permitido á los hombres tradu
cirlos en su lenguaje.

Despues que el verdadero amor del Crist
hubo transformado á su amante en su propi
imágen, el angélico varon habiendo pasad
cuarenta dias en la soledad, segun su designi
descendió de la montaña, cerca de la fiesta d
San Miguel Arcangel, con la imágen del cruci
ficado, figurada no por mano de un artista so
bre la piedra ó la madera, pero, sí trazad
sobre miembros de carne por el dedo de Dio
viviente. Y, puesto que es bueno guardar e
secreto del rey, el Santo que tenia creencia de
secreto real, escondia segun su poder aquella
sagradas señales. Empero, por cuanto perte
nece á Dios revelar por su gloria las grande

(1) Este secreto es mio.

cosas obradas por Él: Él, autor secreto de este prodigio, se complació en manifestarlo por varios milagros, á fin de que su brillo demostrase el poder oculto y celeste que encerraban estas señales.

Tocante á Francisco, aunque se esforzase en celar el tesoro descubierto por él, despues de muchas diligencias en el campo de Dios no alcanzó á hacerlo tan perfectamente que no viesen algunos las llagas de sus piés y manos, á pesar de su atencion en tener siempre sus manos cubiertas y en andar con calzado. Las vieron, mientras que vivia, numerosos frailes, enteramente dignos de fé por su manifiesta santidad, los que, no obstante, para alejar la duda, aseguraron con juramento la realidad del hecho, habiendo visto y palpado estas señales gloriosas. Las vieron algunos Cardenales, gracias á la familiaridad que tenian con el Santo: rindieron, por palabra y escritos, testimonio á la verdad, y celebraron aquella maravilla por prosas, himnos y estrofas, publicados en su honor. El santo Pontífice Alejandro, predicando al pueblo, afirmó á presencia de un auditorio considerable de frailes, estando yo mismo presente, que estas santas llagas, él las habia visto con sus propios ojos durante la vida del Santo. Las vieron á su muerte, mas de cincuenta frailes, la Vírgen de Dios devotísima, Clara con sus hermanas, é innumerables seglares, cuya mayor

parte las besaron con veneracion y las tocaron con sus manos, á fin de que nada faltase á la fuerza del testimonio.

Puso un tal cuidado en esconder la herida del costado que durante su vída, nadie pudo mirarla sino de oculto. Un fraile, que le prestaba sus servicios asíduos, le indujo á quitarse la túnica para que la sacudiese, y, mediante esta piadosa industria, vió y consideró la llaga en la que con presteza aplicó tres dedos, reconociendo á la vez por la vista y el tacto el tamaño de la herida. Ayudándose del mismo artificio, otro fraile, su vicario, fué igualmente testigo de la misma. Como su compañero, varon de una perfectísima sencillez, le hacia fricciones un dia en las espaldas, para aliviarle en sus enfermedades, dejó bajar su mano á lo largo del espinazo y encontró por acaso esta santa herida, lo que causó al enfermo un vivo dolor. Por tanto, desde entonces, llevaba calzoncillos, que alcanzaban hasta los sobacos, cubrian la llaga del costado. Los frailes que lavaban aquellos ó limpiaban su túnica, que encontraban teñida de sangre, no pudieron equivocarse á tan manifiestas indicaciones, y les fué dado despues de su muerte contemplar con muchísimos otros y venerar este prodigio, que resplandeció entonces con toda evidencia.

¡Ea pues! indomable soldado de Cristo, lleve

las armas de tu invisible Capitan: su fuerza y brillo te harán sobrepujar á tus adversarios. Lleve tú el estandarte del Rey Altísimo: á su vista, los guerreros del ejército divino se animarán.

Lleve tú el sello de Cristo, Soberano Pontífice, y que, al ver su marca, tus palabras y acciones se reciban por auténticos é irreprehensibles. Que, por las llagas del Señor Jesus, que llevas en tu cuerpo, nadie te sea molesto; mas bien, todo servidor de Cristo te ha de dar lugar en su aficion. Ya estas señales muy ciertas, testimonios de Dios en tí, probadas no por dos ó tres testigos, pero por un gran número de testigos surabundantes, por tanto dignos de una firme creencia, privan á los infieles de toda disculpa, mientras que confirman en la Fé á los creyentes, fortifican la confianza de la esperanza, y encienden el fuego de la Caridad. Hé aquí que se cumplió la primera vision, en la que, gefe futuro de la milicia de Cristo, debias tú ser revestido de las armas celestiales y decorado de la señal de la Cruz. Al principio de tu conversion, la vision del Crucifijo, que te traspasó mentalmente de una espada de dolor compadeciente, y la voz que bajó de la Cruz, como del sublime trono de Jesus y del secreto propiciatorio, confirmadas por tu propio testimonio, se reputan verdaderas é indudables. Durante el progreso de tu conversion tanto la cruz que vió fray Silvestre salir de tu

boca. como las espadas en forma de cruz penetrando en tus entrañas, tales como aparecieron á fray Pacífico, y tú mismo levantado en el aire bajo la figura del Crucificado, cuando predicaba San Antonio sobre el título de la Santa Cruz, como de ello fué testigo el angélico varon Monalde : todas estas maravillas se creen, se afirman en verdad, porque no eran el efecto de una vision fantástica, pero muy al contrario la realidad de una revelacion Divina. En fin, hácia el decaecimiento de tu vida, te aparecian no solamente la sublime imágen de un Serafin y la humilde semejanza del Crucifijo, que se inflamó en el interior y te selló exteriormente como á otro Angel, que sube hácia la salida del sol, de manera que éstás llevando en tí la señal del Dios vivo, Confirman estos nuevos prodigios la fé de lo pasado, de que á su turno reciben una mas brillante certeza.

Así, siete apariciones de la cruz de Cristo, manifestadas en tí y al rededor de tí segun el órden de los tiempos, son como seis grados que te conducen al séptimo, en que finalmente descansas. Pues, la cruz del Salvador, buscada y abrazada desee tu primera conversion, llevada despues en sus progresos por el heroismo de una vida sin reproche, y en tí continuadamente propuesta á los demás en forma de ejemplar, prueba con claridad que has alcan

zado á conseguir la cumbre de la Evangélica perfeccion.

Que ningun hombre devoto rechace, pues, esta demostracion de la sabiduria cristiana, escrita sobre el polvo de tu carne; que ningun fiel vaya combatiéndola: que ninguna alma, verdaderamente humilde, la desprecie, porque ella es la obra de la divinidad, y que, con este título, requiere nuestra creencia (*nota* 18).

CANTICOS DE AMOR DIVINO

atribuidos á S. Francisco y
traducidos palabra por palabra segun la
medida de los versos italianos.

CANTICO I

Con que bajo la figura de una lucha y combate, describe el poeta las heridas y angustias de Divino Amor.

I.

En el fuego de amor me puso
En el fuego de amor me puso
En el fuego de amor me puso

El Anjel del bel amor,
Cuando me pasó el anillo
Mi muy nuevo esposo;
Despues, en prision me echó,
Herido con un cuchillo :

Todo el corazon me dividió.
En el fuego de amor etc.

II.

El corazon él me dividió
Y el cuerpo en tierra cayó.
Este rayo de amor
Que atormenta y disipa,
Hirió con ardor:
De la paz hizo la guerra.
Yo me muero de su amor.
En el fuego del amor etc.

III.

Si me muero de amor,
En nada lo extrañen.
Pues, el golpe me fué dado
Por lanzas enormes
Con un fierro largo y ancho
De cien brazos. Sepan
Que de parte en parte me han traspasado.
En el fuego de amor etc.

IV

Despues, las lanzas se hicieron tan espesas
Que me despedazaron del todo.
Entonces, tomé un escudo,

Sin que, de nada me sirviese,
Y fué enteramente destrozado,
Tan grande era la fuerza que las empujaba.
En el fuego de amor etc.

V

Él, las vibró con tanta fuerza
Que conmovió el edificio,
Y yo escapé á la muerte,
Como os lo narraré.
Gritando alto y fuerte,
Enderezó una máquina,
Que me dió nuevos tormentos
En el fuego de amor etc.

VI

El tormento que me causaba
Resultaba de piedras de plomo,
De que cada una pesaba
Mil libras *de peso*.
Él, las arrojaba tan apresuradas,
Que yo no las hubiese contado.
Ninguna conmigo no daba.
En el fuego de amor etc.

VII

Él, no hubiese conmigo errado,

Tan bien sabia tirar.
En tierra estaba tendido yo,
Y no me podia ayudar.
Estaba del todo desmayado,
Y ya no me sentia á mí mismo,
Como un hombre muerto.
En el fuego de amor etc.

VIII

Muerto, no en la muerte,
Pero de gozo saciado,
Despues, revivi tan fuerte,
Vuelto en mi corazon,
Que seguí las guias,
Que me habian conducido
Á la suprema córte.
En el fuego de amor etc.

IX

Despues que hube vuelto,
Al Cristo hice la guerra :
Bien pronto yo fuí armado :
Cabalgué en sus tierras :
Encontrándome con Él,
De repente lo agarró,
De Él me vengo yo.
En el fuego de amor etc.

X

Cuando fuí vengado,
Hice la paz con Él,
Porque desde luego habia sido
El amor muy verdadero.
Apasionado para con el Cristo,
Ahora capaz de contenerlo,
Por el Cristo estoy consolado.
En el fuego de amor etc.

CANTICO II

En que el poeta bajo forma de epitalamio expone las penas, los tormentos y arrebatamientos del alma, abrasada de amor para con su Dios.

Amor de Caridad
¿Por qué me has herido?
Tengo el corazon del todo despedazado;
Él, arde de amor.

I

Él, arde, esparce su llama, sin paz y sin reposo;
Huir no sabria, porque está ligado;

Se consume como la cera al fuego;
Vivo, él muere, se consume enteramente lán-
Requiere de poder huirse un poco, [guido.
Y, no encuentra sino una hoguera.
¡Hay! estoy conducido
A tan triste langor:
Vivir, es morir,
¡Tanto sube y se eleva el ardor!

II

Antes de sentir, yo pedia
El amor al Cristo; pensando en dulzuras.
Creia estar en paz de dulzura,
Afuera de toda pena; y subido en la altura,
Siento un tormento á ningun otro semejante.
Mi corazon se abre de calor:
No puedo dar la figura
De Aquel cuya semejanza tengo;
Muero de suavedad,
Y vivo sin corazon.

III

He perdido corazon, sentidos,
Voluntad, placer, y todo sentimiento;
Toda belleza me es un fango impuro,
Delicias y riquezas, un daño.
Un árbol de amor, con hermosos frutos,
Plantado en mi corazon, me da el alimento.

¿Quién hizo un tal cambiamiento
En mí, muy de repente,
Arrojándolo todo afuera,
Voluntad, sentidos y vigor?

IV

Para comprar el amor, he dado todo
El mundo, y en cambio me dí á mí mismo.
Si mio fuese todo lo criado,
Por amor lo daria sin pasto ninguno.
Y me encuentro engañado por el amor,
Yo que todo lo he dado, y no sé á donde se me conduce.
Por amor estoy desmayado,
Loco estoy reputado;
Mas, porque me he vendido,
A mis ojos sin valor me quedo (1)

V

Hácia ellos los hombres creian volver á llamar-me,
Amigos que estaban fuera de este camino.
Pero, quien se ha dado no puede mas darse,
Ni hacer el servidor, quien huye del señorío.
Podria la piedra ablandarse mas bien
Que el amor, que en su poder me tiene.
Mi querer todo
Está de amor abrasado,

(1) Véase la nota primera, al fin de este mismo cántico.

Unido, transformado :
¿Quien le sacaria el amor?...

VI

Fuego ni fierro lo pueden dividir :
No se divide cosa tan fuertemente unida.
El dolor y la muerte no podrian elevarse
A esta altura, donde arrebatada está.
Abajo de él vé moverse todo,
Y él sobre todo se tiene muy glorioso.
¿Alma, cómo has subido
A poseer un tal bien?
Del Cristo es de donde te viene,
En suavedad abrácele.

VII

Ya no puedo mas ver á la creatura;
Hácia el Creador todo mi espíritu clama;
Cielo ni tierra me dan gozo alguno;
Comparado con Cristo amado, á disgusto me es [todo.
Del cielo la luz me parece obscura,
Cuando me aparece su resplandeciente fuerza.
Los Querubines son una nada.
Bellas á enseñar,
Como Serafines á amar,
Para quien ve al Señor.

VIII

Que nadie pues esté reconviniéndome,
Si este amor me hace enloquecerme.
No hay corazon capaz de defenderse,
Tan prendado de amor, ni que pueda escaparse.
Que piense cada uno como no se parte mi co-
Como pueda durar en esta hoguera. [razon.

Si dada me fuese
Un alma que me oyese,
De mí tendria lástima :
Se derrite y fluye mi corazon.

IX

Cielo y tierra claman y siempre claman,
Con todas las cosas : que yo debo amar.
Cada una dice : Ama con todo tu corazon.
Al Amor que nos ha criado esfuércete de abrazar.
Pues, este Amor, de por sí tan deseable,
Nos ha hecho á todos para atraernos hácia sí

Veo fluir sin medida [por tí.
La hermosura y benevolencia
De esta luz piadosa
Que se esparce afuera.

X

Yo descaria amar mas, si mas yo lo pudiese,

Pero no vive mas en mi corazon,
Y darme mas, aunque lo quisiese,
No puedo : cierto es esto sin prueba.
Lo he dado todo entero, para poseer
A este amante que del todo me renueva.
Hermosura antigua y nueva,
¡Desde que te encontré!
Luz inconmensurable
¡De tan suave esplendor!

XI

Al ver tan admirable belleza estoy arrebatado
[todo
Á fuera de mí, y no sé á donde estoy llevado.
Mi corazon se derrite como se deshace la cera,
Y en imágen de Cristo transformado está.
Jamás se encontró semejante cambio :
Para vestirme de Cristo, me despojé de todo
Mi corazon; y así transformado,
El clama ¡Amor! y siente
Anonadada su alma,
¡De tanta suavidad rebosa!

XII

Anonadada es el alma, con delicias,
Y todo entera tirando á apoderarse (de su obje-
Y tanto mas ella contempla la belleza, to)
Cuanto mas fuera de sí se hace arrojar.

En Cristo plenamente reposa ella con opulencia.
A menudo de sí no pudiendo conservar nada.
En adelante sino de darse
Otro cuidado no tiene,
Y ya no puede mas perder el precio
De sí misma, en la muerte de sí mismo (1)

XIII

En Cristo transformada, cuasi Cristo es ella;
Con Dios unida, es ella todo Divina.
Mas allá de toda altura, es tan grande conquista;
Del Cristo, es todo su haber: domina como rei-
Pues ¿porqué afligirme aun [na.
Pidiendo el remedio á mis culpas?
No hay mas sentina
En que yace el pecado:
El hombre viejo suprimido está,
Toda hediondez purificada.

XIV

En Cristo ha nacido, nueva creatura:
Despojado el hombre viejo, está renovada.
Pero, el amor con tal ardor sube
Que se diria que con un cuchillo el corazon se
[abre.
Piérdense en esta llama el espíritu y sentido.

(1) Véase la nota segunda al fin de este mismo cántico

Entre todo Cristo me es tan hermoso
Que con él yo me abrazo,
Y por amor me exclamo:
Amor, que tanto deseo,
¡Hágame morir de amor!

XV

Por tí, Amor, me consumo y desvivo,
Y para apoderarme de tí voy clamando.
Cuando te apartas, en vida me muero;
Para encontrarte suspiro y lloro,
Y cuando tú vuelves, se dilata mi corazon y se
A transformarse en tí, él aspira. [desparrama.
Pues, no tardes mas,
Amor, séame propicio.
¡Cuán poderoso son tus vínculos!
¡Que por tí mi corazon está devorado!

XVI

Considera, dulce Amor, mi pena:
Tanto ardor me es un sufrimiento cruel.
De mí se apoderó el amor, y á donde estoy ig-
Lo que hago ó digo sentir no lo puedo. [noro;
Ando por los caminos, como perdido,
Con frecuencia, por exceso de langor, agonizo.
¡Hay! ¿cómo puedo yo
Sufrir este tormento,
Que como la muerte
Hasta de mi corazon me despoja?

XVII

De mi corazon estoy despojado : comprender
[no puedo
Lo que he de hacer, y con frecuencia ni lo que
[hago.
Y quien me ve pregunta y quiere saber
Si el amor sin acto á tí, Cristo, agrada (1)
Y si no te agrada ¿qué puedo valer yo?
Con tal medida me cautiva el espíritu,
El amor, y me estrecha de suerte
Que la palabra me quita,
El querer y la accion :
Pierdo todo sentimiento.

XVIII

Yo sabia hablar, y heme aquí mudo,
Yo veia, y llegué á ser ciego.
¿Abismo tan grande quién jamás lo excavó?
Silencioso, habló; me huyo y estoy atado;
Descendiendo, subo; poseo, y estoy poseido.
Afuera, estoy adentro; expelo, y estoy expelido.
¡Oh! amor desmedido,
¿Por qué hacerme delirar,
Y en la hoguera morir
De ardor tan doloroso?

(1) Véase la tercera nota, al fin de este mismo cántico

XIX — Cristo

Arregle tú este amor, con que me amas.
Sin órden, no hay virtud verdadera.
Y puesto que eres tan apasionado de encontrar-[me
Que tu alma con virtud se remueve.
Para amarme quiero que llames
La Caridad bien ordenada.
El árbol se reconoce
Al órden de sus frutos,
Es él que demuestra
El valor de cada cosa.

XX

Todas las cosas, que he creado,
Con número y medida son hechas,
Y para su fin dispuestas.
En el órden está todo su precio,
Y mucho mas aun la Caridad
Es ordenada en su naturaleza.
Pues ¿cómo por ardor,
Alma, te has enloquecido?
Afuera del órden has salido,
El fervor ha roto todo freno.

XXI — El Poeta.

Cristo, tú me has quitado el corazon,

Y decis que, para amarte, arregle yo mi alma.
Y ¿cómo, estando en tí cambiado,
De mi naturaleza se me quedaria algo?
Como el fierro, todo abrasado,
Y el aire por el sol hecho luminoso,
Perdiendo su forma,
Revisten otra figura:
Así el alma pura,
De tí revestida ¡O Amor!

XXII

Y perdiendo su calidad,
La cosa de por sí ya no puede obrar.
Conforme á su formacion, ella tiene su poten-
Y segun este órden, con fruto obra ella. [cia,
Pues, si mi alma transformada está en la verdad,
En tí solo, Cristo, que eres el dulce amar,
A tí solo debes imputar,
No á mí, lo que hago;
Y si en nada te agrada,
A tí mismo desagradas ¡ó Amor!

XXIII

Bien sé que deliro,
Soberana sabiduría ¡es esta tu obra!
Así vivo, desde que fué herido,
Cuando con el amor hice un cambio,
Que despojándome de mí, de tí fué vestido,

A vida nueva no sé como tirar.
De mí despojado,
Ahora por amor estoy fuerte,
Quebradas están las puertas,
A tí pertenezco ¡ó Amor!

XXIV

¿Para qué conducirme á esta hoguera,
Si quisieses que fuese temperante?
Cuando á mí tú te daba sin medida,
Á mí me sacabas toda medida.
Pequeño, tú me bastaba,
Pero tu grandeza no puedo contener.
Por tanto, si hay falta,
Amor, es tuya y no la mia,
Porque esta via
Tú la preparaste ¡ó Amor!

XXV

Tú mismo del amor no te has defendido:
Del Cielo en tierra él te hizo bajar.
¡Amor, á tanta bajeza tú te deprimes!
Como un hombre de nada tú fuistes por el mundo,
Tú no quisistes ni casa, ni campo,
¡Tan bella pobreza para enriquecernos!
En la vida y en la muerte
Manifestastes con esplendor
Que un estraño amor
Ardia en tu corazon.

XXVI

Como embriagado ibas con frecuencia por el mundo,
Amor te conducia á guisa de hombre vendido,
En todo siempre manifestabas el amor,
De tí mismo sin pensamiento ni cuidado.
Y estando en el templo clamabas :
Quien tenga sed de amor,
A él dado le será
Un amor sin medida,
El que en suavidad apacenta.

XXVII

Con moderacion tú no te contenias,
Y tu amor á menudo derramabas.
De amor no carnal nacistes,
Para que el amor encarnado nos salvase,
Y, para abrazarnos, á la cruz corristes.
Creo que nada hablastes,
Ni á tí, Amor, excusastes
Delante de Pilato,
Para sellar tal compra
Sobre la cruz del Amor.

XXVIII

Allá veo que la moderacion se escondia,

Y que el amor solo parecer queria.
El poder no daba señal alguna
Y á disgusto le era su fuerza.
Grande era este amor en sus desahogos,
No teniendo sino amor
En la cara y en la voluntad,
Amor siempre uniendo
Y sobre la cruz estrechando
Al hombre ¡con tanto Amor!

XXIX

Pues, Jesus, si estoy apasionado,
Embriagado de tan pura suavidad,
¿Por qué reprehenderme, si estoy enloquecido
Y pierdo en mí á la vez el sentido y la fuerza?
Pues que el amor de tal suerte te encadenó,
Y te privó casi de toda tu grandeza,
¿A donde estaria la fuerza
En mí que me retuviera
De querer enloquecerme
Para estrecharte? ¡ó Amor!

XXX

Y este amor que me hace enloquecer,
Parecia que te sacase el juicio;
Y este amor, que en langor me consume,
A tí, por mí, quitó el poder;
No mas en adelante ni quiero, ni puedo conte-
[nerme.

Embriagado de amor, ya no resisto mas.
Me es dada la sentencia
Que de amor debo morir,
Y no admito otro conforte
Sino morir de Amor.

XXXI

¡Amor, amor, que tanto me has herido!
Sino ¡amor! puedo clamar.
Amor, amor, contigo enteramente unido,
Nada sino tí puedo abrazar.
Amor, amor, tú me has sacado
El corazon, que él se abre siempre para amar.
Por tí quiero suspirar.
¡Amor, que esté yo contigo!
¡Amor, por gracia,
Hágame morir de Amor!

XXXII

Amor, amor Jesus, toco al puerto.
Amor, amor Jesus, tú me has conducido.
Amor, amor Jesus, me has de sostener.
Amor, amor Jesus ¡oh! que me has enflamado!
Amor, amor Jesus, estoy muerto.
Haga que me quede, amor contigo abrazado,
Contigo transformado
En verdadera Caridad
Y en soberana Verdad,
¡Amor, Amor, Amor!

XXXIII

¡Amor, amor! clama el mundo entero.
Amor, amor, á tí te llama todo,
¡Amor, amor, qué eres profundo!
Quien te acaricia mas, mas te desea.
Amor, tú eres un círculo redondo (perfecto ;
Quien con todo su corazon en él entra, te ama
Tú eres el hilo y la trama, [siempre
Y á quien ama á vestirse de tí
Le das tan suave sentimiento
Que clama siempre ¡Amor!

XXXIV

¡Amor, amor, cuanto me haces penar!
Amor, amor, ya no lo puedo mas sufrir;
Amor, amor, tanto te das á mí,
Amor, amor, que de ello creo morir.
¡Amor, amor, cuanto me has prendado!
Amor, amor, hágame pasar en tí:
Amor, dulce languor,
Amor, todo mi deseo,
Amor, todo mi encanto,
¡Sumérgeme en el Amor!

XXXV

Amor, amor, mi corazon se está rompiendo

¡Amor, amor, que herida siento!
Amor, Jesus, atráeme á tu hermosura.
Amor, amor, por tí estoy arrebatado.
Amor, amor, vivir causa desprecio,
Amor, amor, por el alma contigo unida,
Amor, tú eres su vida;
No pueden mas dividirla.
¿Por qué la haces padecer
En el fuego devorador? ¡ó Amor!

XXXVI

Amor, de Jesus deseoso,
Amor, quiero morir en tus brazos,
Amor, amor, dulce Jesus mi esposo,
Amor, de tí la muerte requiero.
Amor, amor Jesus, séame compasivo.
A mí te entregas, transformándome en tí.
Piense tú que me voy suspirando,
A donde estoy ya no sabiendo.
Jesus, mi esperanza,
¡Abismeme en el Amor!

(1) Véase la nota cuarta, al fin de este mismo cántico.

NOTAS DEL CANTICO II

NOTA 1. — ESTROFA 4.

Vendido á su Bienamado y para su Bienamado. Quiere decir: Yo no soy mas á mí; mas aun; no soy mas yo mismo; no existo mas; luego no tengo mas ni precio, ni valor; pues que todo no tiene valor sino en cuanto es, en cuanto existe *Mihi enim vivere Christus est, et mori lucrum,* « Cristo, pues, es mi vida, y morir es ganancia para mí,» dice San Pablo.

NOTA 2. — ESTROFA 12.

Su amor sobrnatural de Caridad es tan fuerte que lo hace como enagenado, sin memoria, olvidadizo de sí mismo.

Y, lleno de su amor, no tiene ya otro cuidado; y, de esta suerte, habiendo perdido todo sentimiento de sí mismo, no puede mas perder el sentimiento de su valor, de su precio, de la *cantidad* (*ó grado*) de su ser, pues que no tiene ya nada

mas que perder aquel cuyo valor es nulo; en la entera abnegacion de sí mismo.

Rè può perder valura
Di sè ogni sentore.

Recuerdo *de si mismo en nada puede conservar*, puesto que la pasion del amor es tan violenta en él, que absorve todas las fuerzas de su espíritu, que no tiene ya otro deseo, ni conserva recuerdo de nada; el bien presente de que goza en amar, le es tan considerable que le tiene lugar de todo: *¡Deus meus et omnia*; « ¡Mi Dios, y mi todo! — ¡Mi Jesus, y mi todo!... »

NOTA 3. — ESTROFA 17.

Un amor *sin acto* seria aquí un amor habitual, tan fuerte, perseverante y penetrante, que llegaria á ser, de alguna manera, *como* un solo acto de una contemplacion y efusion de amor siempre continuas. Pues, dice el poeta á Cristo, si no te agrada tal amor ¿qué puedo valer? Nada. En efecto, tal es el amor que me cautiva; y no agradándote, pienso no valer nada. Y no lo pienso sin razon, pues que nuestra bondad y valor existen en proporcion de lo en que agradamos á Dios, cuya complacencia para con nosotros es la medida y la fuente del bien que poseemos, tanto en el órden de la naturaleza como en el órden sobrenatural de la Gracia.

Por un amor *sin acto*, salvo todo *quietismo*, se puede entender todavía un amor de Caridad cuya vehemencia consume de tal modo todo vigor y

actividad, que por ello nos quedemos mudos, fuera de nosotros mismos, enteramente absorvidos en el objeto del amor de Caridad, como sucede á las almas, arrebatadas y poseidas por el amor *Sobrenatural* y Divino, *en órden adecuado* al fin *Sobrenatural* de la Gloria.

NOTA 4. — ESTROFA 35.

El amor — aun el Divino, — empieza siempre *por heridas*; se aumenta por este amor, que se llama el arrebatamiento, y se consuma en el amor de union, ó de éxtasis. La razon de ello proviene de que el alma, en el estado de la presente corrupcion, aunque sanada en gran parte, refiriendo no obstante siempre algo de su inclinacion al *egoismo*, no piensa sino á su bienestar y se abandona á él con aficion, ó *amor propio desarreglado*. Para desprenderse, pues, hay sufrimiento, *heridas*, despedazamientos, etc.

El amor verdadero de Dios sobre todas las cosas, el amor Sobrenatural y Divino de *Caridad perfecta*, empieza solamente cuando se aplica á su objeto, por cuanto es bueno en sí, como Dante lo expresó tambien : *Cuando el bien se entiende en cuanto bien, entonces enciende el amor, y tanto mas cuanta mas bondad encierra en sí.* (Parad. c. 28). Y este amor tira al alma fuera de sí misma enderezando sus aficiones viciosas, lo que no puede hacerse sin desprendimiento. Por tanto, dice el poeta:

Amor, amor, le core mio se spezza,
¡Amor, amor, tal sente ferita!...

La aficion es como el medio entre el amante y

el objeto amado, pues que no se unen los espíritus sino por via de conocimiento y de amor, el que jamás está separado del conocimiento; y, siendo Dios por su Divina Gracia, el principio de este amor Sobrenatural y de Divina Caridad, añade, por tanto, el poeta:

¡Amor Gesu trammi alla tua belleza!

Despues, aumentando el afecto con la contemplacion y las *misiones* del Bienamado, el alma está como arrebatada fuera de sí, aunque conserve no obstante la memoria de su personalidad, pero de manera que desee únicamente su consumacion en el amor Divino.

¡Amor, amor, per te seno rapita!

En fin, toca al último grado, cuando su capacidad de amar y de conocer está satisfecha, porque estando en posesion de Dios, goza del Ser puro, *como* absorvida en el Ser Soberano, Superuniversal, á quien ama, sin un deseo, así como sin un miramiento desarreglado acerca de sí misma:

Amor, amor, il vivere disprezza,
Amor, tu sei la sua vita
Non la si puó paztize.

No obstante, ella agrega:

¿perché la fai languire
Tanto struggindo, amore?...

¡No deberia ser feliz el alma en este éxtasis de Divino amor!... Sin duda. Pero, esta felicidad no llega á ser perfecta á causa del obstáculo que resulta de lo enfermizo del alma *viadora* y del cuerpo mortal. Esta consumacion es reservada, en *todo caso y estado*, al Cielo!... á la Gloria!... á la Union Beatifica.....

CANTICO III

En que el alma, prendada de Jesu-Cristo, se queja dulcemente á Él.

O gozo de mi corazon,
Jesus, mi amor y mi vida,
Socorre el alma afligida
Por amor.

Dignete, mi Señor,
A tu servidora escuchar,
La que te quiere narrar
Sus tristezas.

Cuantos años han pasado,
Desde, Jesus, que te he buscado,
Sin encontrarte jamás,
Verdadero amor.

¡Hay! qué grande dolor:
Buscar, y no eucontrar;
Llamar, y siempre quedarse
Sin respuesta.

En duras penas está colocada
El alma y su corazon ciertamente,
Que golpea, y no se le abre
Por el amigo.

Oye lo que digo,
Solamente el que ha sentido
Lo que es estar privado
De él á quien se ama.

No poseer á quien se desea
Excede todo dolor,
Traspasa el alma y corazon
Y hace desmayar los sentidos.

Quien siente el amor, que piense
Si digo verdad ó si miento;
No puede ser contento el corazon
Sin amor.

¡Hay! dulce Amante,
Tú me obligas á amarte,

Tú me invitas á buscarte,
Y ¡de mí te escondes!...

Te llamo, y no me contestas;
Lejos de mí vas huyendo,
Y yo me quedo allí llorando,
¡Hay! ¡pobre infeliz!

Aunque esté pecadora,
Por mí del Cielo venistes,
La humanidad tomastes
Para salvarme.

Amor para darme la vida,
¡Hay, á mí miserable pecador!
Con trabajo y amargo sudor,
En la Cruz moristes.

Con una doliente y piadosa voz,
Imploro el perdon
De todos mis errores
Y crueldades.

Ten piedad de mí,
Por este inmenso amor,
Que te mantuvo, Señor,
Clavado en la Cruz.

Que mi corazon esté traspasado,
Jesus, por esta lanza,
La que, á tí, mi esperanza,
Abrió el corazon.

En el nombre del inmenso dolor
Bajo la corona de espinas,

A mí, tu servidora, haz don
De tu amor.

¿Para qué, dulce Señor,
Tanto y tanto prometer,
Si no me quieres dar sino un poco
De tu amor?...

En tí mi corazon espera
Que tú me quieres consolar:
Pero, ántes te agrada probar
Si fiel estoy.

Que á mí estés cruel,
De no decirlo me cuido:
Mi parecer es que me haces penar
Para acrecentar mi amor.

¡O fuente del amor!
A quien está sediento dé de beber,
Harte tú á quien está hambriento
De tu amor.

Mas grande dolor siento,
Amor, no encontrándote,
De lo que sentiria ardiendo
En una llama ardiente.

Por tanto, poco á poco
Se derrite en mi corazon,
Aspirando á este amor:
Y el amor no viene.

¡Hay! qué penas crueles

De ver al amante tenerse
A lo lejos, y no hablando
A quien lo suplica;

Y cuando se imagina el alma
Regocijarse con el esposo,
Se vé abandonada
A sus lágrimas.

¡Hay! ¡hay! en qué
Afliccion ella se queda,
Tuerce y agita sus manos
A causa de grande dolor;

Diciendo: ¡Amor! ¡Amor!
¡Amor, á donde has ido!
Tan fuerte me has herido,
Tan fuerte ¡que yo me muero!

Jesus, mi sosten bien amado,
¡Hay! vén á consolarme;
Y que te oiga hablar
En mi corazon.

Tú eres mi amor;
Déjete encontrar;
Ponga fin á prueba tan dura,
Déme el amor.

Mi corazon te he dado,
Tú eres mi esperanza;

Tengo puesta toda mi confianza
En tí, mi Señor.

¡O dulce amante piadoso!
No me deniegues tu amor;
Sin tí no puede vivir
Quien á tí se dió.

CANTICO IV

En que el esposo celestial responde á las quejas del alma prendada de su amor.

¡O alma! tú te quejas
De no poder encontrarme;
Es que no tienes el corage
De padecer algo.

Tú no sabes perseverar
Con fé y grande esperanza;
Tú tienes poca confianza
En mi bondad.

Si con humildad
De corazon me buscases
Y con fé me llamases,
A tí yo vendria.

Pero, tú eres mas bien
Quien no me quiere abrir :
De amor me haces sufrir,
¡Hay! cruel.

Como la esposa infiel,
Afuera y al rocío,
De noche y al frio
Tú me dejas esperar.

Por mas que golpee
Y diga versos de amor,
Que despedazarian un corazon,
Un corazon de piedra.

Para tí me cansé y me fatigué,
Y fué á regiones lejanas :
Para sacarte de prision
Me aprisionó á mí mismo.

Tú, mi querida, como lo sabes,
Para rescatarte,
Quise dar mi sangre,
Muriendo en la Cruz.

¡Hay! escuche mi voz,
Oiga mis ofertas :
Tengo los brazos abiertos,
Para abrazarte.

Alma, para besarte
Incliné mi cabeza :
En la Cruz elevado,
    He aquí que te espero.

Contemple á tu bienamado
De espinas coronado,
De hiel hartado,
    En angustias sin igual.

A tí conviene devolver
Amor por el dulce amor,
Dándome tu corazon
    Y tu aficion entera.

Apriéteme muy tiernamente,
Besé mi costado :
Por tí estoy herido
    De cabeza á piés.

Miré un poco, y vea
A que me redujo el amor :
Tengo el corazon traspasado
    Por una lanza.

Mi pena sobrepuja toda pena,
Mi amor excede todo amor,
Por tí sufro una sed ardiente,
    ¡Alma ingrata!

¿Cómo puedes tú, cruel,
De mí quejarte tanto?
Todo cuanto he podido hacer
    Para tí ¿no lo hice yo!...

Me dí todo entero
A tí, cara alma;
Yo te doy mi compañía
Segun el placer tuyo.

¡Ay! ¡déme tu voluntad!
¿Qué quieres tú que yo haga?
Usaré yo de toda gracia,
Con tal que tú me ames.

Pero, si deseas encontrarme,
Miré hácia la Cruz:
Es allá, dulce esposa mia,
Que tú me hallarás.

Alma mia, tú lo sabes,
Que no me abandona jamás
Mi amor; él, no se cansa jamás
De amarte.

Pues, no me haga mas padecer,
Amé de corazon á quien te ama á tí;
Responde á quien te llama
Dulcemente.

No seas tú negligente
En devolverme tu amor;
Yo quiero perdonarte
Toda ofensa.

Aunque tú hayas faltado,
En nada temas de venir.
A tí yo me quiero reunir,
¡Alma mia!

Mi corazon desea tu corazon,
No me hagas de amor padecer :
Apresúrate de venir hácia mí,
Entrégame tu corazon.
Yo soy tu amante,
Tu amoroso Jesus,
Benigno y gracioso
A quien me ama.

Responde á quien te llama;
¡Tan rebelde no seas mas!
Tú mi creatura eres,
¡A mí tu corazon!

CANTICO V

En que el alma pide perdon al Señor de las quejas que le hizo.

Perdóname, Señor,
Si yo afuera te eché:
No te devolví en cambio
Un verdadero amor.

Perdóname, Señor,
De quejarme tanto.
Amor me hizo hacer
Lo que hice yo.

Así hace quien apasionado está :
A donde dirigirse no sabe;
El corazon quiere desahogarse
Con el amor.

El corazon prendado,
Que ya tú has inflamado,
Tanto mas de amor le das,
Cuanto mas querria de ello.

Tú sabes, esperanza mia,
Que es impaciente el amor;
Él, sin cesar querria
Su amor (1)
El corazon apasionado
Suspira altamente :
Vivir en paz no puede
El corazon herido.

Como embriagado y enloquecido,
De amor él va suspirando,
Con lágrimas llamando
A su Bienamado.

(1) Él querria poseer sin cesar, el objeto de su amor (N. del T.)

NOTAS

AGREGADAS A LA LEYENDA

NOTAS

CAPITULO I

NOTA 1.

La madre de San Francisco era de la noble familia de Bouremont, en Provenza, cuyos archivos conservaban el contrato de matrimonio entre ella y Bernardon de Moricone, en tiempo del P. Claudio Frassin, quien afirma haberlo visto, en su comentario de la regla de la Tercera Orden, publicada en 1703. El autor de la vida del Santo, en versos, habla tambien de la extraccion noble de su madre :

« Mater honesta fuit pueri ; pater institor; illa
« Simplex et clemens... »

NOTA 2.

Francisco no era un nombre de persona. En Italia, la nacion y la region de Francia se llamaba *Francesca,* y los habitantes : *Francescos, Francos.* V. Giovanni Villani. — Se cree que el padre del

Santo le dió el nombre de Francisco, ó por el gusto y facilidad que experimentaba en hablar francés; ó mas bien por la semejanza que tenia con los franceses, á razon de su franqueza, vivacidad, gracia y bel humor. » *Veré Franciscus*, dice Celano, « *quia super omnes cor francum et nobile* gessit. »

CAPITULO VII

NOTA 3.

Despues de haber renunciado á todos los bienes de este mundo, San Francisco partió de Asis, contento y alegre y cantando por los caminos las alabanzas de Dios. Al pasar por un bosque, fué asaltado por ladrones, que lo arrojaron en un foso, lleno de nieve. Habiéndose sacado de él, se fué á un monasterio, en que pidió un vestido para cubrirse. Pues, no tenia sino el manteo que le habia dado un criado del obispo de Asis. Empleáronle los monjes al servicio de la cocina, pero sin vestirle. Algunos dias despues, se fué á Gubbio, adonde recibió, como don de un amigo, una túnica como la de los ermitas. Despues de esto, volvió á Asis, y empezó á reparar las ruinas de la iglesia de San Damian, (Celano, p. 14).

NOTA 4.

En 1216, el Cardenal Ugolin, Obispo de Ostia, redactó y envió á Santa Clara un formulario, es

decir Constituciones por el gobierno del convento de San Damian, en que presidia como abadesa. Fueron sacadas estas Constituciones de la regla de San Benito, como lo afirma él mismo, habiendo llegado á ser Papa, bajo el nombre de Gregorio IX, en su Bula del 24 de mayo de 1239 : *Cum omnis vera religion...* « Regulam B. Benedicti... *vobis tradimus observandam.*» No hablaron de otro modo sus sucesores; Inocencio IV, en su Bula : *Solet annuere...* del 13 de noviembre de 1245; Alejandro IV, en su Bula: *Religiosam vitam...* del 26 de junio de 1255. Y como estas Religiosas observaban una regla modelada en la de San Benito, fueron llamadas, desde esta época, Benedictinas, aun por los Pontífices romanos; no obstante, con la denominacion propia de *Pobres Mujeres ó Pobres Señoras,* ú de *Religiosas encerradas en San Damian,* ó *del Orden de San Damian.*

CAPITULO IX

NOTA 5.

San Francisco vino á la Porciúncula, (ó *pequeña porcion*, *porcioncita* de tierra), perteneciendo á los monjes Benedictinos del Monte Subaso, en la llanura de Asis, como á una milla y media de esta ciudad. Aplicóse allí en restaurar una pequeña iglesia arruinada, que era del quinto siglo, consagrada á la Reina de los ángeles á causa de las frecuentes apariciones de aquellos espíritus Bienaventurados. Construyóse muy cerca una po-

bre casita, en que vino habitar en 1208, despues de haber dejado San Damian, segun la narracion de Celado (p. 19) : « Indè verò ad alium se trans- » tulit locum, qui Portiuncula nuncupatur, in quâ » ecclesiâ Beatæ Virginis Matris Dei antiquitùs cons- » tructa extiterat, sed deserta tunc à nemine cura- » batur; quam cum sanctus Dei cerneret sic des- » tructam, pietate commotus, quia devotè ferviebat » erga totius bonitatis Matrem, cœpit ibidem assi- » duus commorari. Factum est autem, cum jam » dictam ecclesiam reparasset, conversionis ejus » annus tertius agebatur. » En 1210 ó 1211, esta iglesia fué concedida al Santo por el Abad del Monte Subaso. El padre Papini, de la órden Franciscana, escribe en su *Vida de San Francisco*, que se fué á la Porciúncula con sus dos compañeros; pero, que la casita construida allí por él, era demasiado estrecha para contenerlos. « Vinieron á habitar una cabaña abandonada, distante de casida una milla de la Porciúncula, en un lugar llamado Rivotorto, á causa de un arroyo que lo regaba. » (Lib. I, p. 45).

Pues, se ha de notar que ántes de 1455 no habia en aquel lugar ni iglesia, ni cosa pequeña ó grande. Bajo el pontificado de Calixto III, el P. Francisco Saccardo consiguió del Obispo de Asis, Francisco Oddi, la licencia de construir allá una pequeña capilla, ó maesta, en italiano, y por tanto llamada maesta de Saccardo.

Esto nos es manifiesto por un instrumento, sacado de la Cancilleria episcopal de Asis, y conservado en los archivos del convento de la Porciúncula. He aqui su tenor : » In nomine Dei, amen.

Hœc est copia, scriptus seu trasumptus cujusdam instrumenti rogati á q. ser Constantio Francisci angelutii Calzaveridis olim notarii publici Assisien, de anno 1455, tempore pontificatùs SS. in Christo P. et DD Calixti papæ III, sub die 12 jun. exist. inter alia in archivo publ. dicta civitatis in protocolo octavi folii, pag. 49, tenoris sequentis videlicet: Licencia concesso ædificandi capellam, ecclesiam et altare in contrata quæ dicitur rigotosta communitatis Assisii. Eodem anno et die actum Assisii in episcopatu, cui á parte sala magna D. episcopatùs ab aliis circumcirca res dictœ ecclesiæ ut presentibus. — D. Franciscus Vitalis canonicus S. Ruffini, vicarius episcopi Assisien asserens habere ad hoc speciale mandatum ut per se et suos succesores dedit et concessit licenciam fratri Francisco aliàs Saccardini de Ordina Minorum ædificandi quamdam capellam, ecclesiam seu *majestatem* cum altari apto ad celebrandam missam in comitatu Assisii, super quibus mandavit omnia prædicta, et dictum fratrem Franciscum et alios fabricantes dicto nomine aliquo modo non molesturi. Rogantes... Et quia ego Angelus Victorius de Frondinis publ. auctoritate apostolica notarius collegii assisien, et ejusdem civitatis archivistæ, prædictam copiam ex dicto protocollo de verbo ad verbum fideliter extraxi et facta collatione, concordare inveni, ideo ad fidem huic me subscripsi, et publicari ac solito signo muniri requisitus ut hac die 10 martii 1704. » — En 1599, los Frailes Menores construyeron una iglesia al rededor de esta capilla de Saccardo, en que se muestran el hogar y el lecho de San Francisco,

mientras que se lee al exterior que esta es la cuna y el primer convento de los Frailes Menores, aserción de las mas gratuitas.

El lugar de Rivotorto, á donde San Francisco vino á habitar con sus compañeros despues de su vuelta de Roma, estaba cerca de Asis, « *juxta civitatem Assisii*, » segun Celano, p. 35, y San Bonaventura, c. 4. Pues, el Rivotorto, ocupado ahora por los PP. Franciscanos, dista de ella casi de una legua. El antiguo Rivotorto, de que hablan los biógrafos del Santo, está situado muy cerca de Asis, hácia el hospital de Santa María de los Leprosos. Fray Egidio, habiendo salido de Asis por la puerta Manano, se fué hácia el hospital á la cabaña de Rivotorto, en que habitaba entónces San Francisco. Confirmado está este hecho por el P. Papini mismo (Lib. 1, p. 45, nota 15). « Perrexit » Ægidius versus hospitale leprosorum. ubi tunc » B. Franciscus in quodam tugurio derelicto cum » Bernardo Quintavalle et Petro Catani morabatur. » Encontrábase esta cabaña en la antigua via romana, en que pasó, en 1209, el emperador Oton IV, que iba á hacerse coronar por el Papa Alejandro III, Ningun fraile salió para verle. Uno solo de entre ellos, enviado por San Francisco, se fué al encuentro del emperador para declararle que su gloria seria de poca duracion, lo que se verificó plenamente (Celano, p. 36). En esta cabaña, que servia de abrigo á los viajadores y á los animales, no habia ni iglesia, ni habitacion. Desde allí iba con frecuencia á Asis para predicar la palabra de Dios, ó á la Porciúncula para satisfacer su devocion á la Santísima Vírgen.

CAPITULO XII

NOTA 6.

Damos aquí algunas nociones de los primeros y heróicos compañeros de San Francisco.

Bernardo de Quintavalle era un hombre noble y rico de la ciudad de Asis, que habia gobernado con prudencia. Él fué el primer hijo y el amigo fiel del Santo Fundador. Fray Salimbene de Parma, que vivia aun en 1287, lo habia conocido en Siena, en 1241, como él mismo lo narra. : « Vidi » etiam primum scilicet fratrem Bernardum de » Quintavalle, cum quo in conventu Senensi una » hyeme habitavi, et fuit intimus meus amicus, et « mihi et aliis juvenibus de B. Francisco multa bona » ab eo audivi et didici. » Bernardo fué siempre el compañero de San Francisco, y solo la obediencia lo pudo separar de él. El Santo, conversando con sus compañeros, decia que Dios probaba su constancia por las importunidades y asaltos del demonio : pero, que se quedaria victorioso de todo y acabaria sus dias en una profunda paz. En efecto, su preciosa muerte fué seguida de muchos prodigios, segun el testimonio de Celano (p. 170.)

Pedro de Catania, que tuvo por biógrafo á fray Leon era de Asís. Hélo aquí pintado con pocas palabras : « Statim vir alter Assisii eum secutus est, » qui valdè in conversatione laudabilis extitit, et » quod sanctè cæpit sanctiùs postmodùm consum-

mavit. » Empezó santamente, y acabó mas santamente aun, este varon de muy laudable vida.

Siguió bien pronto á Pedro, fray Egidio, igualmente de Asis, recibió el sobrenombre de el Extático, á causa de sus continuas éxtasis. Era un varon sencillo y recto, y lleno del santo temor de Dios, segun la Fé. Vivió largo tiempo en santidad, justicia y piedad, y nos ha dejado ejemplos de obediencia perfecta, de asiduidad al trabajo manual, vida solitaria y santa contemplacion. « Hunc Petrum vero post non multum temporis secutus » frater Ægidius, dice Celano (p. 22). « Vir simplex » et rectus ac timeas Deum, qui longo tempore du» rans sanctè, justè et piè vivendo, perfectæ obe» dientiæ, laboris quoque manuum, vitæ solitariæ » sanctœ que contemplationis nobis exempla reli» quit. » El santo Pontífice Gregorio IX usaba de sus consejos en los negocios difíciles de la Iglesia, y San Luis, rey de Francia, atraido por el renombre de su santidad, vino á visitarle en Perusa. Murió el 12 de abril de 1261, en un ermitorio llamado *Pastina*, no lejos de esta ciudad. Su culto, de tradicion inmemorial, ha sido reconocido por el Papa Pio VI, en 1777.

La crónica de los veinte y cuatro Generales de la Orden, llama F. Sabbatin el quinto compañero de San Francisco. Asis fué su patria. Murió santamente en el convento de Santa Maria del Arca-Cœli, en Roma.

Fray Morico, de Asis, acabó sus dias en esta ciudad, y fué sepultado en la iglesia patriarcal de San Francisco.

Juan de Cappella, (del Cappello, ó sombrero,) fué

llamado así, segun la crónica de los veinte y cuatro Generales, porque el primero en la Orden llevó para distinguirse, un sombrero sobre el capucho. Era un hombre malo. Le vino la lepra; se rebeló su soberbia; salió de la Orden, y, ahorcándose acabó como Judas: « Ut alter Judas factus in ordi- » nem leprosus, furore succensus, ordinis exiens, à » Deo sic in manus dæmonium relinquitur, quod » abiens laqueo se suspendit. »

Fray Felipe (el Largo), de las cercanías de Asis, fué el primer visitador de las Pobres Mujeres, llamadas de San Damian. Llegó á ser un gran predicador: « Como al profeta Isaias, el Señor le habia purificado los labios; él le inspiraba los sentidos ocultos de las Escrituras Sagradas, y la gracia de su palabra arrebataba á los corazones. » (Celano, p. 22).

La crónica de los veinte y cuatro Generales hace mencion de San Juan, de San Constancio, como tambien de fray Bárbaro. etc. (Celano, p. 231) y de fray Bernardo de Vida.

Se habló ya, en la Introduccion, de fray Angel Tancredi.

CAPITULO XX

NOTA 7

Aquí se ha de colocar el viaje de San Francisco á Siria. A su vuelta á Santa Maria de Porciúncula, un gran número de personages, notables por su nobleza y doctrina, entraron en la Orden. « Revertente ipso ad ecclesiam » Sanctæ Mariæ de Porciúncula, tempore non

» multo post, quidam litterati et eidem gratissimè » adheserunt. » (Celano, p. 47) Entre estos personages fué Tomás de Celano el mismo, y probablemente tambien el Bienaventurado Gerardo de Modena, uno de los primeros frailes, amigo, familiar y á veces compañero del Santo Fundador. Segun el testimonio de Salimbene, el Bienaventurado Gerardo anunció en casi toda la Italia la palabra de Dios, que confirmó por varios milagros. Versado en el Derecho canónico y civil, ejerció en su patria y en Parma el cargo de Podestá. Murió santamente en 1251. En la Umbria se reunieron tambien á San Francisco, Rufino, Maseo y Leon: que ya hemos dado á conocer, Su ejemplo fué seguido por fray Agustin de Asis, religioso justo y amado de Dios, como lo llama el Doctor Seráfico. Mientras que estaba de Ministro en la tierra de Labor, mereció ver á San Francisco subir al Cielo: Y, no obstante que una grave enfermedad le hubiese hecho perder la palabra, la recobró para anunciar á los frailes, que estaban con él, la preciosa muerte de su padre comun. Despues de que rindió su espíritu al Señor.

Fray Leonardo era un noble de Asis. Quiso seguir las vias de la penitencia bajo la disciplina del pobre de Jesu-Cristo, de que fué el compañero, cuando volvia de Siria. Como, un dia estaban agotadas las fuerzas del Santo, se colocó sobre una humilde montura, que conducia fray Leonardo. Cansado él mismo, empezó á decir interiormente, «¡Eh qué! ¿no eran mis antepasados iguales á los de Francisco? Y, no obstante, él está á caballo, y yo camino á pié, conduciendo su caballo por la rien-

da. » No escapó su pensamiento á Francisco, que descendió de su montura. « No conviene, le dijo, que yo esté á caballo y tú á pié : en el siglo, estabas mas noble y rico que yo. « A este reproche, fray Leonardo se ruborizó y deshizo en lágrimas; confesó su falta, y, de rodillas, pidió perdon de ella. » (Celano, p. 158)

Una de las mas bellas y gloriosas conquistas de San Francisco, fué la de Clara, de la noble y antigua familia de los Cipi ó Cifi. Vivamente conmovida por sus ejemplos y palabras, resolvió abrazar la vida pobre y penitente. Sus frecuentes conversaciones con el Santo la confirmaron en este pensamiento. Por tanto, en la noche del domingo de Ramos, en 1212, á la edad de 18 años, abandonando la casa paternal, ella se fué, con una comitiva considerable, á la iglesia de la Porciúncula, con la intencion de cumplir su designio. La esperaban el Santo y tambien sus compañeros, teniendo en la mano hachas encendidas. Fué introducida en este santuario y despojada de sus vestiduras suntuosas; y, delante del altar de la Reina de los Anjeles, el Santo le dió el hábito de penitencia, despues de haberle cortado los cabellos. Así empezó en Santa Clara la segunda órden, instituida por el varon de Dios, llamada primero de las Pobres Mugeres ó Pobres Señoras, y en seguida de las Clarisas. Quince dias despues, su hermana Ines, menor de edad y no menos fuerte é intrépida, vino á juntarse con ella en el monasterio de las Benedictinas de San Miguel de Panso, en que San Francisco la habia puesto al abrigo de las importunidades de sus parientes. Poco tiempo despues

fueron conducidas al monasterio de San Damian, muy cerca de Asis, y de esta suerte se verificó la profecía del Santo, cuando en 1206, restaurando la iglesia arruinada, iba repitiendo que en este lugar naceria una Orden santa, que se llamaria de las Pobres Señoras. « Anno Domini 1212, idem » generalis B. Franciscus instituit ordinem paupe- » rum dominarum, quam antè por sex annos pre- » dixerat futurum cum ecclesia S. Damiani repara- » ret, cujus prima plantula fuit virgo santìsima » Clara. » (. *Cron 24 General.*)

La primera Orden fué instituidae n 1207, la de las Clarisas en 1212, y la de la Tercera Orden de la Penitencia en 1221. Segun la misma crónica, esta Tercera Orden fué instituida en favor de los que deseaban seriamente hacer penitencia en el mundo, y aun en el estado de matrimonio. Su primer miembro fué San Lucio, « B. Franciscus instituit tertium òr- » dinem, qui dicitur pœnitentium, propter illos qui » matrimonio juncti facere penitentiam flagitabant » quorum primus fuit Sanctus Lucius. » Este Bienaventurado, de que la Orden Franciscana celebra la Misa y el Oficio, nacido en la villa de Poggibonsi, en Toscana, recibió el hábito de la Tercera Orden de las manos de San Francisco, que, hácia el año 1222, habia ido á este pais por algunos asuntos de su Instituto. Dió al mismo tiempo el hábito de penitencia á la muger de Lucio, llamada Buonadonna, y á otras personas de los alrededores. Inútil es decir que la Regla de la Tercera Orden ha sido formalmente aprobada por la Autoridad apostólica.

CAPITULO XLIX

NOTA 8

Honorio fué elegido Papa en Perusa el 18 de julio de 1216, sucesor de Alejandro III, muerto el 16 del mismo mes.

El Bienaventurado Francisco de Fabiano, notable por su piedad y doctrina, nos ha dejado un testimonio cierto tocante á la realidad de la indulgencia de la Porciúncula. Tenemos de él un manuscrito en 4.º, compuesto de 16 pliegos, que se conserva en el convento de los Franciscanos de Fabiano. A la primera página nos da á conocer que nació el 2 de setiembre de 1251, y que, niño aun, fué conducido por su madre á Asis para cumplir con un voto hecho por ella, con ocasion de él mismo; que fray Anjel habia predicho á la madre que entraria su hijo en la Orden y que, por la eficacia de sus ruegos, él fué inspirado de Dios á que tomase el hábito de los Frailes Menores el 29 de setiembre de 1267. A la página 8 del mismo manuscrito se lee que, el 2 del mes de agosto de 1216, la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles fué consagrada por siete Obispos; que Honorio III, Sumo Pontífice le puso la santa indulgencia, y que San Francisco, á presencia de estos Obispos y del pueblo, la publicó por mandato de Jesucristo, de la Santísima Virgen y del Santo Padre. A la página 9 del mismo manuscrito, afirma haber visto y leido el documento auténtico de esta indulgencia, llevando el sello del Obispo de Asis. « Ad memo-

» riam futuram ego fr. Franciscus de Fabiano, inu-
» tilis et indignus frater minor, quod legi vidi sub
» sigillo authentico D. Episcopi Assisinanensis de
» indulgencia S. Mariæ de Portiuncula dicta civita-
« tis Assisii, ecce nunc redigo in his scriptis... »
Desde luego nos da á conocer que el Santo, habiéndose presentado al Papa Honorio, le suplicó humildemente en nombre de Jesu-Cristo que lo enviaba hácia él, que concediese la indulgencia que le pedia. « Domine quod dixi non peto ex
« parte mea, sed ex parte illius, qui me ad vos
» miltit, D. Jesus Christus. » Agrega, en seguida, que despues de haberla conseguido, el Santo Fundador dijo á fray Maseo, su compañero, que esta indulgencia habia sido confirmada por Dios en el Cielo. « F. Massèe, dico tibi ex parte Dei
» indulgentiam mihi exhibitam nunc á D. Papa,
» mihi esse à Deo confirmatam in cœlis. » Esos pormenores, los recibió de fray Leon, compañero del Santo una vez que se fué à Asis para ganar esta indulgencia. Aquel Bienaventurado acabó sus dias en la ciudad de su nacimiento, el 22 de abril de 1322. La Orden Seráfica celebra la Misa y el Oficio en su honor.

CAPITULO LII

NOTA 9.

Este Cardenal se llamaba de Santa Cruz, á causa de su título de Cardenal, que le habia sido conferido en 1201, en la iglesia de Santa Cruz de

Jerusalem, por el Papa Inocencio III. (*Ciacon.* t. 2, col. 20.)

Desde el año 1212, San Francisco habia conseguido en Roma un hospicio en un ángulo del hospital de San Blas, segun la cesion hecha por el Abad de los Benedictinos. Allí es que residia con sus compañeros para despachar los asuntos de la Orden. Hay presentemente en aquel lugar una capilla bajo la invocacion del Santo, unida con el convento de San Francisco *in Trastevere*, que ocupan hoy los Frailes Menores reformados.

CAPITULO LIV

NOTA 10

Estos Ministros fueron elegidos en el Capítulo reunido en la Porciúncula en 1217, época asignada por la Crónica de los 24 Generales. Despues de haber repartido sus frailes en las varias provincias católicas, San Francisco quiso ir en las Galias para esparcir en ellas la palabra de Dios. Llegado á Florencia, visitó al Cardenal Ugolin, que se encontraba en esta ciudad, en 1217, como legado del Papa Honorio III. El Cardenal le disuadió de emprender este viage, exhortándolo á que volviese á Asis, en compañia de sus frailes, para afianzar de mas en mas el nuevo Instituto: (Celano, p. 62.) Dócil á este consejo renunció á su designio y recorrió las provincias de la Romaña. El Obispo de Imola le rehuzo desde luego la licencia de predicar; pero, persuadido por las humildes palabras

del Santo, lo abrazó y le dió toda facultad para sí mismo y sus compañeros. (Celano, p. 237).

Segun la Crónica de los 24 Generales, los frailes volvieron de su mision, *vacui, afflicti et confusi:* vacios, afligidos y confusos. Se ignora si su vuelta tuvo lugar en 1217 ó 1218. En este capítulo de la Crónica de los tres compañeros muchas cosas son narradas de una manera un poco embrollada. Se dice v. g. en él, que los frailes fueron en las provincias con la Regla, confirmada por una Bula de Honorio III, mientras que es cierto que no recibió la sancion Apostólica sino en 1223. No obstante, la totalidad del asunto se puede muy bien explicar por dos viages distintos, con un resultado muy diverso tambien.

En el susodicho Capítulo de 1217 ó 1218, se adoptaron varias medidas, favorables al bien de la Orden. Pidióse además al Sumo Pontífice un Cardenal protector.

CAPITULO LV

NOTA 11

El Cardenal Juan de San Pablo murió lleno de méritos, segun Ciaconius (tom. II., col. 166), en 1216. No fué el primero protector de la Orden, pero el defensor y protector del Santo acerca de Alejandro III. Le amaba tiernamente y le oia de buena gana, aprobaba sus santas operaciones, y si se sentia turbado por sus muchos negocios,

recobraba la serenidad de su alma con solo verle y entretenerse con él. Familiar con todos los frailes, conformábase con su modo de vivir, semejante á ellos en simplicidad, pobreza y humildad. « Conformabat se Dominus ille moribus fratrum, » et in desiderio sanctitatis cum simplicibus » erat simplex, cum humilibus erat humilis, » cum pauperibus erat pamper; erat frater inter » minores minimus et velut unus cæterorum, in » quibus licitum erat, in vita et moribus gerere se » studebat. O quoties depositis vestibus pretiosis, » vilibus indutus, discalceatis pedibus, quasi unus » è fratribus incedens, rogabat ea quæ pacis sunt. » » (Celano, p. 83).

Despues de este Capítulo, presidido por el Cardenal Ugolin, se encaminaron los nuevos Ministros hácia las provincias que les estaban destinadas : en Francia, fray Pacífico de la Marca, llamado al Rey de los versos, y fray Cristóforo de la Romaña; en Provenza, fray Juan Bonelli, y fray Monaldo Monaldi; en Inglaterra, fray Añelle del Añello, y Alberto, ambos de Pisa; en España, fray Juan Parenti, con fray Bernardo de la Toscana; en Alemania, y en las regiones del Norte, fray Jordan de la Umbria, y fray Juan del Pian de Carpino de Perusa. (*Annal. Minor.* ann. 1211 13, 21, 24). Otros se esparcieron en el Levante. Entonces fué que, por tercera vez, resolvió San Francisco de ir á llorar la fé entre los infieles, como ha sido narrado mas arriba.

CAPITULO LXVI

NOTA 12

Este capitulo tuvo lugar probablemente en 1219; es llamado el Capítulo de las *cortinas*, porque quinientos frailes estaban alojados al rededor de la Porciúncula en cabañas ó tiendas, formadas con cortinas. En él, intervino el Cardenal Ugolin y tambien Sto. Domingo con siete compañeros. S. Antonio Buglioni, mas vulgarmente S. Antonio de Padua no estaba presente en él. Como estaban llevando á Lisboa los restos mortales de los mártires Franciscanos, inmolados en el Marrueco, á donde habian sido enviados á predicar el Evangelio despues de este mismo Capítulo, Dios en aquella ocasion habló al corazon de San Antonio, que entró en la Orden, en 1220. Asistió al Capítulo de Asis en 1221, y por un prodigio de su humildad supo esconder tan bien su elocuencia y santidad, que escapó aun á las miradas de San Francisco, ilustrado ordinariamente de una divina luz para penetrar el interior de sus frailes.

CAPITULO LXXI

NOTA 13

Era en el año 1223. San Francisco, impelido por una devocion que iba siempre aumentando, acerca de la Natividad del Salvador, resolvió representar este ministerio tal como lo pintan los San-

tos Evangelistas. Habiendo conseguido del Papa la correspondiente licencia, quince dias ántes de dicha solemnidad, comunicó su designio á un cierto Juan de Greccio, aldea vecina de Rieti, varon muy apreciado y amado por sus virtudes, por el Santo. Juan lo dispuso todo, en una gruta formada por una peña, en que San Francisco venia con frecuencia á hacer oracion. Allí se veia un pesebre, con un poco de heno; el buey y el asno se encontraban allí tambien, y un altar estaba preparado para celebrar la Misa. Los frailes acudieron á esta fiesta de los conventos de los rededores así como los habitantes de Greccio con hachones encendidos. La ceremonia empezó : San Francisco revestido de la dalmática de los Diáconos cantó el Evangelio; despues, habiéndose dado vuelta hácia esta numerosa asamblea, predicó las glorias de Jesus infante, con palabras ardientes de Caridad. El Santísimo Nombre de Jesus lo llenaba de gozo y suavidad, y su lengua pasaba suavemente sobre sus propios labios, tan deleitable era la dulzura y el perfume, que en ellas desparramaba este Santo Nombre. Juan lo vió aproximarse respetuoso del infante Jesus, quien de repente apareció resplandeciente de luz, mientras que el Santo parecia querer sacarle de su sueño, (Celano, p. 70). De este hecho sacan su orígen estas representaciones en uso durante los dias de la Natividad del Salvador, principalmente en las iglesias de los Franciscanos.

CAPITULO LXXII

NOTA 14

Se ignora si esta carta fué dirigida por San Francisco á fray Pedro de Catania ó á fray Elías. Sea lo que fuere, fray Pedro, el primero vicario de la Orden, murió en olor de santidad el 10 de marzo de 1222 ó 1224, y fué sepultado en la iglesia de la Porciúncula. Tuvo por sucesor á fray Elías, segun la Crónica de los 24 Generales. «Post mortem »fratris Petri, B. Franciscus posuit ad regendum » ordinem F. Heliam de Assisio, virum utique famo- » saprudentia illustratum, qui qnamvis á Santo et á » muttis fratribus voraretur Minister, mullatenús » tamen fuit ipso vivente electus, vel ab ordine » tanquam Generalis receptus. » Sin entrar aqui en observaciones críticas tocante á la patria y familia de fray Elías, nos limitaremos con decir que, desde su juventud, se sometió á la disciplina de San Francisco; su ciencia y prudencia hacian buscar sus consejos y conversacion. Cuando Ines estaba de Abadesa en el monasterio de Florencia, adonde la habia enviado San Francisco en 1221, ella pidió con instancias á su hermana Clara, Abadesa del monasterio de Asis, que se le mandase á fray Elías, para consolarla en sus aflicciones espirituales. (Wodd. ad an. 1221, num. 29). El Santo Fundador lo amaba tiernamente; á menudo se consultaba con él, y cedia de buena gana á sus insinuaciones. Fray Elías pasando con él por la aldea de Gemini,

la rogó á que visitase y consolase á una pobre mujer, poseida del demonio, de que la habia librado en otros tiempos: lo que consiguió de su humildad. (Celano, p. 57). Cuando fué llevado el gobierno de la Orden, recibió de él no solamente segun toda probabilidad la carta insertada en el texto, pero aun dos otras cartas. (De la Haye, t. 1, p. 5). Celoso de aumentar el número de los ministros evangélicos de su Instituto, en Alemania, de donde habian sido expulsados: á fray Jurdan del valle de Spoleto y á fray Cesario de Spira, agregó fray Tomás de Celano, y algunos otros predicadores de la Lombardia. (*Chron. parvum* F. *Minor.*) La bendijo de un modo muy particular ántes de morir, San Francisco. Estaban sus compañeros al rededor de su lecho. El primero á su izquierda, estaba fray Elías. El Santo, habiéndose cruzado las manos, las puso sobre él, sin saberlo, puesto que era ciego del todo. Preguntó; sobre quien repone mi mano? — Sobre fray Elías, le contestaron. — « Pues bien, respondió, lo entiendo asi. Tú ó mi hijo, te bendigo en todo. Y lo mismo como al Altisimo, por medio de ti, ha dilatado nuestra Orden y multiplicado el número de mis hijos y hermanos: asi mismo yo los bendigo á todos en tu persona. Yo te bendigo tanto cuanto puedo y mas aun, y lo que no puedo, que lo cumpla sobre ti Aquel que lo puede todo. Que el Señor tenga en memoria tus cuidados, tu solicitud y cansancios, y los reconozca por la recompensa de los justos. Yo te deseo todo el bien que deseas para ti y que pidieres como conviene. « No se encuentra, es verdad, esta bendicion en San

Buenaventura, lo que no debe sorprender, si se reflexiona que no ha escrito este Santo sino un compendio de la vida de San Francisco. Tomás de Celano, de que hemos sacado esta narracion, parece confirmarla (p. 270), cuando, despues de haber declarado que el Santo habia bendecido á todos sus hijos, habla de una bendicion especial que nadie ha de usurpar ; « Nullus hanc benedic-« tionem sibi usurpet... tempore enim aliquid in-» notuit speciale. »

Puede ser que el alma tierna y misericordiosa del Santo Fundador hubiese departido á fray Elías tan amplia y rica bendicion en la presciencia de lo que habia de suceder. Elías era un varon de cabeza, animoso y emprendedor, dotado de tan maravillosa prudencia humana, dire Wadingue, que parecia haber nacido para las cosas grandes y que, en este punto, no habia igual suyo en toda la Italia (*ad anna.* 1219). Por su industria y actividad es que se elevó el magnifico monumento, conocido bajo de nombre de Sagrado Convento de Asís, maravilla de las artes y de la fé de la edad media. Quiso que la arquitectura, la pintura y poesia celebrasen á porfia las glorias y méritos de uno de los hombres mas extraordinarios, cuya memoria haya conservado la posteridad. Pero, su genio era soberbio y altanero; su amor hácia las novedades y su espíritu de dominacion, á veces cruel y vengativo, mantuvieron durante varios años á la Orden Franciscana en la turbacion y tumulto de las disenciones. No lo seguiremos en sus diferentes fortunas: depositado dos veces del Generalato por sus violencias é infracciones á la regla del Santo

Fundador, rebelde á la autoridad Apostólica, excomulgado, apóstata, y fautor de Federico Barbarusa, hasta la muerte de este Emperador (1250), y que, retirado en Cortona, muere él mismo dos años y medio despues: pero, no sin haberse reconciliado con la Iglesia; arrepentimiento saludable, aunque tardio, que no alcanzó á borrar enteramente de la historia la traza de muy largos errores.

CAPITULO LXXIII

NOTA 15

Dejando Foliño, San Francisco se dirigió hácia la Porciúncula; y, con el deseo de consagrarse mejor á Dios, se entregó del todo á la discrecion de sus mas íntimos amigos y compañeros, en número de cuatro. Celano calla sus nombres, al paso que alaba sus virtudes. « Erat unus discretionis » prœcipuæ, alter patientiæ singularis; gloriosæ » simplicitatis alius; reliquus veró secundum cor» poris vires robustus, et secundum animi mores, » placabilis. » (p. 86). Con ellos subió al monte de Alvernia, adonde lo esperaba uno de los mas señalados favores que Dios haya concedido á un hombre.

CAPITULO LXXVIII

NOTA 16.

Jacoba de Seltesoli era una noble matrona de Roma, adicta del todo á San Francisco y honrada

con su familiaridad; tomó ella el hábito de la Tercera órden probablemente de las propias manos del Santo. Habia confiado á sus cuidados un cordero, que le regalaron. Cuando iba á la iglesia, la seguia el cordero y no la dejaba ántes de acompañarla de nuevo hasta su casa; si por la mañana tardaba ella en levantarse, primero empezaba por balar, y despues la empujaba suavemente con la cabeza, y con otros modos tambien la apresuraba á que fuese á la casa de Dios. Jacoba acabó sus dias en Asis, el 8 de octubre de 1239 ó 1256, y fué enterrada en la basilica de San Francisco, cerca del púlpito, con este epitafio: *Hic jæcet Jacoba sancta nobilisque Romana.* (San Buenaventura. ley. c. 8; *Speculum S. Franc.* p. 187.)

NOTA 17

¿Porqué se ha llamado *Colina de Infierno*, la colina en que la iglesia y el convento de San Francisco fueron edificados? Es cierto que esta colina pertenecia á un particular y no á la ciudad, y que por consiguiente, no estaban ejecutados ni sepultados allí los malhechores. ¿No parece mas natural de pensar que anteriormente á la invasion de los bárbaros y sobre todo de los Lombardos, los habitantes de Asis, como latinos que sabian su lengua llamaron (*Collis infernus Colina inferior,*) esta colina *inferior* en elevacion á las otras, en que estaban plantadas la ciudad y la fortaleza: y que en tiempo de la degradacion y corrupcion de la lengua latina, *Collis infernus* perdió su primer significado

para tomar otro bastante diferente? Los modernos biógrafos del Santo escriben, sin hesitar que san Francisco, interrogado tocante al lugar en que querria ser sepultado, hubiese contestado : En el lugar de los ajusticiados. Pero, los autores del XIII siglo, los solos dignos de fé, no han conocido jamás esta respuesta, ni Celano, ni los tres compañeros, ni San Buenaventura, ni aun Zibaldone en su *Speculum*, ni tampoco la Crónica de los veinte y cuatro generales. Es menester llegar hasta una época avanzada del siglo XIV para leer esta anecdota en Benvenuto Rambaldi de Imola, en su *Comentario sobre Dante*. Fray Barthelemy de Pisa la repitió en pos de aquel, aunque vaya alegando, segun su costumbre, la autoridad de los antiguos frailes : *Dicunt fratres antiqui*. Añade que los religiosos consiguieron esta colina, de la ciudad, lo que es notoriamente falso. El Papa Gregorio IX, lo atestiguan sus Bulas, solo tuvo el pensamiento y la solicitud de edificar á San Francisco la magnífica iglesia en que está reposado. Por lo que toca á las lecciones del Breviario que recitan los Franciscanos por la Dedicacion de aquella Basilica, no tienen autoridad alguna en este punto, habiendo llegado á este mundo hácia el fin del siglo XVII.

NOTA 18

Segun F. Hubertin de Casal Monferrato (*Arvor vitæ Crucifixæ Jesu*, Lib. 5, c. 4,) el Señor al imprimir sus llagas en San Francisco, le hubiese anunciado una tribulacion grande en la Orden de los Frailes Menores, la que tuviere por causa las

diferentes interpretaciones de la regla. Lo supo por medio del Bienaventurado Conrado de Offita, y este del Bienaventurado Leon. Ni las perturbaciones excitadas por fray Elias, ni la persecucion de Federico II, contra los Franciscanos, se podrian considerar como el objeto de aquella profecia, pues que no fueron sino parciales y transitorios ambos sucesos. Es menester entrar en el siglo XIV, en que está estrellando contra la autoridad una rebelion escandalosa y violenta de cerca de 400 frailes de Provenza, del Piamonte, de la Toscana, de la Marca de Ancona, teniendo de cabecilla al ex-general Goffredi, que tuvo tan triste y terrible fin. Trece años ántes, Santa Margarita de Cortona lo habia predicho en sus revelaciones, y el Bienaveuturado Guido de Salvena anunciaba lo mismo como próximo á su hermano lego. « El Señor me reveló, le decia, que de pocos años acá apareceria en la Orden una secta, la que, bajo pretexto de una mas entera observancia, se dividirá de los demás Frailes. Cometerán muchas impiedades y se harán en un todo odiosos á Dios. Huye tú de ellos como de los enemigos de Dios y transgresores de su regla. » (Pesan, *Conformit.* lib. 11; y en el *Speculum*, fol. 187.)

Estos rebeldes se decian celosos y espirituales, considerando como carnales á la iglesia, al Papa, Obispos, y Cardenales. En el sueño de una orgullosa perfeccion, no veian sino escándalo y abominacion en la forma de la túnica, la cuesta del vino, del trigo y otros géneros, las menores provisiones, toda venta de lo sobrante, toda compra de las cosas mas necesarias, las Misas, los entierros, etc.

o contentos con desacreditar á los demás Frailes, se apoderaron violentamente de varios conventos para vivir en ellos segun su capricho. Mas aun, dirigieron contra aquellos amargas quejas al Papa Clemente V y al Concilio que habia convocado en Viena de Francia. No les faltaron los apoyos y el favor conforme á sus culpables esperanzas. Durante estos manejos y agitaciones, los Frailes calumniados, informados y vilipendiados, eran un objeto de burla y el juguete del público, abandonados sin pan ni recursos, de tal manera que muchos de entre ellos tuvieron que volver en sus familias para no morir de hambre. El General fray Gonzalo de Castilla fué citado con los Ministros provinciales ánte el Concilio. No encontraron á su llegada sino frialdad é indiferencia, y se vieron en frente de una oposicion de las mas encarnizadas. No obstante, defendieron su causa con tanta fuerza, razon y valor, que la luz se hizo : los vanos pretextos fueron refutados, los fraudes manifestados, y confundida la calumnia. El Concilio se pronunció en su favor. « En 1312, refiere la *Crónica de los veinte y cuatro generales* el dia que siguió la Ascencion, y fué solemne juridicamente promulgado, en pública sesion del Concilio, que el modo de vivir de los acusados tocante á las provisiones del vino y trigo, la pobreza de los vestidos y otras cosas semejantes, habian sido y eran licitas, y que los frailes disidentes tuviesen que volver á la obediencia y unidad de la Orden. Rehusóse á ello Hubertin..... Varios de sus cómplices, que habian abandonado el redil y que, bajo el velo de un falso celo, habian causado en

la Orden numerosos escándalos, avisados por el Sumo Pontífice y aun constreñidos por la amenaza de excomunion, endurecieron sus corazones, y, sacudiendo el yugo de la obediencia, perseveraron en su obstinacion y apostasía, como rebeldes y cismáticos. » Por tanto, despues de la muerte de Clemente V y del General Alejandro Benini de Alejandria, la mayor parte de los revoltosos volvieron á empezar la lucha. En 1314, nuevos excesos se cometieron en las provincias de Narbona y del Berry. En vano el Papa Juan XXII y el General fray Miguel Fieschi de Cesena se esforzaron en sufocar esta segunda insurreccion, que no cedió á lo ménos en parte sino al vigor del inquisidor fray Miguel de Munich. « Como la rebelion de los frailes disidentes tomase mas consistencia, por órden del Papa, envió el General un Ministro para reprimir su temeridad. Una fraccion de la secta apeló á la Sede Apostólica. Pero el Sumo Pontífice encargó este negocio á fray Miguel de la Orden de Predicadores, inquisidor acerca del hecho de la corrupcion herética, el que, sin detenerse á las fútiles razones de esta apelacion, y conformándose á la primera intimacion del General, castigó á los apelantes conforme al tenor de los decretos Canónicos. » (*Chronic.* 24 *General*). Tuvo su efecto esta medida, y los rebeldes volvieron á mejores sentimientos.

No obstante, no habia sido extirpada del todo la levadura del mal. El año 1322 señaló una nueva y mas duradera tribulacion por la Orden de los Frailes Menores. Los teólogos y canonistas, bajo la influencia de las discusiones precedentes,

agitaron la cuestion de saber *si el Cristo y los Apóstoles habian poseido algo en propio ó á lo ménos en comun*. Estaba pendiente esta controversia, cuando el Capítulo de los frailes Menores, reunido en Perusa, creyó deber resolverla negativamente. Pero, las razones en pró y en contra habiendo sido atentamente ponderadas, los tribunales eclesiásticos y las órdenes religiosas, á lo menos en mayoría, decidieron y afirmaron que los Apóstoles habian poseido algo en comun. Este golpe irritó á los miembros del Capítulo, que se perdieron en un laberinto inextricable, aunque gentes hábiles tales como el General fray Fieschi, fray Guillermo Ocham, su asistente, el provincial fray Enrique de Thalem, Fray Rossi de Ascoli, fray Pedro Rinalducci, etc. Bien pronto no conocen freno ninguno; amenazas, censuras, citaciones, lo desprecian todo. Privados de sus empleos, despojados de sus prerogativas, se rebelan contra la Iglesia, se unen con el Emperador Luis, aunque excomulgado; apelan al Concilio futuro de la sentencia del Papa, lo declaran privado de su dignidad, y nombrando un antipapa bajo el nombre de Clemente V, suscitan un cisma que se extiende poco, á la verdad, pero fecundo en escándalo y desórdenes. El fuego está en todas partes: la Orden de los Frailes Menores, agitada en todos sentidos y sumergida en la última miseria, parece tocar á su fin. Se trata de suprimirla. « El parecer de algunos era que se debiera destruir la órden de los Menores. Cuando su ruina y destruccion estaban inminentes, Dios, de repente, extendió su mano... Salvó al pueblo de los humildes, y humi-

lló á los soberbios, así como lo tenia prometido al Bienaventurado Francisco. El Papa Juan se manifestó suave y benévolo para con los frailes, y temperó por una amable condescendencia la severidad de sus rigores. » (*Cron. 24 General*) Hácia el fin de 1330, reapareció la calma con la concordia y humildad, que es su custodia y primera fuente; y frutos de penitencia, de celo y santidad, llevados por el árbol, que San Francisco habia plantado en el corazon del Salvador, prestaron á la iglesia una nueva gracia y á los frailes de Dios una luz y una fé mas entera, (V. *Annal* del P. Wading; *Ragioni storiche* del V. Monsig. Lucci; y *Vidas de los Papas* del P. Sangallo.) En la Bula que condena la Secta de los *Fratricelos* y *Beguinos*, se ve que algunos Frailes Menores *Espirituales y Celosos*, se habian juntado con aquellos sectarios.

Hoy dia, gracias, ningun gérmen de disension existe entre los numerosos hijos del Seráfico Padre.

LAUS

JESU, NOSTRO REDEMPTORI,

ET

MARIÆ IMMACULATÆ, NOSTRÆ REGINÆ

ET MATRI.

INDICE

PAG.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR 5

INTRODUCCION. 9

PROLOGO ó Carta de los tres Compañeros de San Francisco 23

CAP. I. Nacimiento de San Francisco; de su vanidad y prodigalidad en el siglo. 29

— II. Como Francisco fué llevado prisionero á Perusa, y de las dos visiones que tuvo allí. 33

— III. Como lo visitó el Señor en sua-

PAG.

vedad maravillosa 37

— IV. Como empezó á sobreponerse á sí mismo, y á experimentar grandes dulzuras en las cosas contrarias á sus inclinaciones. 42

CAP. V. De las primeras palabras del Crucifijo á San Francisco, y como en seguida llevó en su corazon la viva pasion del Señor Jesus, hasta la hora de su muerte. . . 46

— VI. Como se huyó de las persecusiones de su padre y de los suyos. 50

— VII. De los muy grandes trabajos que sufrió para reparar la iglesia de San Damian. 56

— VIII. Como habiendo oido los consejos evangélicos, se vistió de un modo enteramente diverso. . . 61

— IX. De la vision de fray Silvestre ántes que entrase en la Orden. 66

— X. Como anunció á sus compañeros lo que tendrian que sufrir. 72

— XI. De la entrada de cuatro otros frailes en la Orden. 97

— XII. Siguen los nombres de los doce primeros frailes, fundadores de

CAP. PAG.

la Orden. 48

— XIII. Como el B. Francisco se fué con sus once compañeros á la Corte del Señor Papa. 86

— XIV. De la eficacia y primeros lugares de su predicacion. 94

— XV. Del amor singular que tenia á la iglesia de S. María de Porciúncula, y de las Constituciones que redactó. 98

— XVI. Como amonestó á los frailes á que no abandonasen jamas este lugar 100

— XVII. Como quizo que los frailes se llamasen Menores. 102

— XVIII. Como exhortó y enseñó á los frailes á buscar la caridad. . . 104

— XIX. Como vinó con fervor al encuentro de un fraile, el que traia las limosnas, alabando á Dios . 106

— XX. Del Capítulo reunido dos veces al año en N. S. de Porciuncula. 107

— XXI. Como enseñaba á los frailes á tratar su cuerpo. 113

— XXII. Tocante la declaracion y abandono de la pecunia. 115

CAP. PAG.

— XXIII. De la observancia de la pobreza. 117
— XXIV. Como quiso que los frailes se ejercitasen al trabajo manual. 119
— XXV. Como anunció que la ciencia seria una ocasion de ruina. . 121
— XXVI. En que consiste la perfecta obediencia 123
— XXVII. Como comparó al perfecto obediente á un cadáver. 124
— XXVIII. Como se rehusaba en habitar una celda honrosa, y no quería que su celda fuese llamada suya. 126
— XXIX. De un fraile que ni oraba, ni trabajaba, pero comia bien. . 127
— XXX. De la penitencia que dió á cierto fraile par un mal juicio que hizo relativamente á un pobre. 129
— XXXI. Como las recreaciones que á veces tomaba, se concluian en gozo. 131
— XXXII. Como reconvino á un compañero, entregado á la tristeza y melancolía. 133
— XXXIII. Como condescendió para con uno de sus frailes, que se moria

CAP. PAG.

de hambre, comiendo con él. . 134
— XXXIV. Como se compadeció de un fraile enfermo, comiendo uvas con él. 136
— XXXV. Como iba á buscar humildemente la carne para los frailes enfermos, y les convidaba, al mismo tiempo, á la penitencia. 137
— XXXVI. Como sentia vergüenza al ver á uno mas pobre que él. 139
— XXXVII. Como reputaba ser un robo el hecho de no dar su manteo al mas menesteroso. 140
— XXXVIII Como un pobre, en virtud de la limosna del B. Francisco, perdonó á su señor el daño que le habia hecho. 141
— XXXIX. Como ofrecia en sí mismo el retrato de la perfecta humildad. 143
— XL. Como enseñó á los frailes á juzgar cuando él era verdaderamente servidor de Dios. . . . 145
— XLI. De su amor y devota oracion, y cuan devotamente rezaba el Oficio 146
— XLII. Alabanzas del Señor Altísimo. 148

PAG.

CAP. XLIII. Tocante su amor á la regla y religion 150
— XLIV. De un santo hermano lego, muerto mártir, la regla en la mano 152
— XLV. De qué manera hacian los frailes su reconcilliacion 154
— XLVI. De las Bianaventuranzas, declaradas por N. P. San Francisco . 156
— XLVII. Del provecho de las virtudes . 162
— XLVIII. Como se hizo fraile un campesino 163
— XLIX. De la indulgencia que consiguió de J. C. y del Papa, por la iglesia de N. S. de los Angeles. 165
— L. De la humilde respuesta de los B. B. Francisco y Domingo á un Cardenal 169
— LI. Como se fué á pedir limosna, ántes de sentarse á la mesa . 172
— LII. Como, por los golpes y maltratamientos de los demonios, conoció que agradaba mas á Dios que estuviese en los lugares de los pobres frailes, que entre los Cardenales 174

PAG.

CAP. LIII. Como quisó derribar la casa edificada por el pueblo de Asis . 177

— LIV. De la eleccion de los primeros Ministros, y como fueron enviados al mundo 179

— LV. De la muerte del Señor D. Juan, primer proctor de la Orden, y de la eleccion del segundo . . 185

— LVI. Como lloró el Señor de Ostía, al ver la pobreza de los frailes, en tiempo del Capitulo . . . 188

— LVII. Como rehusó el B. Francisco un convento en Boloña . . . 189

— LVIII. Como habló el Señor al B. Francisco 191

— LIX. Como resignó el Oficio de Prelacion, é instituyó á Pedro de Catana su vicario 193

— LX. Del Nuevo Testamento que hizo dar en limosna 195

— LXI. Como se hizo arrastrar por las calles de Asis 197

— LXII. Como anunció el fin desgraciado de un fraile 199

— LXIII. Como se acusó á sí mismo, de vana gloria 201

PAG.

CAP. LXIV. Del fraile que deseaba el Salterio 202
— LXV. Como dió su túnica á dos frailes. 203
— LXVI. Como dió á cierto pobre una parte de su vestido 204
— LXVII. Como hasta la hora de su muerte quiso tener un guardian y vivir en sujecion 205
— LXVIII. Como queria ser conocido de todos y cada uno 207
CAP. LXIX. Como ahuyentó los demonios por palabras de humildad . . 209
— LXX. Como un fraile vió en vision que un asiento distinguido estaba preparado al B. Francisco. 211
— LXXI. Como quiso inducir al Emperador á que hiciese una ley especial por la Natividad de Dios. 213
— LXXII. Esta es la carta mandada por el B. Francisco al Padre general. 213
— LXXIII. Como, por vision, fué asegurado del reino de Dios 217
— LXXIV. De le Divina Providencia para con él 218
— LXXV. De su humilde respuesta á cierto doctor de la Orden de

CAP. PAG.

Predicadores, tocante á un texto de la Escritura 220
— LXXVI. Como quiso que lo transportasen á Asis 222
— LXXVII. Sobre la alabanza de las creaturas, la que profirió el B. Francisco poco ántes de su muerte 223
— LXXVIII. Como querria que se informase en Roma á Doña Jacoba, de su pròxima muerte 225
— LXXIX. Como, cerca de morir, se hizo elevar á Santa Maria de Porciuncula 229

Siguen las adiciones hechas á la vida de S. Francisco, á fin de que sea completa en tode punto. 231
Carta de fray Elias á la Orden de los frailes Menores 234
Del fervor de su Caridad, y de su deseo del martirio 240
De las Sagradas Llagas. 247
Canticos de Amor, atribuidos a San Francisco. 259
— — 1. Cántico 261

PAG.

— — 2. Cántico 266
— — NOTAS del 2º Cántico 283
— — 3. Cántico. 287
— — 4. — 293
— — 5. — 298

NOTAS AGEGADAS A LA LEYENDA DE S. FRANCISCO.

1. Nota del Capitulo I. 301
2. Nota Idem. . . . . id.
3. Nota del Capitulo VII. 304
4. Nota Idem . . . . . id.
5. Nota del Capitulo IX. 305
6. Nota del Capiulo XII. 309
7. Nota del Capitulo XX. 311
8. Nota del Capitulo XLIX . . . 315
9. Nota del Capitulo LII. 316
10. Nota del Capitulo LIV. 317
11. Nota del Capitulo LV. 318
12. Nota del Capitulo LVI. 320
13. Nota del Capitulo LXXI. . . . id.
14. Nota del Capitulo LXXII. . . . 322
15. Nota del Capitulo LXXIII. . . . 325
16. Nota del Capitulo LXXVIII. . . id.

17. Nota sobre *la Colina del Infierno* . . . . . PAG. 326

18. Nota sobre las tribulaciones que probaron la Orden de S. Francisco desde sus primeros principios. 327

FIN DEL INDICE

Received.

Main
H
A
N